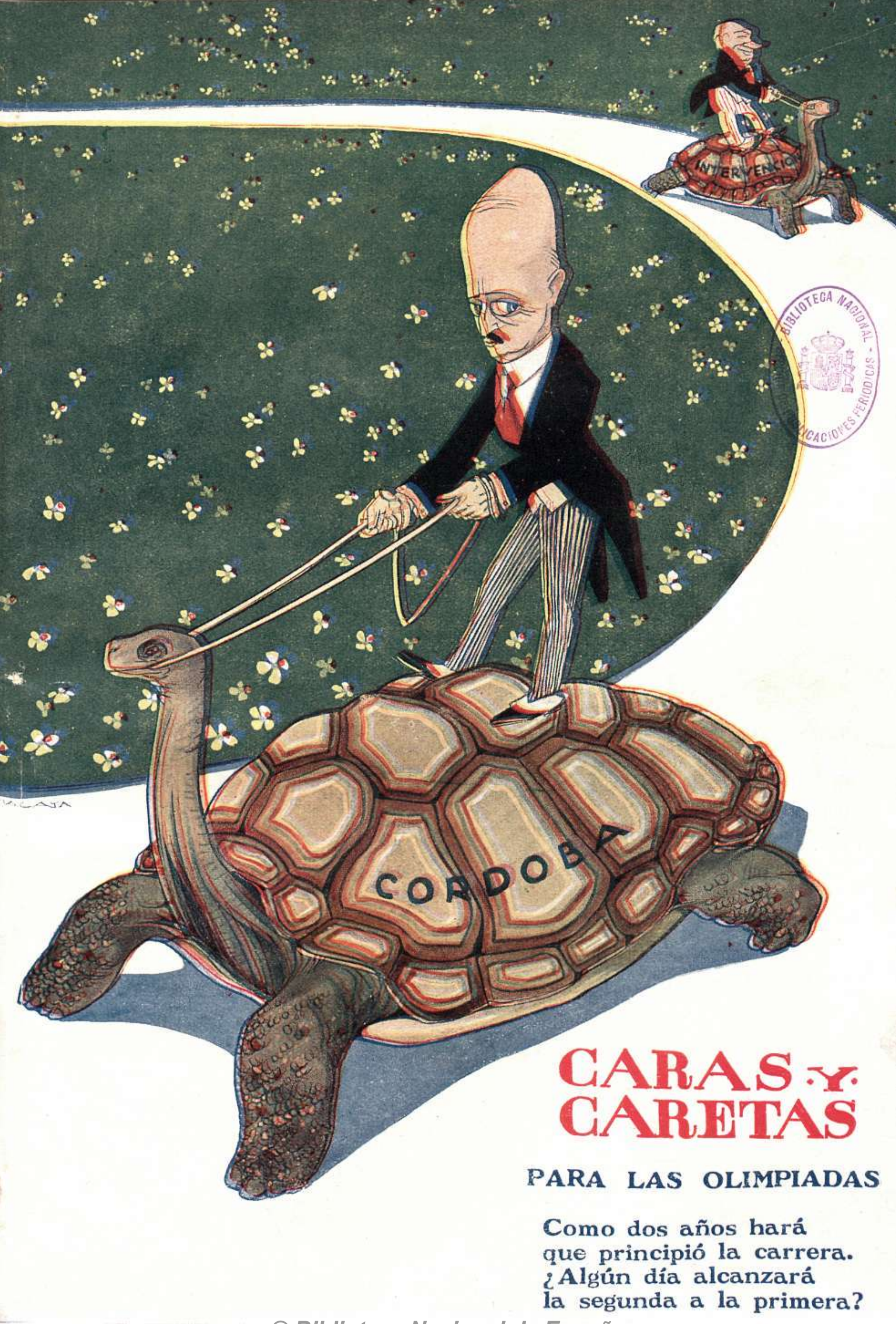


CARAS Y CARETAS

PARA LAS OLIMPIADAS

Como dos años hará
que principió la carrera.
¿Algún día alcanzará
la segunda a la primera?

LA BEBE TODO EL MUNDO



GINEBRA BOLS

En todas partes y en cualquier momento siempre es buena.

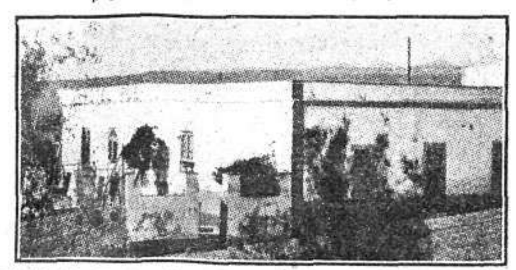
Unicos Importadores:

MOSS y Cía. Ltda. S. A.

Calle ALSINA, 641.
Buenos Aires.

DIVAGACIONES DE UN CONFINADO

por **MIGUEL DE UNAMUNO**



El "Hotel Fuerteventura", en Puerto de Cabras, donde están hospedados don Miguel de Unamuno y don Rodrigo Soriano

No me traje conmigo a este confinamiento de Fuerteventura más que tres libros que caben en un mediano bolsillo: un ejemplar del nuevo Testamento en su original griego, edición Nestle, de Stuttgart, en papel como tela de cebolla y dos ediciones microscópicas, *vademecum*, de la Divina Comedia y de las Poesías de Leopardi hechas por Barbera, en Florencia. Y en esta edición de los trágicos poemas leopardianos he vuelto a leer aquel estupendo a la retama, la flor del desierto — *La ginestra o il fiori del deserto* — que hace años traduje en verso y figura esta traducción en mi libro de *Poesías*. Y nunca hubiera creído que esa flor del desierto me habría de acompañar y animar en la más fuerte de mis aventuras quijotescas.

Desierto es esta solemne y querida tierra aislada de Fuerteventura, una de las islas llamadas antaño Afortunadas y que tiene la fortuna y la hermosura a la vez, de su noble y robusta pobreza. Tierra desnuda, esquelética, enjuta, toda ella huesos, tierra que retempla el ánimo. ¡Cuán otra cosa que esos jardines ceñidos de mar donde el hombre se olvida de la tierra y del cielo! No, aquí tierra y cielo se funden en uno bajo el abrazo de la mar. El mar los apuña juntos.

Y en este solemne desierto, en esta noble soledad sahárica, he encontrado a la retama leopardiana *contenta dei deserti*. La de Leopardi erguía sus enjutos tallos en la árida espalda del formidable monte exterminador Vesubio, ésta retuerce sus óseos nervios al pie de ruinas de volcanes, en mayor desierto que el que se extendió sobre los cadáveres de Pompeya y Herculano.

Esta retama de Fuerteventura, cuya clasificación y denominación botánica ignoro, es llamada aquí «aulaga». En la Península, en aquella otra España, hay lo que se llama «aulaga», «aliaga», «árgoma» y «tojo», que no es ni la retama ni la escoba. Pero dejemos esto.

La aulaga majorera, de Fuerteventura — se llama majoreros a los de Fuerteventura — tiende su triste verdor pardo, su verdura gris, por entre pedregales sedientos, y al pie, a las veces, de estos tristes tarajales, especie de tamarindos, que ofrecen al sol y al aire su mezquino y lacio follaje. La aulaga no tiene hojas; la aulaga desdeña la hojarasca; la aulaga no es más que un esqueleto de planta espinosa. Sus desnudos y delgados tallos, armados de espinas, no se adornan más que con unas florecitas amarillas. Y todo ello se lo come el camello, el compañero del hombre en esta isla, su más fiel servidor. La aulaga da flores para el camello. Para que el camello se las coma, por supuesto. Y así este sobrio animal se alimenta de flores. Puede decirse que la aulaga no es más que espinas y flores.

¡Qué lección de estilo, y de lo más íntimo del estilo, esta aulaga de Fuerteventura! Es la expresión más perfecta de la isla misma; es la isla expresándose, diciéndose; es la palabra suprema de la isla. En la aulaga ha expresado sus entrañas volcánicas, el poso de su corazón de fuego, esta isla entrañable. No es, no, el verdor ficticio de los platanares, que allá, en la Orotava de Tenerife, encantan a los boquiabiertos turistas que se enamoran de hojarasca y de perifollos. Ese es paisaje de turistas, no de peregrinos del ideal ultraterrestre, no de romeros de la inmortalidad.

La aulaga es una expresión entrañada y entrañable, la aulaga dice frente al cielo y a ras de la tierra ceñidos de mar, la sed de vida, la sed de inmortalidad, de las entrañas volcánicas de la Tierra. Y esas espinas de que se arma son una tragedia íntima.

La aulaga sí que tiene estilo; la aulaga y no esas plantas de jardín, criadas a fuerza de abonos, esas pobres plantas enriquecidas por la civilización, esas presuntuosas plantas civilizadas. ¡Cuán lejos de los crisantemos!

¡Y qué lección, qué lección la de esta humilde, mata toda ella espinas y flores, qué lección! Pero... ¿humilde? ¡Humilde, no! Humildes, más bien viles y rastreras, son esas plantas artificiales, como los perritos y los gatitos falderos, esas plantas que acarician a las damiselas aburridas y frívolas, y no esta bravía aulaga que no se deja ni acariciar ni prender. Sólo se rinde al camello; sólo al camello le da sus flores.

¿Qué saben de estilo esos estilistas de invernadero que a fuerza de abonos químicos arman una hojarasca sin perfume? Eso no es estilo ni cosa que lo valga.

Y la aulaga no es misantrópica, no; la aulaga no odia a los hombres. A los hombres, se entiende. La aulaga ahuyenta a los turistas, a los desocupados, a los frívolos, pero la aulaga atrae a los peregrinos, a los ocupados en el externo problema de la finalidad del universo, a los cordiales. La aulaga rechaza a los machos sin más que serrín en la mollera y pus en el corazón.

Cuando don Quijote vino a esta isla, ese Fuerteventura — y he de contar esta su aventura fuerteventurosa — se consolaba en sus inevitables decaimientos de ánimo, cuando le acometía la tentación monástica, contemplando las matas de aulaga. Con esta contemplación se limpiaba la hojarasca del alma. Porque también el cartujo tiene su jardincillo y en él rosas, rosas artificiales, rosas de cultivo que ocultan las espinas entre las hojas. La aulaga puede, a lo sumo, servirle al cartujo de cilicio.

Porque es un cilicio la aulaga. Y puede ser un arma también. La aulaga puede servir, como la escoba, para barrer. Aquí sirve para que con ella, flor de fuego entrañado, se calienten, quemándola, los majoreros. ¡Dios te siga bendiciendo, aulaga majorera!

Puerto Cabras de Fuerteventura, Abril de 1924.

Don Miguel de Unamuno, acompañado del párroco de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, con quien sostiene amenas pláticas.

DEL GRAN CONCURSO LITERARIO DE CARAS Y CARETAS



Ha fallecido un hombre joven que vivía solo en uno de los cuartos de la casa en que habito. No se le vió por unos días, y la puerta de su habitación estaba cerrada; la patrona de la casa, una señora que guarda memoria de unos cuantos crímenes y suicidios, sospechando algo anormal, golpeó en la puerta cerrada.

— Los hombres solos son muy raros — dijo luego. — En ese cuarto donde usted vive robaron a uno, y el robado, al poco tiempo, se pegó un tiro. Yo, cuando falta un inquilino, así un mozo solo como usted, o como este vecino, en seguida pienso en una desgracia. Un hombre solo no está seguro.

No di en el momento importancia a estas palabras, pero luego, recordándolas, me han impresionado. Yo soy también un hombre solo, y, en efecto, un hombre solo no está seguro... Es espantosamente fría la vida de un hombre solo; flaquean los huesos de año en año y la soledad del camino, cada vez más, se llena de trágicas sugestiones.

Al siguiente día la patrona llamó de nuevo a la puerta.

— ¡Dios mío, qué le habrá pasado!

Y cuando al rato, ella misma, con destreza de ladrón hizo saltar la cerradura, se encontró al vecino muerto. Estaba en cama, muy arropado y muy estirado. Había fallecido solito y tranquilo, sin molestar a nadie. Yo lo vi, y en ese instante fué que, recordándolas, me impresionaron extrañamente las palabras de la patrona: Un hombre solo no está seguro.

Hice memoria entonces sobre la persona del difunto. Era un joven de aspecto simpático. Debía llevar una vida muy desarreglada, porque en unos días se levantaba muy tarde, casi al anochecer, y en otros se le veía entrar por la mañana, pálido y desvelado. A veces cantaba alegremente y departía con una vecina picada de viruelas, a la cual, sin que yo sepa porqué, todos desprecian en la casa. Una tarde subí a la azotea y lo encontré dirigiendo la palabra al gato de la patrona.

En fin, perecía un ser razonable el vecino que acaba de morir. Se lo ha llevado la Asistencia Pública, y de este fúnebre suceso ya nadie parece acordarse en la casa. A mí — ¿por qué no decirlo? — me deparó el hecho una impresión angustiosa, y, además, por un azar algo grotesco, un manuscrito de apuntes.

Había dejado muchos libros y papeles, y la patrona, días pasados, me entregó un cuaderno.

— Fíjese: parece que ahí el muerto habla de su vida...

Tomé el cuaderno, y en las tapas, con letra menuda y recta, rezaba así: «Apuntes de un hombre sencillo.—Venancio Silvestre». He leído estos apuntes, y ellos, que son los que siguen, me parecen interesantes.

I

ME LLAMO VENANCIO SILVESTRE

Yo me llamo Venancio Silvestre y he cumplido en éste de 1923 veintisiete años. Empiezo a quedarme calvo, vivo solo y no tengo grandes amigos. Conozco, sí, a muchas personas a las que estimo cordialmente, y las cuales, creo, hacen lo posible por corresponder a mi sencillo y desinteresado afecto.

Desearía ahora poder decir unas pocas palabras profundas y certeras sobre mi alma; pero sospecho que no acertaré con esas pocas palabras, signos verdaderos de mi realidad interior. Hay una obscura y tremenda pena en esta, al parecer irremediable, condición de ignorar lo que somos, y es inútil consuelo para esa pena saber que los hombres más sabios de todos los tiempos sufrieron igualmente el hondo y callado dolor de ignorarse a sí mismos.

En mí he notado la presencia de muchos anhelos contrarios, y como esto deshace toda la idea de una moralidad y temperamentos definidos, pienso que quizá soy un ser pasivo en el cual imprimen a veces una inteligente y humana sensación los acontecimientos que llenan el tiempo que pasa. Mi personalidad no está en mí, entonces, y sí en el azar que fué y que será. Y si ocurre así, debo renunciar a saber lo que soy.

Sin embargo... Recuerdo que, como ahora, en otras ocasiones he tratado de hablar sobre mí mismo y dije algunas cosas que me parecieron agradables. Yo era una persona buena y triste, de alma inquieta y corazón generoso y vagabundo; o bien un ser extraordinariamente altivo y fatigado desde antes de nacer, del espectáculo de los hombres y las cosas.

Estas, como otras palabras que en su momento me parecieron muy íntimas y originales, me resultan ahora simples manifestaciones de una enfermedad que, según todos los indicios padezco. Soy vanidoso y he formulado sobre mí juicios ligeros y agradables. Pero confieso una cosa: ha pasado algún tiempo, y nuevas experiencias, insospechados sondeos realizados en las turbias aguas de mi alma, me demostraron, que esas anotaciones introspectivas son de una vulgaridad muy densa. La inquietud andariega, mi presunta bondad de corazón, la altivez y el cansancio de las cosas, que se me antojaron los sig-

nos de una naturaleza extraña y selecta son cualidades comunes de las almas más simples y ordinarias. El animal humano cuenta generalmente con la posibilidad de ser tocado, siquiera una vez, por la luz suprema; y estas llamadas del misterio a un destino más armonioso explican perfectamente la inquietud que agita en algunas ocasiones a los seres más obscuros y anónimos. Dicho esto, que permitirá al vendedor de puntillas creerse tan extraordinario como yo, me resta agregar que de mí, Venancio Silvestre, mozo solo y algo calvo, sólo conozco la candorosa petulancia que me dictó en tiempos idos algunas opiniones autopersonales.

Podría hablar de mis deseos, de mis costumbres, de mis gustos, de todo lo que, en una palabra, constituye mi personalidad social; mas sé sobradamente que todo cuanto diga en ese sentido, bien que pueda llegar a interesar la curiosidad de los aficionados a la psicología teórica, no será nunca lo conveniente para dar idea sobre la escondida lumbre espiritual que guiará mis pasos por la vida. Y, es más, tengo la intuición de que sólo abandonando todas las preocupaciones de mi ser social podría producirse el milagro de que llegue algún día a ver algo en el fondo de mí mismo.

Yo, Venancio Silvestre, quiero saber lo que soy; he llegado ya a formularme esa fría, inmensa y espantable pregunta. Y sólo sé que la angustia de todos los hombres que edificaron a través de los siglos enormes atalayas para ver en ese misterio tan alto, hizo más impenetrable y cerrada la incertidumbre. Alguien pudo ofrecerse el consuelo de este ilusorio descubrimiento: «No somos nada». Sin embargo, me parece que no ha de ser así. Somos, somos algo. Pero... ¿qué? Un viejo filósofo, Metrodoro de Chío, pudo decir «que ni aun sabía que nada sabía, y aquel astuto raposo de la dialéctica que se llamó Sócrates expresó el desencanto que deja en el espíritu la insatisfecha sed de saber con estas tristes palabras: «Sólo sé que no sé nada.»

Marca el reloj las cuatro de la madrugada, y he de dormir. Y ahora, antes de acostarme, advierto que en el conocimiento de mí mismo no avancé mucho. Me llamo Venancio Silvestre, empiezo a quedarme calvo y vivo solo. Es todo lo que sé sobre mi persona.

II

LA SELVA OBSCURA

Hoy me acostaré satisfecho; el día, día domingo, ha sido bueno para mí. Regularmente, cuando las obligaciones me dejan libre, yo no sé qué hacer. Voy de un lado a otro sin rumbo fijo. Entro en los salones de cine, me siento en los cafés, tomo tranvías, acaso corro tras una mujer, ruedo, en fin, como un pobre ser al que arrastran las fuerzas humanas que llenan las calles de acción y tumulto. Cuando, al cabo del día, llego a este cuarto en que habito, me encuentro anonadado y triste, desligado de la vida como si hubiera caído en un pozo muy profundo.

En una total inconsciencia — bestia cansada y molida — me acuesto, y así tirado se me pasan las horas sin que cruce por ellas un solo pensamiento. A veces en esta postración del cuerpo, en esa callada atonía psíquica parpadea débilmente la idea de la muerte. La mayoría de mis días libres terminan de esta manera tan lamentable.

Hoy, en cambio, sucedió algo distinto. Anoche, mirando al cielo, limpio y estrellado, pensé: mañana tendremos buen tiempo. Y así ha sucedido. Me he levantado con un claro sol que iluminó el cuarto. Ya vestido pisé en la calle, y, cosa excepcional, dando una dirección a mis pasos, llegué hasta el Riachuelo. En el tranvía algunas personas charlaban con voz alegre y optimista; posiblemente en aquellos momentos no pensaban en nada y eran felices. Y es que la felicidad quizá sólo es eso: no pensar nunca en nada, aturdirse un poco con el ruido de nuestros actos y el espectáculo de los ajenos, encontrar interés en los placeres más inocentes y reír con salud y simpleza.

Paseando a lo largo de la ribera me entretuve un rato. Calma dominical; las grúas se recortaban, inmóviles, en el añil del cielo; sobre las aguas, barcos de vela se balanceaban apenas. En la cubierta de uno de estos viejos navíos ya cansados de atravesar los mares, un hombre cortaba carne preparando la comida, y otro, sentado en la borda, tocaba un acordeón; en medio de los dos hombres, un perro parecía meditativo e irresoluto... Sobre el acordeón, personas versadas han dicho cosas atroces — es un artefacto nefando y plebeyo. — Y, sin embargo, a mí me gusta el acordeón. Las notas de este instrumento, sonando en la cubierta de un barco, tienen la virtud de hacer temblar en mi alma el bravío anhelo de cruzar los océanos en busca de otras tierras y otras nubes. La poesía del mar, tan misteriosa y heroica, encuentra sus más humanos acentos en las voces de estos aparatos tartamudamente sonoros y armoniosos.

Siguiendo por el muelle noté una cosa que me hace simpática la vida de los navegantes. Casi todos aquellos veleros tenían rótulos familiares: «Don Antonio», «Tío Joaquín», «San Cipriano». En los solitarios y agitados espacios del mar el nombre de la pequeña nave es un vivo recuerdo de la tierra amiga y el hogar lejano.

He entrado luego en un figón de la ribera, y almorcé: pescado frito, pan negro, castañas asadas y vino tinto, áspero y traidor. Ha sido un sobrio yantar propio de gentes viriles. En una mesa vecina gritaban dos borrachos, y el figonero, admirable varón, seguía sirviéndoles vino. A mí, esa actitud tan bellaca y lucrativa me ha parecido natural. Siendo en aquellos hombres visible la fatalidad de embriagarse, cuanto más pronto lo hicieran, mejor. Por otra parte, quizá el alcohol proporciona una suerte de sombrías felicidades que yo aún no he conocido. Pero, de cualquier manera, pesa ya bastante en nuestro destino la animalidad originaria, y la expresión bestial de aquellas caras congestionadas por el vino me produjo malestar y tristeza. ¿Para qué embrutecernos más?

De nuevo en la calle, estuve mirando las aguas del río. Las aguas nunca están quietas; se agitan constantemente y corren, suaves y reidoras, sin que sepamos adónde van. Nosotros somos también burbujas de la gran corriente humana, que pasa por los siglos con rumbo ignorado.

Subí luego a un tranvía, y luego a otros, llegando, sin proponérmelo, al Retiro. He estado muchas veces en el Retiro, donde hay un ambiente de fiebre y cosmopolitismo que me ha hecho pensar en otras ciudades; pero hasta ahora

ignoraba que en ese sitio, más que en otros, se pudiese disfrutar de inocentes placeres. Frente a las estaciones ferroviarias, en medio de una plaza en cuyos bancos toman el sol despreocupados vagabundos, hay una torre.

La torre es alta, tiene un ascensor, y en los días de fiesta se puede subir a ella.

Yo he subido a la torre, y conmigo subieron también gentes sencillas, mucamos y horteras. Desde arriba se abarcan inmensos panoramas. El río es grande y azul, cortado cerca de la tierra por las geométricas líneas de los diques y los muelles; y al sur y al oeste se extiende la ciudad elevando al espacio la crestería de sus edificios. Mirando abajo, los hombres aparecen pequeños y lentos.

Viendo el río, la ciudad y los hombres, una lucidez diáfana se hizo en mi espíritu. Y he aquí que desde lo alto de la torre tuve del mundo una visión que podría ser ideal.

Bajo el cielo, a lo largo de los ríos, mecidos por la vieja canción del mar; en los campos, en las ciudades y las montañas, los hombres bregan cumpliendo un destino de placer y de angustia.

Vivimos los hombres, y es nuestra vida como una marcha obligada a través de una selva muy obscura. Andamos y andamos, y a casi todos nos sorprende en plena sombra la muerte, sin que siquiera hayamos sospechado la existencia del sol; algunos logran, en un prodigioso instante, rasgar la densa tiniebla, y sufren luego el suplicio de saber que más allá de la interminable selva está la luz. Otros, muy pocos, uno para cada distante etapa de este correr de noches y días que llenan la eternidad, conocen en la selva la claridad plena. Pero cuando esto acaece, los otros hombres, los que nacieron simples y ciegos, y los que sufren el tormento de haber visto la luz una sola vez, están condenados a saber luego que hubo un hombre como ellos que se arrancó el corazón y que lo llevó, en alto, a través de la noche, como una antorcha.

Ha sido el de hoy, bien que ahora, cerca de la media noche, me encuentro algo triste, un apacible día para mí.

III

HOMBRE DE MUCHOS OFICIOS

CAIGO ahora en la cuenta de que a pesar de mi firme inclinación a la vida solitaria y libre, no paso en realidad de ser un hombre perfectamente social. Sobrellevo una existencia ordinaria, y yo, que sólo me agitaría para hacer grandes cosas, o me quedaría quieto, entregado a la inefable tortura de meditar, no tengo más que pensamientos triviales y realizo maquinalmente el vulgar esfuerzo de asistir todos los días a un empleo. Quizá con más preocupaciones, hago exactamente lo mismo que la gran mayoría de las personas cuyo aparente destino es trabajar para comer y dormir, y hacer esto para seguir luego trabajando... Resulto, pues, un ser razonable y social que sacrifica sus anhelos de acción extraordinaria a las necesidades de una vegetativa existencia, material y simple. No obstante, todos los días tienen para mí un momento en que sufro de la ausencia de una vida totalmente libre; me duele mi pasiva esclavitud. Y, sin duda alguna, estos anhelos que debilitan mi voluntad de acción, explican claramente que yo, a pesar de haber trabajado siempre demostrando ágil inteligencia en todas las actividades, siga siendo, con mis veintisiete años, un hombre sin fortuna y sin importancia. Poco se podría, entonces, decir de mí a través de la opinión ajena; sin embargo, quizá resulte interesante saber las muchas cosas que ha hecho para vivir un hombre que carece de importancia.

Mi padre era un señor simpático, algo patizambo y un tanto bebedor, tresillista y violento. Cuando yo tenía quince años me dijo:

— A ver lo que quieres ser: Ingeniero, abogado, médico, violinista, lo que te parezca mejor.

Yo respondí, sencillamente:

— Me gustaría recorrer el mundo.

A lo que mi padre, sonriendo, contestó:

— Si no fuera un poco vieja, te alabaría la idea.

Pecaba de vieja esta idea de recorrer el mundo; pero realizarla no es cosa muy fácil. Y yo, no siendo nada, la voy realizando.

He recorrido parte del Oriente; estuve en El Cairo; visité Calcuta; en un vapor francés llegué hasta Hong Kong y Sanghai. En otra época rodé por Europa, atravesando campos y ciudades, desde Lisboa a Moscú; luego, haciendo de *polisón* en un transatlántico, me fuí a las Antillas, y más tarde de La Habana pasé a los Estados Unidos. He visto hombres de las razas más viejas y los países más remotos; caras oblicuas y enjutas me hablaron del ardor de los desiertos y el cansancio de las más antiguas experiencias. En las jóvenes tierras de América, pasando por los altos puentes de sus ciudades, sufrí la angustia de una extraña pesadilla de hierro.

Yo no soy nada, y estos viajes que hice tienen escasa significación. Hay seres privilegiados que sin moverse de un punto a otro gozan en sí el espectáculo de todas las cosas; para una de esas almas profundas y claras en las que existe una anticipación de los sucesos más inauditos, nada que pueda ocurrir en las regiones más distantes resulta substancialmente original. Viviendo en cualquier lugar de la tierra actúan una luminosa misión que compendia y sobrepasa todas las manifestaciones y posibilidades de la realidad objetiva del mundo. Estos seres privilegiados no necesitan viajar. ¿Para qué?

Pero a los espíritus mediocres como el mío, los viajes les son provechosos. Corriendo tierras he recogido muchas enseñanzas que me permiten hoy considerar con relativa serenidad el vértigo ciego de las cosas y la estupidez de los hombres.

Andando por el mundo hice de todo. De chico me entusiasmaba la idea de ser un afilador de tijeras y navajas. Ir por las calles empujando la rueda de afilar y, después de tocar el silbato, detenerme en las puertas, afilando tijeras y cuchillos, me parecía hermoso.

Estando en Rumanía, cuyos caminos propician tanto el encanto de la vida errante, hice de afilador, y la práctica del oficio desvaneció pronto las ilusiones que me forjara en la infancia sobre la ventura de los galeotes de tan humilde menester. Antes y después tuve múltiples ocupaciones, siendo tan pronto artesano como oficinista. Trabajé de albañil, de peón de cocina, de panadero en una tahona francesa obscura y triste como un calabozo, cosí medias suelas, fuí empleado de comercio y hombre

de confianza de un acaudalado bolsista sueco; tuve días de negro vagabundaje sin pan ni techo, e hice tantas cosas para poder vivir, que durante una larga temporada, no muy larga, me utilizaron como vigía y mandadero ladrones y criminales.

He oído el metálico y cauto ruido de las ganzúas, el seco golpe de las puertas y ventanas, el trazado sutil del diamante en los vidrios y he visto la mano de un hombre, potente como la de un orangután, caer en el cuello pálido de una mujer, estrangulándola.

Yo soy un hombre inocente y sencillo, que de las cosas que se pueden ver y oír he visto un poco y escuchado otro poco. Con estos ladrones y criminales a quienes tuve por camaradas, aprendí algo. El hombre que estranguló a la mujer era tan rotundamente bestia que yo, cuando lo acompañaba por las calles, iba temeroso de que se abalanzase sobre la gente. Sin embargo, este chimpancé tenía dos hijos, a los cuales adoraba; gustaba, además, de la música, y tocando en la bandurria unos aires muy simples y primitivos se le caían las lágrimas.

En este año que corre, yo, Venancio Silvestre, que por haber hecho de todo no sé bien nada de nada, me gano aquí la vida redactando noticias y comentarios en un diario de la mañana; vale decir, yo soy ahora periodista. Juzgo prudente no hablar sobre la eficacia con que desempeño cargo tan extraordinario; ignoro si lo hago bien o mal.

Unicamente sé que obedezco a los que me mandan y aun a los que no debieran mandarme, y tengo además la presunción de que desde el director hasta el último ordenanza, todos en la casa me compadecen o desprecian un poco. Yo por esto no me ofendo; sospecho que mi aspecto sencillo no es muy apropiado para inspirar temor o respeto.

Por otra parte, quizá esa conducta del director, redactores y ordenanzas me reporta una ventaja; ella me viene a enterar de que ser periodista en esa forma es seguir no siendo nada. Nada para nadie, a pesar de que yo haya recorrido tierras y tierras siendo paciente trabajador de muchos oficios.

IV

CADA UNO SEGÚN ES

Tengo que confesarme a mí mismo que he vivido hasta ahora sin saber nada de los móviles de las acciones humanas. Para mí los hombres llegaban a ocupar en el comercio social, por predestinación, un lugar que desde antes les estaba reservado. Fulano es ministro porque nació para serlo, éste fatalmente se quedó en obrero, aquél es millonario. Así razonaba yo, y quizá las cosas, en el fondo, no ocurran de otra manera. Las gentes que hasta ahora he tratado, casi todas humildes, parecían conformes de su vida y no barruntar un cambio de fortuna. Podría ocurrir que esas personas aspirasen a una existencia distinta; mas yo no alcancé a notarlo, y, por otra parte, se sabe que todos los hombres sueñan... Es posible que alguien vea en esta manera de razonar una inclinación al fatalismo; pero tratándose de la simple condición material de los hombres sospecho que es algo vano hablar de las extrañas potencias de la fatalidad. Sin embargo ocurre que, a pesar de las videncias ideales de algunos espíritus, la suerte del mundo es duramente material.

Y admitido esto cabría concebir que los hombres pueden transformar los aspectos del azar si a la inercia abrumadora de las cosas oponen el esfuerzo de su voluntad. Ciertamente los cambios que se obtengan carecerán de significado transcendental; mas no es poco imprimir a los hechos de nuestra vida una dirección que nos conduzca a ser, de simples jornaleros, príncipes de las finanzas o primeros mandatarios de una nación.

Hechos observados de una temporada a esta parte me han puesto en el trance de estas reflexiones. En el diario donde trabajo estoy descubriendo, sin mucho asombro, cuál es el factor que agita los afanes humanos. Predomina en aquella casa la ambición.

Es ciegamente ambicioso el director y es ambicioso el ordenanza, y en todos ellos se ha arraigado como un instinto el anhelo de medrar... Unos están casados, otros tienen aspiraciones políticas o ansias de figurar, éste mantiene a la madre, aquél gusta de la cerveza, las muchachas y los trajes a la moda, otro sueña con ruidosos triunfos literarios... Ninguno quiere ser menos y el que es poco se esfuerza por ser más e ignorar de inmediato la existencia del que apenas significa algo. No se cuenta entre todas las personas del diario en que trabajo una sola que opine que un hombre que no se preocupa de ser nada para los otros, pueda ser muy cabalmente un hombre. Y esto tiene explicación sencilla. Un ser social se considera a sí propio según el ascendiente alcanzado sobre los demás; lo que determina, con grave frecuencia, que los sujetos muy sociables ignoren en sí mismo la presencia del ser humano.

Como es de presumir, yo, que por no tener madre a quien amar, esposa a quien querer, hijos por quienes sufrir; que por no contar con ningún hondo afecto al que entregarme, carezco de ambiciones que me hagan luchar, no soy nada para estos hombres que parecen despreciarme. Sin embargo, nunca les hice mal, y todos ellos encontraron en mí, en la imprevista ocasión oportuna, la palabra y el acto de un corazón sencillo y franco.

Del director del diario sé poco. Es un señor grueso y calvo de muy mal genio; chilla a los redactores y adula vergonzosamente a los mandatarios; cuando él falta, lo substituye otro señor, menudo y nervioso, que parece tener influencia en las esferas oficiales. Narrar la vida de este hombre sería interesante. Ha realizado el milagro de que le sonrían los peores enemigos después de haberlos ahorcado. Presiento que la dirección del diario caerá en sus manos.

El secretario es un sujeto ignorante, servil y despótico; tiene una cara de indio en la que no se notan los años y toda su ciencia estriba en no abrir la boca si no es para reñir a los subalternos y lisonjear a los superiores. El personal del estado mayor — cronistas y comentadores de la política — está compuesto por unos cuantos individuos extraordinariamente vanidosos. Uno, rubio y lleno de pecas, escribe editoriales, pisa fuerte y trata a sus compañeros con despectiva suficiencia; el crítico teatral, alto y barbudo, es mal educado y grosero y tiene la candidez de suponer que sus biliosos escritos serán citados en la posteridad. Hay otro que, además de ser periodista, compone novelas: éste sufre de una manía: se cree ob-

servador y anda siempre con sus lentes, de un lado para otro, mirando a las personas con aire afectadamente distraído. Sus camaradas, posiblemente por envidia, le llaman el «mulo transcendental». Se cuentan todavía dos más: uno que, por oficiar de mandadero de senadores y diputados trae siempre noticias frescas, y otro, el señor Mondigote, admirable calamidad que tiene una bellísima esposa y es zalamero y obsecuente.

Todos estos hombres, cuyas bajezas sólo el diablo conoce, son soberbios e intrigantes, y gozan, cada día más, de la estimación de sus iguales. Como sus iguales forman mayoría, su crédito poco a poco se va haciendo público... Opino que ello necesariamente debe ocurrir así. Actúan estos hombres en una sociedad de cuyos ideales y sentimientos participan, y justo es que obren según las exigencias a que se deben, sin parar mucha atención en el significado ulterior de sus actos. Vistas las cosas de esta forma, a mí, que soy algo simple y un poco salvaje, me está resultando difícil juzgar si estas gentes obran bien u obran mal. Y esto, he de decirlo, me ha hecho pensar mucho.

Quizá en el fondo sean ellos más buenos que yo; posiblemente se auscultaron a sí mismos y ahora sufren la quemante tristeza de no poder realizar sus dictados más íntimos. Porque a veces — en casi todas las veces y los casos — afectos y deberes de la sociedad en que vivimos suelen torcer la ruta de nuestro verdadero destino.

Vive obscuramente el animal humano; avanza de cualquier modo en las conquistas materiales del mundo, y se ilusiona vanamente luego creyendo sentir la emoción de los goces divinos al ser abrazado por la tierna esposa y recibir la clara sonrisa de los hijos. Es muy probable que en las más subalternas manifestaciones del mal se encuentra la razón del bien; es probable... Pero yo no entiendo de esos afanes, placeres y dolores. Me acojo al inefable egoísmo de ser sencillo, y voy por el mundo realizando acciones bienintencionadas y puras, cuyo significado y utilidad descifrará el tiempo.



V

ALMA RELIGIOSA Y MORTAL

Soy ya amigo de tres o cuatro compañeros del diario. Al parecer no les ha llegado aún el momento de sentirse personajes y resultan todavía tratables y simpáticos. En la sala de repórters nos quedamos charlando hasta altas horas de la noche, y a veces, después de decir ingeniosas tonterías, es tal el aburrimiento que nos invade que ninguno tiene voluntad para irse a descansar a su casa. Las madrugadas frías y opacas, nos sorprenden tirados en los sillones... Cuando se duerme así, incómodamente, es fatal que a la madrugada se sufran sobresaltos parecidos a los que interrumpen el sueño de los enfermos y los delincuentes. Y al igual que los insanos que, despertando en la madrugada, quieren levantarse y huir, nosotros nos ponemos en pie, y, tambaleantes de amargo hastío, empezamos silenciosamente la marcha saliendo a la calle.

El amanecer de las ciudades es lívido y doliente. Pasan por las calles vagabundos ateridos de frío que esperan la salida del sol para sentarse a dormir en las plazas. Delante de las puertas cerradas perros escuálidos, sin posible dueño y desconocida procedencia, hurgan con el hocico en los cajones de desperdicios; a veces, en esta trágica rebusca, algunos hombres compiten con los perros. Más tarde salen de las casas personas somnolientas que miran al espacio con mudo rencor, y poco a poco la ciudad se va llenando de rumores y febril movimiento.

Regularmente, cuando la abulia nos hace trasnochar, yo y mis compañeros, sin que nunca nos lo hayamos explicado, antes de separarnos entramos en alguna iglesia. No hablaré de lo que sienten ellos en esos instantes; por otra parte sería difícil, pues cuando no uno el otro se duermen en los bancos. Pero en cambio he de referirme a las impresiones por mí experimentadas en el interior de los templos.

En las primeras horas matinales se hallan solitarias las iglesias, y la estancia en ellas resulta grata a mi espíritu. La que visitamos anteayer es vasta y de amplias naves; a los costa-

dos, bajo romanas arcadas, tiene oratorios con santos humildes y risueños.

Al fondo surge un gran altar de estilo suntuoso, escasamente alumbrado. En el centro un Cristo pálido, que yo imaginé todavía agonizante en la penumbra, se encuentra, como desde hace mucho tiempo se sabe, con los brazos abiertos y clavados sobre una cruz. Yo miraba al Cristo y en eso entraron tres mujerucas enlutadas, apareció frente al altar un sacerdote en disposición de oficiar la primera misa, y de pronto una onda sonora de tonos plenos y graves tembló en el espacio haciéndolo más ligero y claro. La música en la iglesia me ha parecido serena y diáfana, y yo que no tengo creencias religiosas comprendí en aquellos momentos que al alma humana puede imputarse la creación de todas las religiones.

Es cierto que existe en nosotros un fondo de religiosidad; aunque hayamos envejecido en el escepticismo de todos los dogmas nos sorprende un minuto en que nuestro corazón tiembla, débil y desvalido, ante el misterio. Sentimos la necesidad de creer en algo que está por encima de nosotros cuando llegamos a comprobar que nuestra suerte es frágil y transitoria; y esto nos explica que la humanidad, para consuelo de sus flaquezas, haya construído los enormes castillos de la esperanza religiosa. Dios no es más que la expresión en que concretó su vieja pena la infelicidad humana; pero el conocimiento de este hecho espiritual no impide que las almas más escépticas y frías sufran en algún breve instante la negra desesperación de no poder creer en nada.

Yo sufro esa desesperación. Presiento que hay fuerzas extrañas, que existen misteriosas energías que cambiarán los aspectos del mundo, y el presentimiento de esas potencias ignoradas desconcierta a mi espíritu postrándolo en una actitud de beata estupefacción parecida a la religiosidad. Pero no creo en Dios, no concibo la idea de Dios; y, francamente, me inspiran profunda lástima todos los santos y filósofos que consagraron su vida a explicar el atormentador absurdo de la personalidad divina.

Pudiera ser que a las puertas del viaje eterno, que en la inminencia de la silenciosa y última prueba que a todos nos espera, se abriese en mi alma un raro rumbo luminoso que revelara en mí recónditas posibilidades de religiosa creencia; pero sospecho que no. En estos últimos días me han dado una noticia que me ha hecho recordar la muerte: mi padre ha fallecido. Y sintiendo de una manera viva que también yo he de morir, no se me ocurrió pensar que en el momento postrero alcancen a sorprenderme dudas y temores que alteren la tranqulidad de mi supremo aniquilamiento. Sin embargo, después de haber trasnochado, la visita a las iglesias satisface a mi espíritu; y es que, sin duda, mi alma profundamente religiosa cuenta la absoluta seguridad de extinguirse cuando se produzca la mortalidad del cuerpo.

VI

EN ESTE PEQUEÑO CUARTO

OCUPO un cuarto reducido y bien caleado en una enorme casa de alquiler. En él he de vivir algún tiempo, seguramente poco, y trato de establecer conocimiento con las humildes cosas que han de acompañarme en las horas de silencio. Mi espíritu necesita de la identidad sensible de lo que me rodea, y la ubicación demasiado ostentosa del toallero o la percha, quizá en una distracción de la mirada pudiese interrumpir el obscuro y lento juicio de mis impresiones y recuerdos. Orden honesto y suave armonía serán normas obligadas en este cuarto cuyas blancas paredes han de asistir, como mudos testigos, a la paulatina reducción de mis inquietudes. Tiene una ventana, franca a los vientos del sur, y yo debo descubrir en mi débil voluntad un imperativo que me obligue a permanecer sentado en las horas de la noche, fija la mirada en las estrellas cuya luz en la red de mis nervios y la sombra de mi carne obrará un prodigio.

De lo bajo surge un variado rumor sordo e inquietante; se percibe ruido de platos, un silbido, los tranvías ruedan por los profundos desfiladeros de las calles; la ciudad me llama, aviesa y blanda, turbadora... Miro al panorama de las azoteas, blanquiazul, espectral; un gato curvo y eléctrico el lomo recorta en el cielo su silveta desde las crestas de un hotel cercano; maúlla, dolido de ansia, desesperaciones de amor.

Se estremecen gemidos en la noche, y una loca ráfaga sopla de pronto helando el espacio un segundo de expectación, de horrible calma. Golpea en mi frente la idea de un irremediable mal y me levanto, pronto a salir. Es la inquietud, de nuevo la brutal inquietud de los huesos míos que sólo encontrarán sosiego cuando se apague toda luz en mi alma. Comprendo que la urbe desliza en su nocturna oración deleitosos ofrecimientos a los adormidos instintos, y conjeturo que mi voluntad quedará rota para siempre... De nuevo entro en el cuarto, cierro le puerta, permanezco quieto; y mirando a las paredes pienso en los condenados a cadena perpetua y en la estupenda y sobrenatural insensibilidad de San Pacomio. La impresión subjetiva de las penitencias extremas quizá atenúe el desequilibrio sensorial que ha de llevarme a un hospicio. Luego, observo con recelosa atención las humildes cosas que me rodean: la percha, el lavabo con una noble jofaina, la cama limpia, la mesa de pino, y busco en su sencilla apariencia matices de alma afines al alma mía... Vuelvo a percibir la necesidad de identificarme con este pequeño mundo externo; sólo así, según creo, volverán a la calma las profundas y desconocidas aguas de mi espíritu.

Algunas tardes estoy en el cuarto, y ellas transcurren sin un asomo de inquietud. Esto es tan así que en las doradas horas de la tarde todo me parece armonioso y sereno, y no comprendo las morbosas tribulaciones que sufro algunas noches. Una de las cosas que me gustan es charlar en el cuarto con los amigos que vienen a visitarme. Los amigos que me visitan son — con ser yo muy pobre — más pobres que yo; y, francamente, siempre que vienen a mi cuarto abrigan la idea de pedirme algo. Esto me parece lógico y humano, y trato en lo posible de no defraudar en sus esperanzas al necesitado. Tomamos te, charlamos sobre cualquier cosa, apaciblemente, sin ánimo de contradicción y predispuestos siempre a encontrar interesantes y originales todas las opiniones. Regularmente yo hablo poco y son ellos los que cuentan sucesos de toda índole, prestándoles con su palabra carácter extraordinario y pintoresco. Mis amigos tienen viva imagina-

ción y merece la pena conversar con ellos.

Otros seres visitan mi cuarto: el gato de la patrona, rollizo animal que dispone de la cama a su antojo, y una vecina picada de viruelas que me trata con inocente franqueza y de la cual dicen horrores los otro inquilinos. A mí no me parece mala persona, y creo que el defecto que le acarrea el sufragio adverso de las gentes de la casa, estriba en que es un poco aturdida y desenfadada. Esta mujer me lava la ropa, y se mudará de domicilio en estos días; me quedaré, pues, sin lavandera.

Nada excepcional ocurre en este cuarto. No acompañándome ningún amigo, cuando me fatigo de silbar o cantar caigo en la cuenta de que me hallo solo, y entonces salgo a la calle. Fuera de las horas de la noche estoy poco tiempo solo en esta reducida habitación que ocupo. El encuentro con este señor me ha proporcionado una humilde alegría. Creo otra vez que podemos sencillamente hacer bien sin el auxilio de ruines acciones, y de nuevo tengo confianza en mi corazón libre y honesto...

VII

SUICIDAS, MUJERES Y DELINCUENTES

He aquí que la tragedia, una tragedia real, puede ser el fruto de los juegos más inocentes. Tenía un amigo literato y este amigo se ha pegado un tiro. La desaparición mortal de un amigo resulta una cosa triste; pero el suceso repetido de la muerte ha sido fecundo en la sugestión de piadosos pensamientos que en estos casos sirven de consuelo. Caliente aún el cadáver empezamos, pues, a consolarnos pensando, como descargo a tan egoísta conducta, que también nosotros en la hora inevitable emprenderemos el viaje sin regreso.

Sin embargo, el suicidio de ese amigo me ha impresionado; porque ese suicidio viene a recordarme que en la literatura, espiritual pasatiempo que, a pesar de su antigüedad, sigue deleitando a los hombres, puede el azar brindarnos un instante de sombría y trágica realidad.

Mi amigo tenía, indudablemente, una rara alma de artista y sufría la literatura como una enfermedad. Sabían sus huesos del sutil rozamiento de los más vagos anhelos, y su espíritu, guiado por ardientes y absurdas quimeras, erraba constantemente por el océano de la luz inefable. A veces regresaba de esos fabulosos viajes, y como mi amigo era un hombre, se encontraba de pronto en medio de la realidad del mundo de los hombres. El alma opaca de las cosas, la dura torpeza de los seres enfurecían, entonces, a mi amigo; y yo pude verlo en alguna ocasión, pálido y mudo, sufriendo fríamente el extrahumano dolor de su destino. Luego me hablaba de la imponderable belleza del corazón de la Virgen María atravesado por siete puñales, de las verdosas y pútridas carnes de los ahorcados picoteados por los cuervos, del profundo y medular encanto de las noches obscuras en que se puede matar sin que nadie lo sepa.

Vivía extraviado mi pobre amigo; soñando con las nubes del cielo, sentía una demoníaca repulsión por las cosas de la tierra, algo groseras y mortales. Y yo lo sospechaba: esa absurda desesperación de no poder realizar pura y totalmente su vida espiritual acabaría por conducirle a la trágica infelicidad del crimen o el suicidio.

Esta enfermedad es muy vieja; gentes que han querido morir de ella gozando hasta el delirio su macabra belleza pudieron encontrar drogas y mixturas que transportan la imaginación a paraísos sobrenaturales. Y no hay remedio para ese mal; salvo que algún gran dolor humano encienda en nuestra alma un milagroso fuego que ahuyente las larvas de aquellas atormentadoras angustias.

Yo soy un hombre sencillo y apegado a la tierra, y las preocupaciones de la literatura, aunque espirituales, me han parecido siempre algo vanas e inocentes. Y esto me da la certidumbre de que si mi amigo el literato hubiese escuchado de ese alguien providencial que no se sabe nunca de dónde viene, una sola palabra real que lo advirtiese sobre lo mucho que se puede sufrir en la vida, quizá no se hubiese matado. Por lo que respecta a sus morbosas inquietudes creo que las ha sentido, y lo creo tan así que me gustaría verlo ahora detrás de unas rejas por haber robado su único pan al hambriento, o rasgado las calientes entrañas del señor feliz que en la media noche corre a su casa por la calle solitaria.

Quizá al final da lo mismo existir o dejar de existir; mas, ciertamente, una gran desgracia suele devolvernos el sentido de la vida, y viviendo después de haber sufrido hasta podríamos llegar a ser relativamente felices. Creo necesarios esos sucesos que el pánico de los hombres calificó de trágicos y espantables. Y hago esta confesión sinceramente, porque yo, a pesar de ser una persona simple, también he presentido la turbadora voluptuosidad de robar a las gentes metódicas y matar a los satisfechos.

Ayer mismo ha sido.

Al caer de la tarde una niebla extraña y roja envolvió la ciudad; con la noche la niebla se hizo más densa: cubrió las casas y llenó las calles, extinguiendo en su seno las luces urbanas. Inmensa, la sombra ondulaba en el espacio, arrastrando sus informes y elásticos paños por el suelo. Y no se veía nada. Los más potentes focos de las Avenidas tenían en la obscuridad el distante y mortecino fulgor de los soles de Groenlandia. Dentro de la sombra — espantoso infierno invisible — rugía el torbellino metropolitano con la misma loca resonancia de todos los días.

Pasada la hora de cenar hice un paseo por las calles. Iban presurosas las gentes a los espectáculos. Los hombres caminaban, graves, pensando quizá en el rápido arabesco del puñal en la mano delincuente, o en el contacto imprevisto de los pañuelos cloroformados; las mujeres — ¡oh, bellos animalitos, astutos y acariciadores — se ceñían a sus compañeros tocadas de un recelo primitivo. De trecho en trecho surgía de pronto la figura de una meretriz, ofreciendo mudamente un rato de olvido y lujuria a los hombres melancólicos y solitarios.

Yo me acerqué a una de estas mujeres, y juntos seguimos caminando. Era casi una niña, y ya llevaba en la cara sañudas huellas de sufrimiento. Iba a mi lado, dócil y resignada, y hablándome de cosas triviales parecía querer indicar que me daba las gracias por haber puesto fin, en la noche de niebla, a la afligente

espera del amador ocasional que no siempre pasa. También ella sentía el influjo neurótico de la noche; pero yendo a mi lado en sus ojos azules no se movía la expresión del miedo. Y yo, que soy un hombre simple y compasivo en lo que se pueda ser, viendo aquellos ojos azules y confiados y la pálida garganta de la joven meretriz, sufrí la tentación de sorprender el espanto de aquellos ojos apretando la pálida garganta. Mas no ocurrió así; la crispación estranguladora, recorriendo mis quietos brazos, murió, en un escalofrío, en las manos cerradas. Y luego... A pocos pasos surgieron unos gritos ahogados. Favorecidos por la niebla, dos malhechores ultimaban a cachiporrazos a un menguado señor que se había resistido a entregar la bolsa. La joven meretriz horrorizada ante el crimen empezó a chillar; y entonces sí fué que yo, gustando el ácido sabor de la tragedia, puse, apretando, las manos en su pálida garganta.

— Calla, diablo, que son vuestros hermanos.

VIII

HASTÍO DE LA LIBERTAD Y EL DESEQUILIBRIO

Un suceso casi humorístico acaecido en el diario me ha devuelto a la vida libre y desequilibrada que muchas veces he ansiado. Se me encargó un comentario sobre un político no grato a la casa y lo hice muy amenamente; como si el político en cuestión fuese mi enemigo personal, dije a su respecto cosas inverosímiles y burlescas que a la fuerza habrían de cubrirlo de ridículo. Me sobrepasé a mí mismo y el comentario había resultado una maravilla. Así, según supe después, lo conceptuaron todos. Pero ese comentario adolecía de una importantísima falla. Todo lo que yo dije, atribuyéndoselo al señor López, senador por una provincia del norte, le había ocurrido, punto por punto, al señor Pérez, diputado por la capital federal. Lamentable equivocación... La trivial circunstancia de que Pérez no fuese López produjo el estupendo fenómeno de que el tiro, perdido por falta de blanco, hiciera una elipse, yendo a parar en la cabeza del director. Este — conducta extraña — en vez de pedir mi decapitación se echó a reír, mandándome llamar; pero yo, enterado del error, huí del diario, dejando una carta de renuncia. A mí me ha preocupado siempre la idea de la responsabilidad, y aquella falla, aunque no tenía importancia, me produjo tal vergüenza que abandoné el empleo sin siquiera cobrar los haberes devengados.

He aquí, pues, que ahora me encuentro libre de compromisos y dispongo de todas las horas para hacer lo que mejor me parezca...

Hace unos días vivo así, y, debo confesarlo, empieza a fatigarme este vivir absolutamente libre y desequilibrado; no encuentro ya como antes, en el desorden de los hechos y las impresiones, aquellos momentos en que volvía a la tranquilidad y plena conciencia de mí mismo. ¿Qué es lo que pasa en mí? ¿Qué cambios extraordinarios me esperan para que atraviese ahora por este largo momento de expectación y silencio?

Ansiaba la libertad, y, abrumado por el hastío, hoy la sufro como una cadena. Posiblemente ocurra que, como envejezco, ya no valgo para la vida libre; siendo así, me encontraría en el caso de ciertos esclavos a los que se manumite inútilmente, pues, que, a pesar de todo, siguen amando su esclavitud. No he logrado ordenar mis deseos y preocupaciones dentro del tiempo, y las horas transcurren sin que lleven ninguna referencia mía. De la casa a los cafés, de los cafés a los espectáculos, de un lado a otro, solo y sin afectos, deambulo agobiado de aburrimiento. Comprendo que en esa forma únicamente conseguiré hacer más imposible mi salvación; pero los infelices que no supieron escapar a los blandos tentáculos del tedio, experimentan a veces un extraño placer en acentuar su aturdimiento. Y yo sigo yendo al café y a los espectáculos, sigo paseando sin objeto preciso por las calles.

En los cafés, llenos de voces y de gestos, hay orquestas; éstas orquestas tocan música ligera y cosmopolita: fox-trots neoyorquinos, valses de Viena, jotas murcianas, aires húngaros y tarantelas de Nápoles. Es para mí amargamente agradable encontrarme solo en medio de la baraúnda del café y escuchar estas músicas que me recuerdan países conocidos. En las mesas, señores de todos los aspectos hablan de cosas diversas: de teatros, de la pesca y de la leña, de negocios y política, de poesía... Los mozos corren de un lado a otro haciendo equilibrios con las bandejas, las señoritas de la orquesta ejecutan distraídamente un schottis de Montmartre. Yo, como ausente de mí mismo, aguanto, callado y quieto, este recio ruido que poco a poco va doblegando mi cabeza, imbecilizándome. Y así estoy hasta que salgo a la calle. Por las calles de la ciudad las gentes desfilan atentas a sus preocupaciones, o van, calmosas y sonrientes, gozando de la alegría de pasear. Muchas veces el ir y venir de los hombres y mujeres me hizo pensar en las causas de tanto movimiento... Esas lindas muchachas que pasan riendo, salieron del empleo y corren a sus hogares; aquel señor ha realizado un negocio y se propone tomar el vermú; sorteando a los hombres que charlan, fuman y corren, ondulante y sensual, camina la hetaira que también tiene algo que hacer; en las esquinas se ven caras inquietas de jóvenes o viejos que esperan a alguien. Pasa a mis lados, tocándome con sus ondas, el río humano; y yo, que quiero saber porqué las gentes se agitan descubro que es difícil hallar — fuera de los mandatos del instinto y las exigencias de la vida afectiva — las verdaderas razones de tanta ansiedad y ajetreo. Pobre y anodino ha de resultarme entonces este afanoso vivir de las muchachas que se dirigen a su casa, del comerciante que toma vermú, de los hombres que charlan y fuman y de la hetaira que se desliza como un reptil despertando dormidas lujurias. Y sólo podré explicarme esto y creer que necesariamente tiene que ocurrir así, si es que es cierto que nuestra obscura y material existencia significa en su hora un antecedente fatal de cosas mejores que se producirán más tarde. Si esto fuese segura verdad, si viniesen hechos inmutables a justificar esa certidumbre, yo experimentaría un gran consuelo; porque, entonces, empezaría también a vivir tranquilo, gozando y sufriendo en mi carne mortal.

La pequeña felicidad de que podemos disfrutar, como pensé aquella mañana que fuí al Riachuelo, estriba, posiblemente, en no analizar mucho las cosas, en no desear nada excepcio-

nal y saber conformarse con todo; un gran elemento de la felicidad está en la actitud pasiva y callada con que aceptamos los hechos contingentes a nuestro destino... Y ahora, a mí, sin que sepa por qué, me abruma ya el errabundo y desordenado vivir que llevo.

Empiezo a soñar con la dicha humilde de una compañera que me dé un hijo, con una casa limpia y chica rodeada de un jardín en el cual, cazando mariposas, aprenda a conocer la cruel alegría de ser hombre, el hijo que prolongue mi persona en los años por venir.

IX

ANTES DE MORIR

DESDE hace dos días me encuentro enfermo. He pasado en los últimos tiempos por aniquiladoras pruebas de placer; he padecido, inauditamente, miserables quebrantos, y ahora, tendido en esta cama pobre y alquilada, se me ocurre pensar que ella será mi lecho mortal. Algunas veces, cavilando sobre la muerte, sentí una irreprimible rebeldía contra ese suceso inevitable; dejar de ser para siempre me parece algo espantoso. Sé que artistas y filósofos bordaron encantadoras imágenes y sabias sentencias con el piadoso fin de prestar al hecho de fenecer un carácter de bella y serena grandeza... Pero ocurre una cosa extraña. Las más difundidas opiniones sobre la muerte encuadran todas dentro de una tendencia de fatalista conformidad, y esto me hace presumir que tal identidad de conceptos podría indicar que quienes lo concibieron disfrutaban, al hacerlo, de perfecta salud. Tanta y tan fácil conformidad resulta dudosa... Del horror al sueño definitivo, del espanto ante la huída del mundo que desaparecerá al desaparecer nosotros, de todas las inexpresables angustias que pueden acometernos cuando la certidumbre de extinguirnos se clave en nuestra conciencia, nadie habló gran cosa. Comprendo que hacerlo sería inútil y pernicioso... ¿A qué aumentar la negra tristeza de morir refiriendo las íntimas congojas de los tísicos, los suicidas y los ahorcados? Desgraciadamente no es cierto que cuando se va a morir nuestro ánimo esté de fiesta; a lo sumo, disimula sus desesperaciones inmensas un luctuoso manto de resignación.

Yo he sufrido el calofriante pánico de la muerte cuando andaba confiado por la vida, no sospechando que cerca de mi cabeza rondase, silenciosa y alada, nuestra señora de la hoz maldita; pero lo he sufrido ya tanto que ahora me veo perecer — cosa naturalísima — no tengo miedo a la sombra y creo que falleceré tranquilo.

Voluntariamente, solo y abandonado, heme aquí tendido, ensayando la posición del reposo eterno. Recuerdo cómo se produjo el calenturiento principio de este fin que se aproxima. Yo estaba sano y hace tres días me desperté por la mañana muy fatigado, a pesar de haber dormido durante catorce horas regularmente; seguí durmiendo, y al anochecer decidí levantarme. Lo hice, y, temblándome un poco las piernas, salí a la calle. Visité a un amigo, y recuerdo que, hablando del dolor y la angustia que redimen al hombre de su condición animal, dije sabias palabras que no se me habían ocurrido nunca.

Experimentaba una rara y dichosa calentura y el espíritu parecía gastar su luz más blanca y potente. Junto con mi amigo fuí al café; allí había otros amigos, cuatro, seis, no sé cuántos, y estando en medio de ellos me sentí herido. Una fiebre espantosa prendió su hoguera en mi cuerpo y empecé a arder; inseguro de la cabeza, me parecía verla suelta, rodando por el suelo, brincando a las mesas, haciendo, en fin, macabras evoluciones por el aire. Pero me observé en un espejo, y la cabeza se hallaba, ciertamente, encima de mis hombros. Empezaba a delirar; mas, en un esfuerzo supremo, volví al equilibrio de la mente. Y entonces, con una lucidez extraña, me di cuenta de mi situación: estaba muriéndome, rodeado de amigos, y ninguno parecía advertir el suceso. Esto me hizo pensar allí mismo que somos ajenos los unos a los otros y que es muy pobre nuestra intuición de las irremediables desgracias. Uno pidió cigarrillos, aquél pudo preguntar qué era de mi vida, otro acariciaba un gato; yo, con ansias de que el suelo se abriese, tragándome, oculté mi vergüenza de estar débil y enfermo, leyendo un diario... Pero me puse al pronto de pie, y tambaleante salí a la calle, desapareciendo.

Luego, según recuerdo, gentes caritativas, hallándome tirado en el umbral de una puerta, me trajeron a casa. Y en casa, bien metido en la cama, pobre y abandonado, me encuentro ahora... ¿Cuál será mi suerte? Tengo la certidumbre de que moriré; más que por el mal que sufro por el absoluto desprecio que me inspira este cuerpo mío que parece pretendiera espantarme con la sucia tragedia de su descomposición. Acabaré mis días, pues, solo y sin pedir auxilio a nadie.

Nadie tendrá que llorarme, y desde ya disculpo el agrio comentario de las gentes mercenarias a quienes toque arrojar mi cadáver al osario común.

Ah, caramba, me cuesta seguir escribiendo; resbala la pluma de mis dedos... Pero, ¿qué acaba de suceder? Será ahora una alta hora de la noche, y por las rendijas de la puerta entra una claridad violeta que sesga la luz de la bujía? Y algo ha temblado en el espacio, algo pasó por la distante lámina del espejo que sueña en la penumbra. Juraría que alguien entró en el cuarto. Y es cierto... A los pies de la cama, con el aire modesto de las personas que no esperan inútilmente, acaba de sentarse la odiosa señora de la faz maldita. Viene arrebujada en un amplio chal negro, me ha mirado con amable confianza y—¡oh, Cristo!—me invita a un largo viaje. Yo, Venancio Silvestre, mozo de veinti iete años, algo calvo, voy a morirme. Confieso con melancolía que no correría eso tanta prisa, pero.. Siento frío en los pies; me invade el frío..



DIBUJOS DE BESARES



Purifica y renueva la sangre; tonifica los nervios, los músculos y el cerebro. Devuelve la energía perdida y preserva la juventud.

Venta en Droguerías y Farmacias.

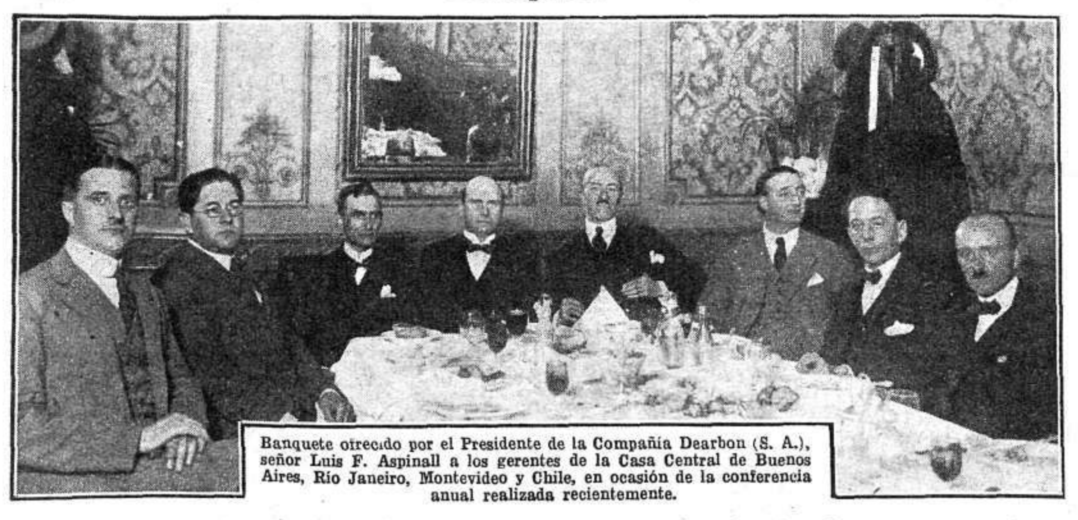
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci, Firence (Italia). — Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871 BUENOS AIRES

Banquete



Banquete ofrecido por el Presidente de la Compañía Dearbon (S. A.), señor Luis F. Aspinall a los gerentes de la Casa Central de Buenos Aires, Río Janeiro, Montevideo y Chile, en ocasión de la conferencia anual realizada recientemente.

LA AMÉRICA DE ORIGEN ESPAÑOL

Supongamos que la América de origen español es un hombre. Cada república es un miembro, una articulación, una parte de él. La Argentina es una mano.

La América Central es un pie. Yo no digo que porque se corte un pie deje de funcionar la mano. Pero afirmo que después de la amputación el hombre se hallará menos ágil y que la mano misma, a pesar de no haber sido tocada se sentirá disminuída con la ausencia de un miembro necesario para el equilibrio y la integridad del cuerpo. Una nación conquistadora nos puede ahogar sin contacto. Si le cortan al hombre el otro pie, si le apagan los ojos, si anulan sus recursos más eficaces, si lo reducen a un pobre tronco que se arrastra ¿para qué servirá la mano indemne sino para tenderla al transeunte pidiendo la limosna de la libertad?

MANUEL UGARTE.

LA SUPREMACÍA LATINA

Los descendientes de los conquistadores de América pueden abrigar la creencia de que un grande y poderoso pueblo del porvenir hablará la lengua española y contribuirá a restablecer la supremacía latina.

BOLÍVAR.





En la Tienda
y en
cualquier lugar

Toda persona que tose molesta a los demás.

Lleve en su bolsa o cartera una caja de

Pastillas iodeína Montagu

son de un gusto agradable y curan la TOS de un modo maravilloso.

No dañan el estómago.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Florida y Sarmiento **Buenos Aires.**



La señorita Carmen Sylva Hondon, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de amigas, con motivo de su próximo viaje al extranjero.

EL MÉTODO VORONOFF

El doctor Cervelli, que se ha especializado en las operaciones del método Voronoff, para establecer la juventud, fué entrevistado por un representante de «Il Messaggero», quien declaró que, estudiando el libro publicado por el profesor Voronoff, supo que habían sido sometidos a la operación 43 individuos, de los cuales 24 eran franceses, y figuran además seis ingleses, tres italianos, tres norteamericanos, tres españoles, un belga, un checoeslovaco, un polaco y un sirio.

Agregó que el profesor Voronoff asegura que ha operado, además, a siete doctores: tres franceses, dos ingleses, un italiano y un español.

El doctor Cervelli asegura que no se ha registrado un solo caso de muerte por la operación, que es muy sencilla y puede ser practicada por cualquier cirujano competente. El operado se cura a los pocos días, experimentando una regeneración mental y física.

Agrega que el cirujano doctor Di Giacomo, de Nápoles, hijo del conocido cirujano del mismo nombre, ha hecho varios injertos con muy buenos resultados.





DISCO 16102 J. BHOR

ANNABELLA

SHIMMY CÓMICO a DICCIÓN

de J. BOHR

POR EL MISMO

DISCOS DOBLES **"NACIONAL"**

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

8 discos con 16 éxitos extraordinarios, por los artistas nacionales más populares y de mayor prestigio en el país.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 ctms. a $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO

(Con acompañamiento de 4 guitarras RICARDO-BA BIERI)

18095 { **De Flor en Flor.** Tango canción. Solo Gardel. Galicchio-Bonessi.
Nunca Más. Tango. Solo Gardel. O. y F. Lomuto.

18096 { **Tranco a Tranco.** Tango. Solo Gardel. Caruso-Maglio.
Desolación Tango canción. Viera-Avilés.

LOLA MEMBRIVES

(Con acompañamiento de ORQUESTA JOVES)

10446 { **ucumanita.** Zamba. Maroni-Jovés.
Japonesita. Canción. Zúñiga-Jovés.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 ctms. a $ 3.00

ROBERTO FIRPO. Orquesta Típica

6253 { **Cascabelito.** Tango. José Bohr.
Taborda. Tango. R. Goyeneche.

FRANCISCO CANARO. Orquesta Típica y Jazz-Band

6977 { **Sobbin Blues.** Fox Trot Blues. Jazz-Band. Kassel-Burton
Hay va el Dulce. Tango. Típica. J. Canaro.

ELEUTERIO YRIBARREN. American Jazz-Band

8025 { **La Carreta.** Shimmy de moda. Morrissey-Burrowes.
On Dit Ça! Shimmy. Borel-Clerc.

ORQUESTA TIPICA PACHO (Juan Maglio)

7410 { **Te Conozco Mascarita.** Tango. Maglio-Nervo.
Sultana. Camel Trot. Scarpini-Calderella.

JOSE BOHR

(Cantante a dicción con acomp. de ORQUESTA CANARO)

16102 { **Annabelle.** Shimmy. Bohr-Henderson.
No-No-No. Fox Trot. Millán-Bohr.





TARABILLA

— Más de un jumento,
sin mi talento,
va al Parlamento
como un portento.
Van otros ciento.
Y es lo que siento,
lo que lamento.
— ¡Para un momento!

— Desaforados,
desfachatados,
desvergonzados,
desprestigiados,
los desgraciados
mal educados
son celebrados
en todos lados.

Faltos de ciencia,
de inteligencia,
de transcendencia,
de consecuencia,
son, en conciencia,
la quintaesencia
de la insolencia.
— ¡Ten más prudencia!

— Como escritores,
como escultores,
como pintores,
como oradores,
son inferiores
imitadores
abrumadores.
— No te acalores.

— ¿No es abusivo
que un impulsivo
poco aprensivo,
rudo y altivo,
suave y pasivo,
ponderativo
e incomprensivo,
pase por vivo?

¿No es bochornoso
que un vanidoso,
tan perezoso
como orgulloso,
se haga famoso
por lo ingenioso?
¡Yo estoy furioso!
— Sé más calmoso.

— Ante el Concejo
y ante el Consejo
vivo perplejo,
sufro y me quejo.
Todo es reflejo,
torpe manejo,
todo es añejo,
todo es muy viejo.

La fantasía,
que se imponía,
es hoy en día
pálida y fría.
No hay poesía
como la mía.
— ¡Quién lo diría!
No lo sabía.

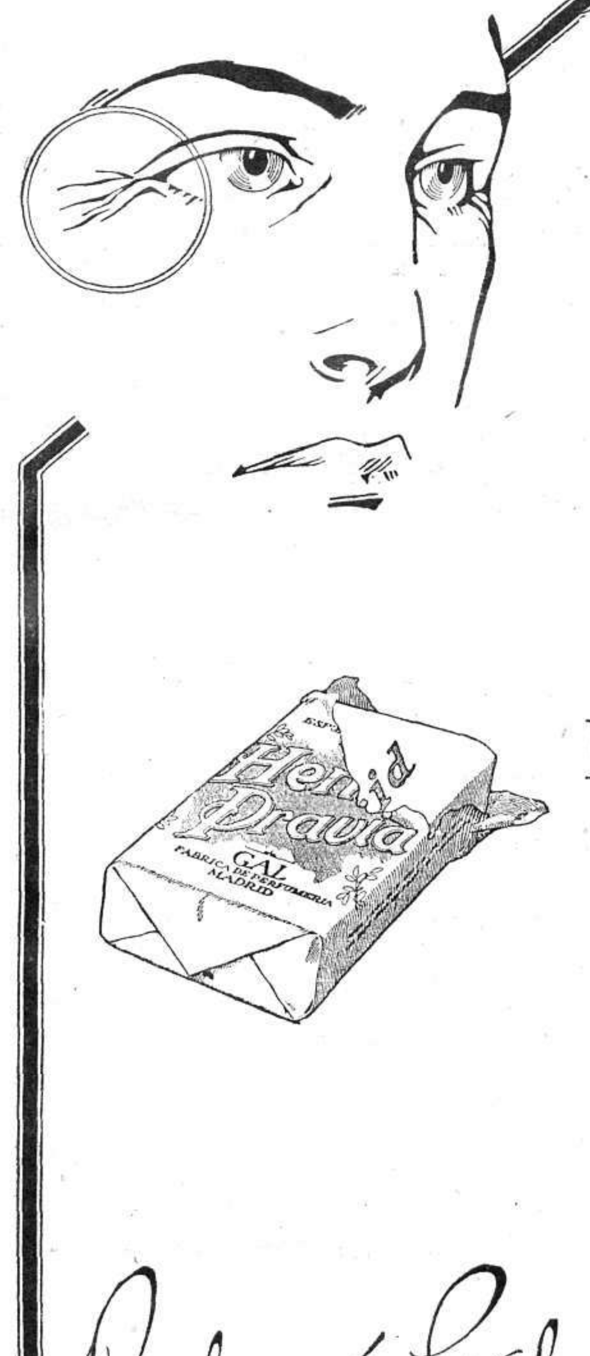
— Hay un pavote
medio igorrote,
con un cogote
de cachalote,
que, en un brulote,
me puso un mote
y espera el zote
que me alborote.

Yo no me apeno,
pues no estoy lleno
de odio y veneno.
Culto y sereno,
grave y ameno,
no clamo y trueno
contra lo ajeno.
— ¡Tú eres muy bueno!

— Agil ardilla,
rápida quilla,
blanda tortilla,
¿ves como brilla,
por lo sencilla,
la cancioncilla
de tarabilla?
— ¡Qué maravilla!

LUIS GARCIA

DIBUJO DE MACAYA



LA PATA DE GALLO

no aparece en el rostro de las personas que cumplen con las prácticas exigidas por la higiene del cutis, y se lavan siempre con

Jabón Heno de Pravia

Sus propiedades emolientes y detersivas estimulan la cohesión de los tejidos y embellecen la piel, comunicándola blancura, suavidad y fragancia exquisitas.

Perfumería Gal
MADRID

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS DE AMERICA

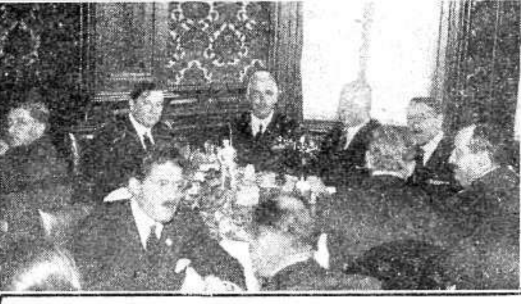
REPRESENTANTE GENERAL PARA ARGENTINA Y URUGUAY:

JORGE E. CHADWICK

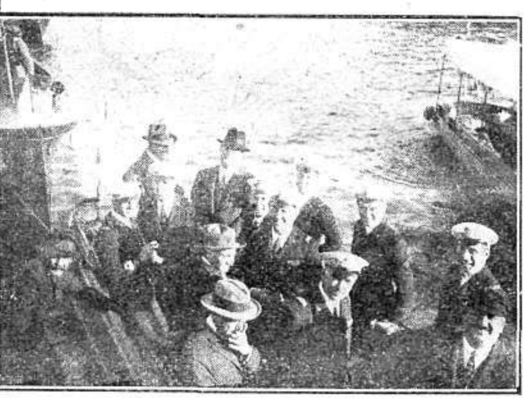
En el Club "Canottieri Italiani" — De Tigre



Marinos de la nave "Italia" en la escalinata del Club "Canottieri Italiani" en el cual se realizó una interesante fiesta en su honor.



Cabecera de la mesa en el banquete que les fuera ofrecido a los ilustres visitantes.



Los marinos de la nave "Italia" regresando de la excursión que realizaron por los pintorescos canales del Delta.



La Princesa de Pless
—una de las más hermosas mujeres— y la Cera Mercolizada para el cutis.

LA CERA MERCOLIZADA es un absorbente que, al eliminar las capas exteriores del cutis, viejas, resecas y descoloridas, permite que surja a la superficie de la piel la tez fresca y lozana que se halla debajo. Usela usted durante unas cuantas noches, y verá que, como por encanto, desaparecerán de su rostro ese aspecto marchito y esas arrugas que lo afean aún más. Esta cera, cuya fama es verdaderamente universal, puede ser conseguida en cualquier farmacia, tienda o perfumería.

Traducimos del original inglés la siguiente carta de la Princesa de Pless:

"Muy señores míos:

Experimento verdadero placer al escribirles, pues esto me proporciona el medio de dar a conocer a todas las mujeres el inmenso beneficio que puede derivar para todas ellas del empleo de la Cera Mercolizada. Es de tan esencial importancia la buena apariencia del rostro femenino, que puede afirmarse que una mujer, bien poco es considerada en este mundo si no posee un cutis límpido y una cara sin arrugas. Puedo asegurarles, estimados señores, que la gente cree que soy de menor edad de la que realmente tengo, y es por ello que debo todo mi agradecimiento a vuestra maravillosa Cera Mercolizada, la que he estado usando y uso desde el año 1921, es decir, desde que he vuelto a ver a mi vieja y querida Inglaterra y los amigos que en ella había dejado. Cualquier otra mujer que, como yo, haya hecho uso del "cold-cream" y de esos así llamados *alimentos del cutis* podrá constatar cuán mucho mejor que todos ellos es la Cera Mercolizada para el tratamiento del cutis.

Mi doncella, que se halla a mi lado mientras escribo estas líneas, afirma que, desde que estoy haciendo uso de la Cera Mercolizada, aparezco rejuvenecida. Yo me la aplico todas las mañanas, después de mis abluciones, y todas las noches, antes de acostarme, y, a consecuencia de ello, mi tez se ha vuelto más suave y más blanca, y mis arrugas han ido gradualmente desapareciendo.

Escribo esta carta con el propósito de ayudar a aquellas damas que realmente desean saber cómo deben hacer para tratar su cutis, conservándole el aspecto juvenil, y esto con un gasto nimio, en lugar de engolfarse en esos costosísimos tratamientos de *belleza* y de masajes faciales. Ellas mismas pueden hacerse la aplicación de esta cera, y, si lo hacen, al cabo de bien poco tiempo quedarán sorprendidas por la diferencia que notarán en su rostro. Blanquea el cutis quemado por el sol, y para las manos es lo mejor.

Su atenta

(Firmado) MARÍA TERESA, PRINCESA DE PLESS.



Bomberos del cuartel de Avellaneda y voluntarios de la misma, luchando contra el fuego, en el incendio producido en un gran aserradero de esta ciudad. Después de cuatro horas de lucha, pudo quedar extinguido, calculándose en 40.000 $ las pérdidas sufridas.

¿SON MÁS INTELIGENTES LAS MUJERES QUE LOS HOMBRES?

Se le da a Salomón fama por haber coleccionado una gran cantidad de sabias sentencias. ¿De dónde las sacó? Lo más probable es que se las oyera decir a sus setecientas esposas. Napoleón se mantenía fuerte hasta que se divorció de Josefina. Después de eso vino Waterloo y Santa Elena. Shakespeare, si bien según creencia popular, no fué feliz en su matrimonio, escribió varios de sus más encantadores sonetos y los más hermosos de sus dramas inspirados en la mujer.

Y pensando en todo esto comenzaremos a preguntarnos las mujeres: ¿Ha hecho acaso el hombre algo grande y noble sin que una mujer lo haya inspirado?

¿Por qué se afana el hombre para triunfar? Porque tiene una mujer amiga, una novia, una esposa, una madre. Esa es, generalmente, la respuesta; y nosotras las mujeres somos lo bastante inteligentes para hacer que el hombre haga esas cosas. Con frecuencia nosotras tenemos la idea o el proyecto, y luego hacemos que el hombre lo lleve a cabo, convencido de que la idea fué suya. Esto es facilísimo de hacer; la misión del hombre es hacer... lo que nosotras queremos. Y somos lo bastante inteligentes para saber lo que queremos.

IVETTE LENELLE.

Señora:

La Casa Izquierdo

490 - CARLOS PELLEGRINI - 490

especialista en corsés y fajas de alta calidad, le ofrece hoy un bello conjunto de interesantes modelos de su exclusiva fabricación, únicos que responden ampliamente a las leyes de la estética y distinción, armonizando la moda con el arte que impera en su esmerada confección.

FAJA DE GOMA, sobre medida, confeccionada con el más puro caouchouc (goma), ojales reforzados y 4 ligas de seda, a... $ **35.—**



CORSE, modelo 105. — Confeccionado en rico brocato de seda, floreado, adornado con finas valencianas, presillas y 4 ligas de seda, a pesos...... **25.—**



FAJA, modelo «Aida». — Para reducir el vientre. Confeccionada en coutil de seda floreado, elástico también de seda y 4 ligas, a $ **25.—**



FAJA, modelo 95. — Muy cómoda y especial para señoras gruesas. Por su científica confección reduce el abdomen sin oprimir el cuerpo. En coutil de hilo y seda, elásticos de seda y 4 ligas. Artículo de gran duración, a pesos....... **35.—**



CORSE - FAJA, modelo 625. — En coutil de hilo floreado y elástico de seda, con 4 ligas, a......... $ **20.—**



FAJA, modelo 40. — Preciosa faja toda de elástico de seda, muy cómoda y elegante, a pesos...... **25.—**

CANOL

La mejor tintura vegetal instantánea para el cabello y la barba.

Devuelve al cabello su color natural, adquiriendo un hermoso brillo y la suavidad de la seda.

Garantizamos nuestra tintura **CANOL** y devolvemos el importe si no da el resultado indicado.

Todos los tonos, en rubio, castaño y negro

Precio de la caja con encomienda paga a cualquier punto de la República.

$ *8.—*

Unico Concesionario para la América del Sud:

CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490 - Bs. Aires.

SOLICITE NUESTRO NUEVO CATALOGO

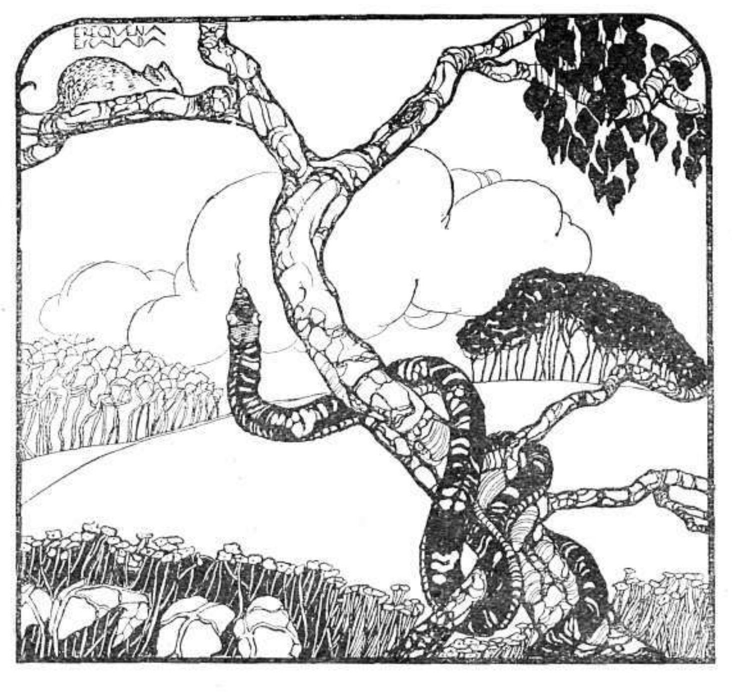
CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE EN SUD AMERICA

490 - CARLOS PELLEGRINI - 490

BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA: 38 MAYO, 0313



UNA TRAGEDIA

(CUENTO)

POR

CAROLINA ADELIA ALIÓ

Es la hora de la siesta.

El calor ha paralizado las faenas campestres. La tierra dormita bajo la acción del sol abrasador de diciembre.

Junto al rancho, en una de las ramas altas de un viejo y árido espinillo, han puesto a secar un pedazo de queso fresco.

Todo está silencioso y tranquilo. No turba el reposo del campo sino el grito aislado de algún pájaro y una que otra lenta bocanada del viento entre los árboles.

En la entrada del pequeño agujero sinuoso que se interna en la tierra por debajo del rancho, aparecen, de pronto, dos brillantes cuentas de azabache.

Son los ojos vivaces de la rata.

Estira el cuello, recelosa. Echa un rápido vistazo hacia fuera. Sale y, alerta siempre, corre como una exhalaxión a lo largo del muro, estudiando el ambiente. Se limpia los bigotes; husmea el aire que ha llevado hasta su cueva las emanaciones sabrosas del queso, y una vez segura de que el momento es propicio, vuelve a la entrada del hoyo e incita a los de adentro a que la acompañen

Entonces aparecen dos ratoncitos grises de mirada inteligente y suave piel sedosa.

Son muy jóvenes y tienen miedo. Es esta la primera vez que dejan la cueva a plena luz del sol. Hasta hoy sus correrías fueron siempre nocturnas, y la claridad del día les parece tremenda.

Hubieran preferido quedarse adentro a jugar, chillando y persiguiéndose como un par de locos. Pero el tufito del queso los ha trastornado, poniéndolos tan insoportables y pedigüeños que la mamá, después de ensayar en vano prudentes reflexiones, ha concluído, como todas las madres, por mostrarse débil de carácter, aun cuando reconozca que de ese modo a los hijos se les hace voluntariosos y mal educados.

Sin embargo, una cosa es tener caprichos y otra afrontar peligros por satisfacerlos.

Ahora ya están afuera, y aunque el susto les arruga la piel, es necesario seguir a la madre con rapidez y sin vacilaciones, porque en eso estriba el éxito de tales aventuras.

Abandonando la sombra del muro protector, los tres animalitos corren en fila hacia el tronco del espinillo y atraviesan el espacio de tierra asoleada, como tres pequeñas manchas furtivas.

En seguida trepan por el árbol.

La mamá despliega una actividad sorprendente. Sube, baja, vuelve a ascender, orientándose para elegir el camino más directo.

Los hijos están maravillados. Nunca se vieron a tal altura, en pleno día, deslizándose por esos caminos instables de las ramas, que el viento mueve con tanta delicadeza.

Una tijereta que coquetea arriba, abriendo y cerrando el largo timón de su cola, les ve llegar con asombro desdeñoso, y, por simple medida de prudencia, vuela hacia el árbol próximo, para observar de cerca a la movediza caravana extraña.

Mientras tanto el queso se balancea tranquilamente.

Su corteza es un poco dura para los tiernos dientes de los ratones. Pero la madre, que acaba de tomarlo por asalto, roe aprisa un hoyo donde sus chicos se acomodan para hartarse a gusto.

—Coman sin miedo—les dice.—Yo como y vigilo. La hora es propicia. Los hombres duermen. No hay gatos y el perro está atado. Pero, atención, ¿eh? A la menor señal de alarma, suelten la presa, no se ofusquen y síganme a la carrera.

Los ratones la escuchan atragantándose.

La rata prosigue entre bocado y bocado:

—No olviden, hijos míos, que esta empresa es arriesgada. Ninguna de mis amigas se atrevería a correr semejante albur con dos tiernos mozalbetes como ustedes. Pero, ¡qué diablos!, la dura vida nos obliga a ser audaces. Los hombres nos persiguen tenazmente, porque tratamos de perdurar con

ellos. Nuestra defensa, recuérdenlo bien, hijitos, está en la rapidez vertiginosa de nuestras patas. Pasando como meteoros por entre las piernas de los hombres, burlamos sus movimientos lentos y hacemos que las señoras se asusten. Las señoras se asustan porque sí. Otra cosa fuera si nos observasen con calma, ya que somos bonitos, graciosos e inteligentes; tanto, que bien podríamos ser objeto de sus predilecciones extravagantes. Con los gatos ya es distinto. Si alguno de esos bárbaros viviera por aquí, les digo que no estaríamos ahora regalándonos el estómago a cinco metros del suelo. Con ellos no hay seguridad posible. ¡Mal rayo los parta!

Mientras habla, va dejando el queso que parece picado de viruelas. Hace un paréntesis para echar una ojeada a las barriguitas repletas de sus hijos, y, temiendo una indigestión, dice:

— Bueno, chicos, basta. Atención; ¡andando!

Y emprende la retirada.

En su descenso llega muy contenta a una encrucijada del camino aéreo. De pronto se detiene aterrada, con las orejitas duras y los ojos preñados de angustia.

Mira como loca en todas direcciones. Ve allá abajo el suelo salvador, y desesperadamente comprende que ni ella ni sus hijos podrían nunca echarse abajo desde esa altura, ya que un sino fatal impide a todos los de su raza abandonar la base sólida en que apoyan sus patas.

Instintivamente ha vuelto a subir.

Los hijos la imitan. Hay un peligro en la actitud insólita de la madre, y se aterran sin saber porqué. Temblorosos, trastornados, la ven correr sin tino, buscando algo, el puente, la rama que baje hasta el suelo y la ayude a huir de la horrible visión.

Y, en tanto, por el tronco del espinillo se arrastra hacia arriba, cautelosa, una enorme víbora de abigarrada piel canela, que parece enguantarle el cuerpo en seda «tutancamón».

Su contextura elástica se contrae y se estira como un largo pellejo movido por el aire de una invisible bomba aspirante e impelente. Separada de la corteza del árbol por la curva de cisne de su largo cuello, la cabeza del reptil aparece enhiesta, rígida, como la de un minúsculo perro hocicudo de ojos duros, fríos, lacerantes. Por entre los apretados labios alarga su fina y roja lengua vibratoria.

Y sube...

La rata, en su carrera desesperada, ha llevado a sus hijos a lo más alto del árbol, con la esperanza de que su enemiga los pierda de vista.

Pero no; los ojos de la sierpe la apuñalan desde abajo. Ojos misteriosos que ejercen en la víctima su terrible poder maléfico, paralizando su voluntad.

No quisiera verlos y, sin embargo, los busca. Si pudiera librarse de esa mirada que la aterra y la fascina, ¡qué fácil le fuera huir atravesando con ímpetu loco la zona del peligro!

Ya está la víbora en la base de la más alta rama.

El viento balancea la débil punta donde los animalitos han ido a aferrarse desesperadamente, pobre grupo lamentable de tres vidas que agonizan de terror.

La madre sabe la suerte que les espera. Ella es la última de la fila. Verá morir primero a sus hijos, uno a uno.

Y se aprieta contra ellos para tenerlos juntitos, muy cerquita de sí.

Allá abajo está el suelo lleno de sol. El suelo, la vida, su alegréa de madre feliz.

Pero los ojos diabólicos la llaman imperiosamente.

Empieza a marearse. Los oídos le zumban. Se borran las cosas en derredor y ya, no ve más que un par de pupilas frías, duras lacerantes, que la subyugan, que la hipnotizan, y que se agrandan, se agrandan...

....

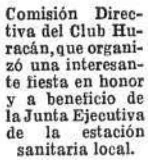
....

En el árbol vecino, la tijereta, testigo de la tragedia, alisó con el pico su pecho blanco, miró allá abajo a la víbora hinchada, somnolienta, y, recordando a los pobres ratones, hizo esta reflexión:

— ¡No pudieron volar! ¡Bien decía yo que no eran pájaros!

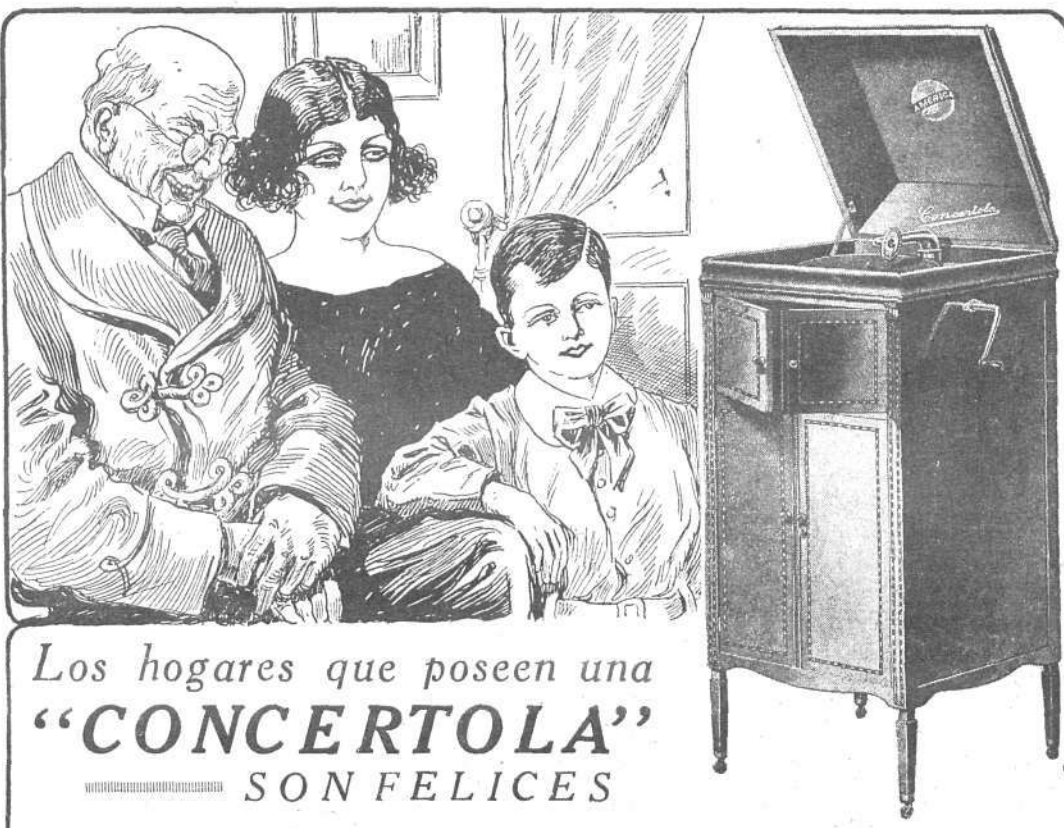
Después, como no se le ocurriera nada más, se fué chillando a contar el caso a sus comadres.

De Lanús Oeste


Comisión Directiva del Club Huracán, que organizó una interesante fiesta en honor y a beneficio de la Junta Ejecutiva de la estación sanitaria local.



Aspecto del salón de la Sociedad Unión Italiana, durante el desarrollo del festival antedicho, el que dado los fines que perseguía, alcanzó un brillante éxito.



Los hogares que poseen una

"CONCERTOLA"

SON FELICES

NOSOTROS podemos hacer feliz el suyo, como lo hemos hecho con tantos otros. Hoy día la ***"CONCERTOLA"*** *ya no es artículo de lujo; debido a su precio reducido todo el mundo puede adornar su hogar con una de estas maravillosas máquinas parlantes, alrededor de la cual todos los dias puede reunirse la familia y disfrutar de las emociones intimas que siempre proporciona la BUENA MUSICA.*

GRANDES OFERTAS DEL DIA:

N.º 451. — **Bonita CONCERTOLA**, mueble en roble con persianitas delanteras. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis........................ $ **45.—**

N.º 310. — **Preciosa CONCERTOLA**, con puertita, motor Suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis........................ $ **55.—**

N.º 327. — **Elegante CONCERTOLA** para mesa, mueble fino en nogal de Italia o terminación caoba, con puertitas y persianita. Motor Suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis............ $ **75.—**

N.º 341. — **Rica CONCERTOLA** para mesa. Mueble en nogal de Italia o terminación caoba. Tapa con cerradura. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis $ **99.50**

N.º 4. — **Hermosa CONCERTOLA** para mesa, mueble en madera *de roble o terminación caoba*. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **125.—**

N.º 4 bis. — **Espléndida CONCERTOLA** para mesa, mueble fino en roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **150.—**

N.º 5. — **Regia CONCERTOLA** de *salón, mueble fino en* roble o terminación caoba con armario guarda discos. Poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.......... $ **250.—**

N.º 5 bis. — **Magnífica CONCERTOLA** de salón, mueble en rica madera de roble o caoba con finos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis. $ **330.—**

N.º 9. — **Gran CONCERTOLA** de salón. Mueble finísimo estilo Luis XV, *en rica madera de caoba o roble*. Poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Accesorios dorados a fuego. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis, a pesos................................ **380.—**

N.º 11. — **CONCERTOLA** de estilo, formato arca, mueble finísimo en caoba con artísticos trabajos de marquetería. Motor Suizo de dos cuerdas. Accesorios dorados a fuego. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis, a.................................... $ **495.—**

N.º 13. — **CONCERTOLA** de estilo, formato «Gran Console» Regio mueble en caoba con finas aplicaciones de bronce, nácar y marquetería. Motor Suizo. Accesorios dorados a fuego. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis................................ $ **650.—**

CONCERTOLAS PORTATILES DE VIAJE
IDEALES PARA EXCURSIONES, PICNICS, FIESTAS CAMPESTRES, etc.

OFRECEMOS TRES MODELOS CADA CUAL MEJOR, A
$ 85.00, 99.50 y 130.

Toda CONCERTOLA posee dispositivo para tocar DISCOS "CON y SIN PUA".

DISCOS

Ofrecemos todos los mejores en todas las mejores marcas del mundo. — Solicite el Suplemento N.º 23.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Avenida de Mayo, 979.
BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS

De Sarandí


Monseñor Francisco Alberti bendiciendo la piedra fundamental de la iglesia dedicada a Nuestra Señora de Luján. Esta ceremonia dió lugar a una hermosa fiesta a la que asistió un distinguido núcleo de familias.

LAS PERLAS DEL COCO

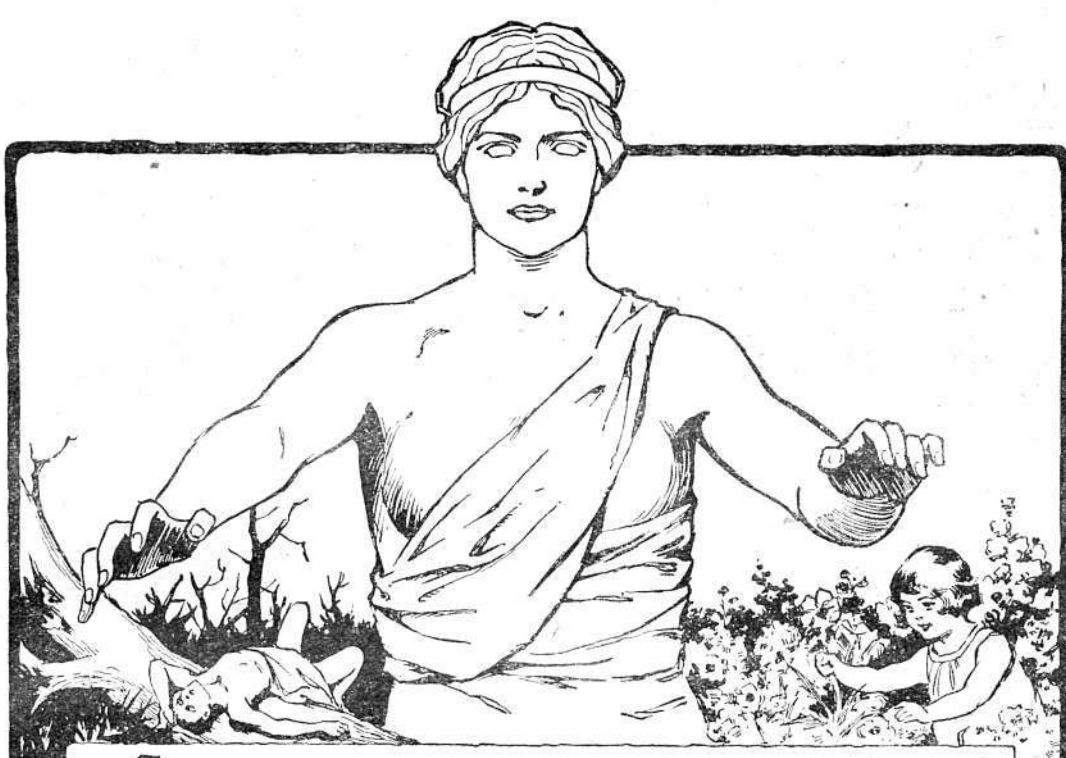
Un naturalista holandés, M. Hunger, de Amsterdam, acaba de descubrir, en ciertas nueces de coco, perlas de una gran belleza, de lo cual M. Dugeard habló a sus colegas de la Academia de Ciencias.

La perla del coco tiene el tamaño de un guisante. Su blancura, comparable a la de la leche, es absolutamente mate y es esta la única característica que la diferencia de la perla fina.

Se forma en el interior de la nuez del cocotero, exactamente como se forma en el interior de la ostra la perla fina. Pero sólo se la encuentra en la nuez llamada «ciega», es decir, que está desprovista de poros germinativos: el «ostobium» del embrión del cocotero, prisionero en esta nuez ciega, se convierte, bajo la acción del carbonato de cal, en la perla que ha descubierto M. Hunger.

La ociosidad camina con tanta lentitud, que todos los vicios la alcanzan.

La ignorancia es injusta con todo el mundo.



LA NATURALEZA·ES·CIEGA

y avanza recta e inflexible hacia sus fines. Empujado por ella va el hombre. Pero ella ni lo ve, ni lo oye, ni lo siente. Con idéntica impasibilidad lo halaga o lo tortura, lo levanta o lo derriba, lo crea o lo destruye. El hombre, sinembargo, usando de las mismas fuerzas que ella le otorga, ha ido, poco a poco, aprendiendo a defenderse. Así, por ejemplo, tratándose de los dolores físicos, la ciencia humana ha luchado hasta llegar al descubrimiento de la

CAFIASPIRINA

que es el analgésico perfecto, pues no solo alivia rápidamente los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; los resfriados; el malestar causado por los excesos alcohólicos, etc., sino que levanta las fuerzas e imparte al organismo una grata sensación de bienestar.

En tubos de veinte tabletas y **Sobres Rojos Bayer** de una dosis.

BAYER

La Impía

Una vez más Enrique Gil sentía la angustia que tanto le torturaba. Aquella pesadumbre infinita, aquel despego por todo, era simplemente el dolor de continuar una vida que ya creía agotada. Recordaba que desde muy joven había padecido ataques de misantropía; pero era de tarde en tarde. Después, transcurriendo los años, a compás de la vida intensa, de placer y estudio, que había hecho, los ataques fueron cada vez más frecuentes y dolorosos.

Y Enrique analizaba las causas que le habían conducido a aquel estado de alma, en que el mundo le parecía un inmenso lugar de tormentos y su propia existencia un suplicio intolerable.

Con su imaginación de artista (era escritor) y su inteligencia poderosa, a los treinta y dos años creía haber agotado el máximo de placer que es dable a un ser humano experimentar.

Acostumbrado desde niño a tratar mujeres, a los veinte años no tenían secretos para él. Las deliciosas criaturas le habían iniciado demasiado pronto en el perturbador misterio de los sexos. Esta temprana revelación habría impedido a cualquier otro conocer la flor de la ilusión. Pero su imaginación le salvó. Amó con la ingenuidad del adolescente. Amó una, dos, tres veces. Lloró en ocasiones, con el desengaño y en otros momentos, se embriagó de ideal.

Mas el corazón, como el cerebro, como cuanto es humano, tiene sus límites. Llegó un día en que todo acabó. Algo parecía haber muerto en él. La imaginación, insaciable de ideal, pedía más, siempre más; pero la inteligencia, ahíta de conocimiento, no correspondía. ¿Para qué sentir más, para qué saber más si siempre era lo mismo?

Y pasaron los años en un una vida estéril para el sentimieto.

Entonces no fué el goce puro que vivifica lo que le atrajo, sino el placer sensual que mata el cuerpo y el alma.

Las noches de orgía sucediéronse unas a otras. Cada vez que salía de unas manos mercenarias, sentíase más bajo, menos hombre; pero aquello le procuraba un momentáneo alivio a su tedio; eran horas de olvido. En el fondo de la copa de licor buscaba el ensueño de todos sus ideales muertos. Mirando a través del oro líquido del montilla y el jerez, de la mágica espuma del champán, surgían los fantasmas que, en otro tiempo, habían sido seres reales de carne y hueso que le hicieran conocer el deleite que embriaga. Las horas pasaban alegremente; llegaba la mañana, y Enrique, habiendo gastado en una noche las energías de un mes, sentía un extraño contento de verse vencedor, una vez más, en las peligrosas lides de Venus y Baco.

Con insistencia que tenía mucho de insania, se entregó a esta vida durante varios años. Su cuerpo, templado como el acero, venció todos los excesos, resistió el poder corrosivo que encierra la agitación sensual. Pero llegó un momento en que cansado del placer, lo abandonó.

Morigeró sus costumbres, no en méritos a la moral, sino en razón de que, a la larga, todo aburre.

Se entregó al estudio y al trabajo. Buscó en los libros el solaz de sus horas tristes. Y encontró en ellos lo que los libros dan: recreo espiritual, alimento de la inteligencia; pero en la selva muerta no se halla ninguna verdad comprobada ni mucho menos la alegría de vivir.

Con más frecuencia que nunca, sus ratos de pesimismo, sus días de hastío aumentaron y entonces le pareció la vida cosa despreciable.

Habituado a verlo todo a través de su alma enferma, enferma de amargo desencanto, la idea de la muerte se le apareció como algo nuevo en que poder esperar. Llegó a acostumbrarse a ella. No la temía como los demás mortales. Cierto que el suicidio le repugnaba. Creía que abandonar la vida por este medio, tal vez fuera dejar un abismo para caer en otro peor. Seguramente, él no sustentaba idea determinada respecto del más allá. Pero por lo mismo que no había seguridad de nada, podía admitirse la posibilidad de algo. Tal vez la nada le aguardaba; posiblemente era un cambio, una transformación. En el primer caso, la paz absoluta vencería al dolor; en el segundo, fuera lo que quiera, sería diferente del monótono espectáculo que ofrece el mundo, contemplando siempre el mismo horizonte, los mismos placeres (que a fuerza de conocerlos dejan de serlos), idénticas sensaciones de falsa dicha y sufrimiento inacabable.

Y Enrique, convencido de la inutilidad de todo esfuerzo para lograr la felicidad, esperaba tranquilo, a veces impaciente, el momento en que abandonaría el mundo. Sólo pedía al destino un tránsito no demasiado doloroso que le librara de la pesada carga que soportaba, de la acerba tristeza de vivir muriendo.

II

¡Si supieras cuánto he padecido, amor!

— Lo he visto, querido, y he sufrido contigo Tu enfermedad ha sido cruel.

— No, no ha sido mi enfermedad lo que más me hizo padecer, Elena. No temía tampoco morir, por la muerte misma. ¡Pero abandonarte!... ¡Ahora que soy feliz!... ¡Ahora que te amo!

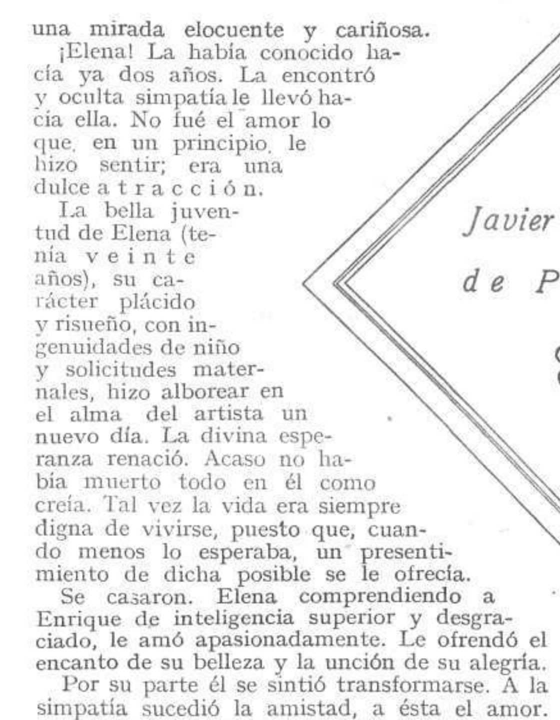
— Bueno, olvidemos eso. Los días tristes pasaron. Ya estás bien y seremos felices. ¡Dios ha escuchado mis ruegos!

— ¡Quién sabe!... — murmuró él en voz baja, con dolorosa entonación, mientras envolvía a su mujer en

una mirada elocuente y cariñosa.

¡Elena! La había conocido hacía ya dos años. La encontró y oculta simpatía le llevó hacia ella. No fué el amor lo que, en un principio, le hizo sentir; era una dulce a t r a c c i ó n.

La bella juventud de Elena (tenía v e i n t e años), su carácter plácido y risueño, con ingenuidades de niño y solicitudes maternales, hizo alborear en el alma del artista un nuevo día. La divina esperanza renació. Acaso no había muerto todo en él como creía. Tal vez la vida era siempre digna de vivirse, puesto que, cuando menos lo esperaba, un presentimiento de dicha posible se le ofrecía.



Se casaron. Elena comprendiendo a Enrique de inteligencia superior y desgraciado, le amó apasionadamente. Le ofrendó el encanto de su belleza y la unción de su alegría.

Por su parte él se sintió transformarse. A la simpatía sucedió la amistad, a ésta el amor. Los dolores pasados trocáronse en alegrías; el hastío en satisfacción.

Durante dos años fueron dichosos; sólo la enfermedad de él puso una nota negra en la existencia de ambos.

Enrique tuvo un ligero ataque de parálisis cerebral que le duró algunos días. En apariencia no fué cosa de importancia y cesó pronto. Pero, algún tiempo después, la enfermedad se presentó de nuevo, con caracteres más graves. Tuvo que guardar cama. Al principio permaneció dos o tres días sin conocimiento. Luego volvió en sí. Su cerebro había sido rudamente atacado. Se expresaba con dificultad; había perdido la memoria de las palabras. La dolorosa enfermedad duró dos largos meses; pero al fin sanó.

Con todo, como él había declarado, no fué físicamente como más padeció.

Mientras se halló enfermo, un nuevo proceso de ideas se hacía en su mente.

El ataque de parálisis se lo había motivado cierta dolencia que sufrió en sus años juveniles. Fué un encuentro desgraciado, consecuencia de su vida de placeres.

Temió quedar inútil para el trabajo intelectual y acaso para toda clase de labor. Además, aquel padecimiento implicaba cierta gravedad no exenta de peligro mortal; podía presentarse la hemorragia al cerebro. Y, entonces, el desgraciado conoció las mayores angustias. Antes de encontrar a Elena había deseado morir y la muerte le respetó.

¿Moriría ahora, cuando se consideraba feliz con el nuevo amor de ella? Sería el más cruel de los destinos.

Si la muerte impía y trágica le arrebataba a la existencia, ¿cómo creer en aquella justicia inmanente tan decantada por los filósofos optimistas?

Cuando se entregaba a tales pensamientos el dolor físico no era nada en comparación del sufrimiento espiritual.

Acobardado, desconfiando de la sabiduría de los hombres que habían de curarle, dirigió una mirada hacia lo desconocido: imploró el perdón de sus faltas y la protección de la divinidad. Pero su alma, demasiado aprisionada por las mallas de la duda, desfallecía bien pronto en el sombrío camino de la fe.

Realmente, todas sus lecturas y meditaciones no le proporcionaron un solo átomo de certidumbre sobre el más allá. Y la influencia optimista de Elena no le había transformado a tal extremo. Así, combatido por todos sus temores, por todas las dudas, las potencias enteras de su ser se concentraban en un solo deseo, en una sola voluntad. ¡No quería morir!

III

Ya hacía algún tiempo que había pasado el peligro y Enrique renacía a la esperanza. Se iba sintiendo fuerte y animoso. Seguramente sus tristes ideas no tuvieron otra causa que la enfermedad. Pero ahora podía confiar en el porvenir soñado, junto a la mujer amada.

Había vuelto a poder expresarse con su facilidad de costumbre; su palabra era flúida y armoniosa. Aquella noche se sintió Enrique dominado por una sensación de bienestar. Habló a Elena casi alegremente: de su amor, de su confianza en los días venideros, de la dicha a que ambos les aguardaba.

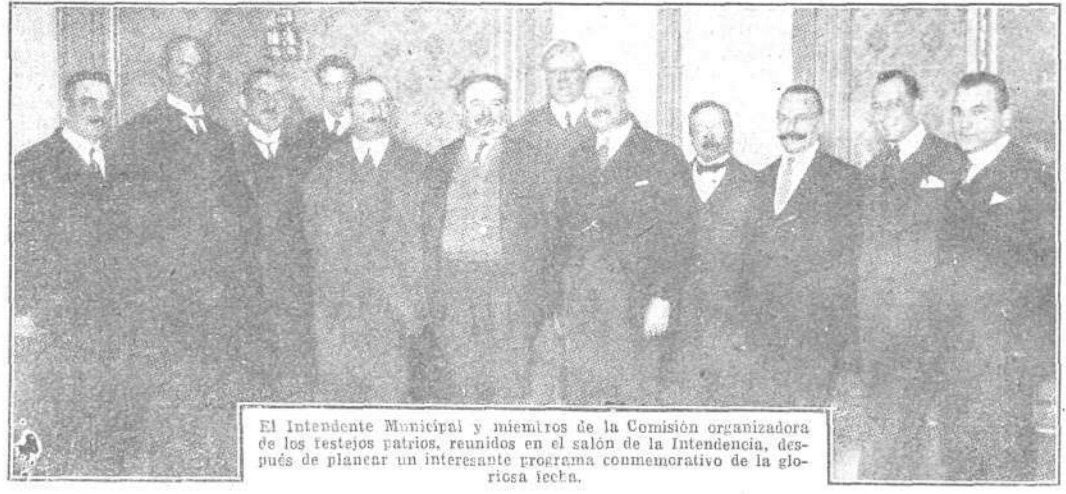
Llegó la mañana siguiente. Era un hermoso día de primavera. Enrique había permanecido en la cama hasta más tarde que de costumbre. Cierta laxitud adormecedora le retenía postrado. Se dispuso a levantarse y, de improviso, sintió un desvanecimiento, seguido de fuerte agitación. Aumentó el malestar. Advirtió que perdía el conocimiento y la facultad de hablar. Sudoroso, angustiado, llamó:

— ¡Elena!... ¡Elena!...

Ella acudió presurosa. Enrique yacía en el lecho murmurando palabras inexpresivas. Su mirada estaba quebrada, su cuerpo inerte. Dolorida, adivinando el peligro, Elena se arrojó sobre él besándole, llamándole. No le respondía y su boca cesó de moverse. Las lágrimas brotaron copiosamente de los ojos de ella.

Comprendía: era la hemorragia cerebral que le había matado. La muerte, con su mano siniestra, parecía haberle golpeado brutal, despiadada. Durante cuarenta y ocho horas su cuerpo se debatió en la agonía. Luego llegó el final, el reposo absoluto. El rostro de Enrique expresó una serenidad de estatua, una paz definitiva. Pasadas algunas horas extraña beatitud magnificó su semblante. Dijérase que había sido ungido con el destello de una visión celeste.

De San Fernando


El Intendente Municipal y miembros de la Comisión organizadora de los festejos patrios, reunidos en el salón de la Intendencia, después de planear un interesante programa conmemorativo de la gloriosa fecha.

LA MALDICIÓN Y LA CALUMNIA

No ofrece duda que hay más tontos que listos; pero, así mismo, estoy persuadido que hay más, muchos más, buenos que malos. De donde debiera seguirse que la mayor parte de los hombres se muestran mejor dispuestos a acoger las noticias y juicios que enaltecen a un semejante, que no aquellas insinuaciones y confidencias menospreciadoras del prójimo. Y, sin embargo, acaece al contrario. ¿Por tontería? Sí, y en parte, por cobardía.

La propensión a absorber y luego propagar murmuraciones maliciosas y calumniosas, es mayor cuanto más baja, plebeya e inculta se halla la naturaleza del individuo. Y a medida que la naturaleza se eleva, educa y ennoblece, atenúase, hasta desaparecer, el hábito de murmurar sin fundamento en materias que tocan la honra ajena. Para un ánimo noble nada hay tan repugnante y doloroso como oír infamar hombres ausentes por manera liviana y jocosa, sin acompañar la acusación de prueba. Nada más vil que la calumnia. Y la vileza se agrava cuando la calumnia es solapada y clandestina. ¡Desgraciado el pueblo en donde la calumnia que a la ventura aventan el intrigante, el desalmado o el insensato, cae siempre en terreno fértil y a propósito!

R. Pérez de Ayala.

Los hombres que tienen un alma de fuego agitada con frecuencia por violentos deseos, no adquieren madurez para obrar, hasta que han pasado el verano de la vida.


Lo más distinguido
HINDUSTAN
LUIS

De San Isidro

Parte de la concurrencia que asistió al gran baile organizado por la C. D. del Club Náutico Social, en honor de las familias de sus asociados.

Señoritas Susana y María L. Ruiz de los Llanos.

Señoritas de Klingkilfas, Chouciño, Justo y Lagos.



Las primeras horas

(Impresiones de una mamá)

POR COLETTE



UN gran silencio!... Un silencio tan repentino, tan imprevisto que la envuelve al través de todo, en el sitio sombrío donde se sintió descender: un lugar tumultuoso, velado por una nube purpúrea, en el cual nada la alcanzaba fuera de la última sensación de debatirse, de protestar, de gritar todavía...

El primero en abdicar había sido su pensamiento, que dejó la suerte de dos seres al cuerpo ignorante pero infalible; al cuerpo valeroso y desesperado.

Está por asomar el día en un alba veraniega que rápidamente se extiende. Reconoce, ahora, su cuarto, pero le es imposible dar vueltas ni a sus ojos ni a su cabeza: sólo percibe, como una ruta blanca que conduce a la ventana, su lecho y la culebra negra, ondeada, que forma un largo mechón de su cabellera.

— Sin embargo, piensa, anoche me había peinado bien. Vuelve a verse, caminando pesadamente hacia su tocador y trenzando sus largos cabellos tan negros, sobre su batón blanco. Luego... ¡nada! ¡No recuerda nada! Un incierto número de horas, quizás de días. ¡Nada recuerda! La memoria, la voluntad, el raciocinio, todo, todo ha quedado *allá*, sumido en el deber de sufrir.

— Quisiera, piensa, que me peinaran. Si consiguiera levantar ese mechón, me parece que podría pensar más tranquilamente.

Ve su brazo obediente, que se levanta para atrapar la larga culebra ondeada, pero al mismo tiempo *siente* dos manos que la aprisionan, dos manos de las cuales reconoce perfectamente la forma y el calor.

— ¡Ah! Es él, se dice.

Y oye una pequeña voz enroquecida, su propia voz que desconoce, que dice con extraña alegría:

— ¿Eres tú? ¿Dónde estás? ¡Buenos días!

— ¡Chut! ¡Cállate! No te muevas... ¿No te duele nada?

Ríese ligeramente y contra su voluntad contesta:

— No. Nada me duele.

— Calla, pero interiormente continúa riéndose:

— ¡Es fantástico!—piensa. Es... La gente no puede figurárselo. Nadie tiene idea del alivio que se siente al dejar de sufrir; porque, sino, no lo preguntarían.

Las dos manos le aprietan suavemente los dedos, como para llamarle la atención.

— Es una nena, querida.

Abre los ojos, busca quien le habla y ensaya una mueca burlona:

— ¡Oh! Me dices eso...

Y termina, en voz baja.

— Bien lo sabría yo, si tuviéramos una nena.

Siente unas débiles ansias de uniformarse, de saber lo que ha pasado durante su desvanecimiento final, mientras estuvo sumida en ese pozo negro, alrededor del cual su memoria merodea, inquieta.

— ¡Atención! — dice alguien.

Ahora percibe el choque, el rozamiento de otras manos, diestras y frías que se ocupan de ella. Ve, sobre ella, el luminoso aletear de cosas blancas, ropas blancas, vestido blanco que va y viene, mucho blanco desplegado, demasiado blanco que le hiere la vista y le hace entornar los párpados.

— ¿Duerme? — murmura la voz.

Se calla, por malicia y por agotamiento. Su oído, muy dispuesto, recoge todos los rumores de la mañana que se filtran por la ventana. Oye pasos en el jardín; el lejano trueno de los camiones y los ladridos del perro, que se queja de haber sido olvidado.

— Va a quedarse dormida — contestan. Ahora podremos ocuparnos de la chica.

¡La chica!

¡Es cierto, pues! Hay una *nena*. Existe en la casa alguien *más*. ¿Cómo es posible que lo ignore ese corazón que late tan perezosamente? ¿Podía ignorarlo?

— ¡Oh! — suplica. ¿Qué han hecho de ella?

Una carcajada le contesta:

— Déjenos tranquilos por un momento con su hija. Por ahora, está ahí en el sillón. No se puede atender a todos juntos. Además, nada tiene de interesante. Lloriquea, se queja. Bien podía esperarse unos minutos.

¡Su hija lloriquea! ¡Su hija se queja!

— ¡Chut! — dice imperiosamente.

Esta vez oye. Aisla el grito, el lenguaje ya fuerte y matizado del ser que recién comienza a vivir. Maullidos largos, agudos, alternados con una serie de suspiros descontentos, de pequeños gruñidos caninos.

— ¡Quisiera verla! — suspira y al mismo tiempo teme de que se cumpla su anhelo, pues su verdadero deseo sería de que se retardara ese instante en el que contemplará su obra. Dentro breves minutos sabrá si su hija es fea o deforme; sabrá si la querrá o no; se producirá lo irreparable.

— ¡Paciencia!, ¡paciencia! — dice la alegre voz.

En un rasgo de hipócrita sumisión entorna los párpados. Un medio sueño reemplaza de pronto su simulado sueño anterior. Vuelve a ver la lamparita roja que alumbró sus horas de espera; la copa que una mano alcanzaba a sus labios resecos, y sobre todo, ese rostro de hombre, petrificado por la imponente espera, ahí, contra las sombrías colgaduras. Pero cada cuadro que se presenta a su imaginación le agrada, favoreciéndolo con un nuevo encanto y acaricia cada fantasma, apresurada en hacerle conocer, como una bienaventurada muerta, que ya no sufre.

— ¿He dormido mucho?

Antes de que le hayan contestado ya ha medido con la vista la inclinación de la barra de oro que se desliza entre los postigos de la ventana.

— Han de ser cerca de las ocho, ¿no?

Sale de su corto sueño como de una fuente-hada, torna a ser lúcida, curiosa. Siente ganas de hablar, de ordenar, de comer, de comer sobre todo... Frunce el ceño, tan negro como sus cabellos, porque se da cuenta de que el espejo del tocador tiene rastros de dedos e imagina de pronto, con una repentina maldad, que ha de haber tirados en el jardín, papeles, basuras...

— ¡Oh! ¡esta casa! ¡En qué estado está todo! ¡Y el agua de las flores! Apuesto a que a nadie se la he ocurrido cambiarla desde que...

Toma aspecto de mala, prisionera entre sus dos cadenas de cabellos trenzados que se extienden sobre las almohadas.

— Desde que...

Su pálido rostro, manchado arriba de las meji-

llas por granos rojos, tórnase de pronto rosa luminoso; su mirada se humilla, su boca se endulza: alguien entró en el cuarto llevando en sus brazos...

— Tu hija, querida. Pero no te muevas, no trates de tomarla.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! — suplícase interiormente. Ha llegado el terrible instante. Sólo siento aprensión, miedo, cuando debería estar loca de alegría ávida, de contento maternal...

¿Cómo simular, cómo no temblar de vergüenza sobre todo ante él, que lleva esa criatura tan serenamente y quien ya parece estar familiarizado con su hija?

Ve bajar sobre la cama, cerca de ella, en el hoyo de una almohada, ese liviano paquete, oliendo a trapo nuevo y a verbena. Descubre, debajo de una gorrita de cabellos castaños, una figurita morena con los ojos cerrados y dos manos minúsculas que presentan delicados pliegues: el estrujamiento de una flor de adormidera en germen.

Todo su ser calla asombrado. Su mirada se detiene en las uñitas bien redondeadas, en las cejas plateadas, en los abundantes cabellos y en todo lo que hay de terminado, de definitivo en la criatura. Retiene su aliento para escuchar el otro soplido, ese ritmo que cuenta tan pocos instantes. No sabe qué decir y sólo atina a murmurar bajito:

— ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Luego se entristece al constatar que no ha tenido el «gran arranque», ese gran arranque de que hablan todas las novelas. Tímidamente levanta la vista, buscando en el rostro del hombre inclinado sobre ella, una ayuda, una certeza. No tiene valor para preguntarse:

— ¿Seré yo un monstruo? ¿Seré yo una mala madre? ¿Por qué eres tú, quien gozas tan intensamente de la alegría que yo me había prometido, de la ternura que yo esperaba? Sin embargo, es *mi hija*, eso que está ahí. ¿Pero esa satisfacción que siento de haberla concebido, con todas sus uñas, sus cabellos, sus cejas, su pequeño busto lleno, sus piernas vigorosas; en una palabra: una criatura digna de vivir, no me basta pues ese atolondramiento respetuoso, no puede, no debe ser el amor maternal?

Intimidada, decepcionada, vuelve a mirar a su hijita y trata dulcemente de abrir, con la punta de uno de sus dedos, esa manecita tibia y arrugada que se contrae sensible y se cierra.

— ¡Sí! Es natural que esperara la emoción de ese pequeño apretón. Me esperaba esa sensación física, tierna, divertida, pero... ¡No, no es eso todavía!

Experimenta la necesidad, el deber de hablar con el hombre tranquilo y orgulloso que las compara a ambas.

— Será bonita nuestra nena, ¿no es cierto?

— Desde ya es preciosa, pero más tarde será hermosa, pues se te parece.

— ¿Se me parece? ¡Oh! ¿Cómo puedes ver eso? A esa edad, nada puede decirse todavía.

Dáse vuelta, perpleja, hacia la criatura dormida, agitada en su primer sueño... Las finas cejas tiemblan y una expresión de zozobra, de impaciencia despótica, afirman los indecisos rasgos.

— ¡Ah! — exclama.

— ¿Qué tienes? ¿Sufres?

— ¡No! ¿Pero no has notado?

— ¿Qué?

— Mira: tus cejas. ¡Oh! ¡Y esa boca! ¡Pero si eres tú... tú!...

Se enardece como a la revelación de un prodigio. Todo se transforma en maravilloso. Espera que un milagro se produzca. Vería su hijita abrir los ojos, hablar, levantarse, caminar, que nada la asombraría. ¿Será este, al fin, el minuto esperado? ¿Será este el latido que desesperaba sentir?

Pero no, se dice. ¡Todavía no es eso! Esto que siento es el amor, el amor solo. Me abalanzo, corro, pero es hacia él, solo hacia él, hacia lo que veo de él, en este pequeño esbozo tembloroso. El grito que acaba de escapárseme, es solo un grito de enamorada. ¡Oh! pequeña criatura, que tanto tienes de él, ¿cuando te amaré pura y simplemente por ti, sólo por ti?

Alzada por las manos fuertes que la asisten, llega con un brazo a poder abrazar a su hija. Permanece así, inmóvil, pálida entre sus dos trenzas tan negras. Queda en esa postura, atenta, celosa, inquieta, pronta a combatir y a defenderse; permanece así, olvidando todo, su cuerpo dolorido y el hombre que la atormenta. Permanece así desbordante de un amor que todavía se ignora y preguntándose en el fondo de su ser.

— ¿La amaré?

Tradujo: Luisa Bouché

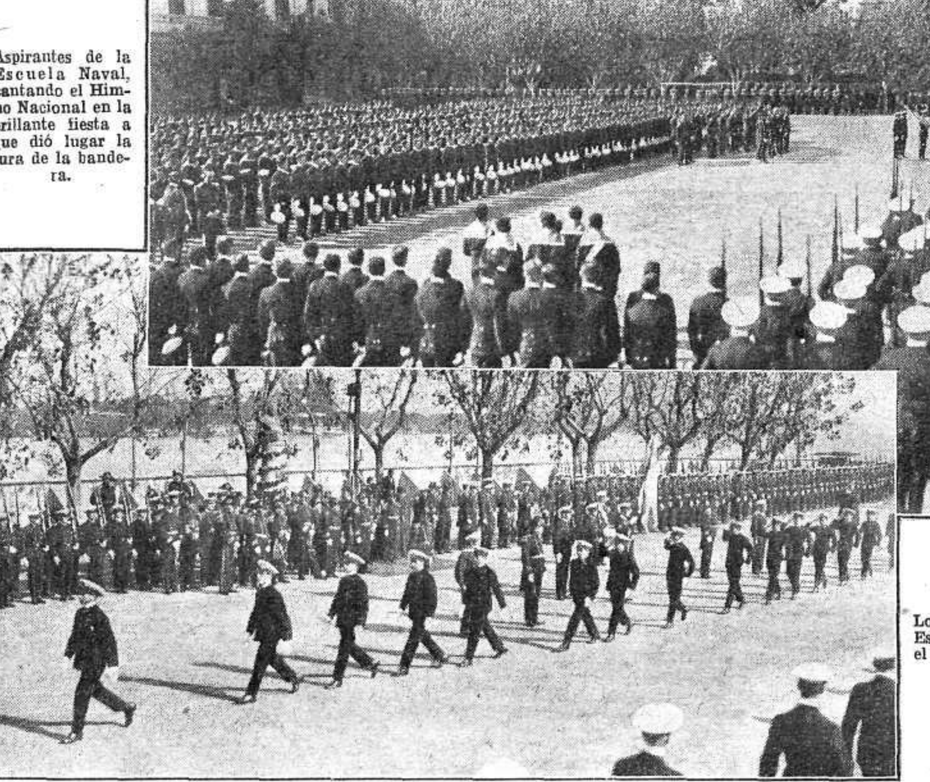


— ¿Schampoing, fricción o masaje facial?
— No. Quémeme las puntas de los cabellos.



— Si sabes que una cosa es mala, ¿por qué la haces, Lola?
— Para estar más segura de si lo es...

De Río Santiago



Aspirantes de la Escuela Naval, cantando el Himno Nacional en la brillante fiesta a que dió lugar la jura de la bandera.

Los alumnos de la Escuela Naval, en el acto de jurar la bandera.


EL MEJOR DE TODOS
LOS APERITIVOS
PINERAL
PRODUCTO ARGENTINO
Pineral
GRAN
APERITIVO
FABRICANTES:
PINI HERMANOS y Cía. Ltda. - Buenos Aires.

De Bánfield

Distinguido núcleo de familias que concurrió a la hermosa fiesta social realizada en el domicilio de los esposos Stember, con motivo del enlace de su hija con el señor Tausend.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 199

Botín o zapato en gum metal negro o color doble suela, todo cosido alrededor, con puntera o bigotera,

$ 14.90

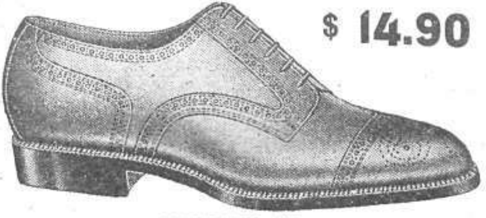
MODELO N.° 193

Botín gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado, con cordones o botones,

$ 14.90



$ 14.90



MODELO N.° 58

En gum metal negro. En gum metal color, doble suela, gran moda.

$ 14.90



MODELO N.° 59

Botín o zapato con puntera o bigotera. En anca de potro negro. En gum metal negro. En gum metal color, todo cosido alrededor, doble suela.

MODELO N.° 218

En cabritilla color sangre y negra. En gamuza negra y marrón. En piel de cocodrilo color sangre. En cabritilla charolada negra,

$ 14.90

MODELO N.° 205

En cabritilla charolada, negra, color sangre y marrón. En gamuza negra, marrón y color sangre. Taco de 3 ½ y 5 ½,

$ 14.90





MODELO N.° 216

En cabritilla negra, color sangre y marrón. En gamuza negra. En cabritilla charolada y charolada color sangre

$ 14.90

MODELO N.° 223

En piel de cocodrilo color sangre. En cabritilla negra lisa. En cabritilla color sangre, lisa. En gamuza negra, lisa,

$ 14.90



NO TENEMOS SUCURSALES AGENTES NI PROVEEDORES EN NINGUNA PROVINCIA



Debemos convenir, lectoras amigas, que el placer de la maledicencia no disminuye ni se atenúa, a pesar del vértigo incesante de nuestra vida; para nada nos queda tiempo, pero seríamos capaces de habilitar horas de repuesto, con el propósito de analizar las mil pequeñas incidencias que acaban por producir desgarrones íntimamente dolorosos... En cada uno de los distintos circulillos mundanos se inicia el tema de palpitante actualidad: «Fulanita se divorcia de Zutanito, y acepta ya los homenajes de algún admirador, previendo el porvenir... Fulanito ha decidido divorciarse de Zutanita; ¿por qué? No se sabe a punto fijo... pero, para no perder el tiempo, trata de concertar su próxima boda con la mejor amiga de la que es aún su esposa».

No protesten ustedes, amigas mías; si evocáramos el ambiente en que viven su existencia frívola e inútil tantas de esas parejitas cuyo nombre se murmura en todas las conversaciones, sería muy fácil adivinar cuáles son las figuras que se alejan o aproximan como en caprichoso juego de azar; pero si no me incumbe el revelar alguna de esas dolorosas situaciones, ni repetir tampoco algún secreto a voces, considero necesario señalar el grave peligro que entraña este nuevo concepto de la vida, que transforma y destruye los verdaderos y firmes valores de nuestra sociedad... Bien sabemos que influye poderosamente sobre toda mujer — no cabe duda al respecto — la mirada elogiosa del hombre; dice una eminente escritora italiana (1) que es muy curioso estudiar y descubrir los matices de los distintos caracteres femeninos. Según ella, existen felizmente mujeres que se atienen a la opinión o admiración de un *solo* hombre, mientras que otras suelen extender sus ambiciones a un círculo reducido de parientes o amigos; en cambio, la generalidad, por no decir las más vulgares, o las que sufren de una vanidad insaciable, anhelan siempre el homenaje de todas las miradas, ¡de todas, sin excepción!, vengan de quien vengan... Luego, bajo el nombre de *flirt* se acepta hoy, en todas partes, la coquetería más exagerada, más... ¿libre? Y nadie se oculta ya, ni se turba, porque el protocolo mundano lo ha impuesto como un derecho, y esa práctica — ¡muy divertida, quién lo duda! — cunde en nuestro medio como una elegante embriaguez, cuya dosis debe aumentarse día por día, con el fin de experimentar una emoción nueva... Desde luego, nuestros *snobs* están encantados con las facilidades que hallan a cada paso: la indulgencia o, mejor dicho, la tolerancia, no conocen ya límite... Pero si escuchamos la palabra tan autorizada de Dora Melegari, escritora cuya sugestión espiritual se revela en esta página mía, ella nos dice, con honda amargura, que esa tolerancia masculina de la que se hace gala para tan dolorosos problemas, no se funda, por desdicha, en la justicia social, sino en el más triste de los cinismos.

Ahora bien, lectoras amigas; creo firmemente que la mejor defensa para conservar la integridad del hogar, en ciertos y determinados círculos de la sociedad argentina — si es que ha desaparecido el cariño y el respeto mutuo, si la dignidad y el concepto del deber se han debilitado hasta este punto, — es que la mujer se decida a emplear útilmente su vida, cultivando y ennobleciendo su espíritu, dedicándose al estudio, practicando la caridad con verdadero fervor cristiano, manteniéndose digna y serena en todas las circunstancias de su vida; ésa habrá atesorado conocimientos que amplían e iluminan su pensamiento, que será así fuente inagotable de bondad y de belleza... Las que no practican otra ley que la del egoísmo, las que desdeñan toda actividad útil, son las que están fuera de casa el día entero, llenando sus horas con el visiteo más o menos insubstancial, con la jira de tiendas y modistas, con las prolongadas sesiones en la confitería de moda... La ignorancia y la frivolidad son, pues, las colaboradoras más importantes en la destrucción del hogar; vivíamos antes de tan distinto modo... La esposa, la joven madre de familia, se dejaba absorber en absoluto por la vida del hogar, pero ahora nos sorprende, a cada paso, el doloroso problema: «Fulanita se divorcia, porque su marido tiene un genio violentísimo, porque detesta la vida mundana, y, como ella es dueña absoluta de su fortuna, le fijará a su esposo una renta decorosa y pedirá el divorcio». Otras veces se asegura que Fulanita es tan coqueta y tan frívola, que Zutanito — profundamente decepcionado, — como es dueño de cuantioso caudal, le señalará una renta, todo lo más generosa posible, para poder rehacer su vida, con la amiga íntima de Zutanita... Otras veces el divorcio es de común acuerdo; de todos modos, es la tristeza de la luz que se apaga...

El día en que se sancione entre nosotros la ley liberadora, con todas las restricciones que imponen la experiencia y la más rigurosa moralidad, no sufriremos la desoladora impresión que surge hoy a cada instante, como un *leit-motiv*, en todas las manifestaciones de nuestra vida mundana...

Extraño ha de parecer a ustedes, lectoras amigas, que al mencionar el tema de actualidad me ocupe solamente de los errores y defectos de ciertas figuras femeninas prescindiendo en absoluto de los cargos que podrían hacerse a los que deben ser guía y consejero dentro de su hogar; al referirme a esos casos, que la crónica mundana revela con severidad inusitada, he querido señalar el peligro a las jóvenes y brillantes figuras que podrían evitar el derrumbe de su hogar, haciendo el sacrificio de su vanidad y de su coquetería; a la mujer es a quien corresponde mantener la luz y el calor del propio nido, ya que es tan difícil de encontrar el jefe del hogar de que nos hablara Dumas (hijo), pintándolo no sólo como el esposo, sino el mejor amigo y el mejor consejero... No exijamos, por nuestra parte, lo que no estamos seguras de cumplir nosotras; antes de predicar la teoría de Dumas, respecto del jefe del hogar, quisiera que la compañera de toda una vida supiera ser, hoy, lo que fueron las figuras tradicionales de nuestra raza: la esposa y amiga, la mejor consejera, la que mantenga los más altos ideales de la vida, haciendo gala de indulgencia y abnegación inagotable...

La dama duende.

Mayo 14 de 1924.

(1) Dora Melegari.

¡UN DIA HAS DE LLEGAR!...



Un día has de llegar!... Que mi alma espera
el milagro estelar de tu mirada,
blanca y pura, cual nítida quimera
por albores angélicos nevada.

Toda la vida se me irá, ligera,
hacia tu encuentro de mujer amada,
y será una eclosión de Primavera
mi psiqui, en tu blancura perfumada.

Cuánto has tardado! — te diré contrito —
Mis palabras tendrán el exquisito
reposo de tus músculos en calma...

Y besando, rendido, tu áurea frente,
¡cuánto has tardado! — te diré, vehemente,
¡ha tanto tiempo que te espera mi alma!...

XAVIER BÓVEDA



DICHO Y HECHO, POR MACAYA



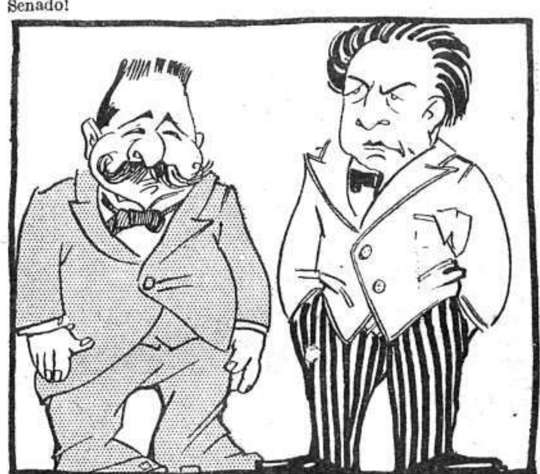
EL RAYO DIABOLICO

Elpidio. — Usaré este rayo destructor en lugar de la campanilla. ¡Tengo unas ganas tremendas de fulminar a casi todo el Senado!



LO UNICO QUE FALTA

Noel. — En esta Avenida falta mi estatua. Es un imperdonable olvido de Mr. Forestier.



ENTRE SAN JUAN Y MENDOZA

Lencinas. — Yo no tengo plata; pero tengo bonos.
Cantoni. — Yo tengo bonos; pero no tengo plata.
Lencinas. — Nadie podrá negar nuestra «bonomía».



DE PRONOSTICO RESERVADO

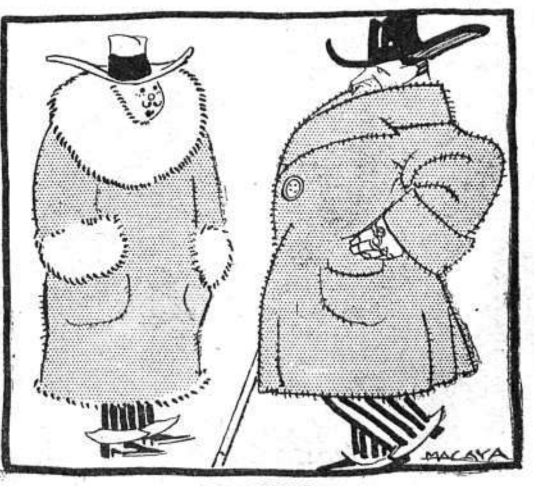
Gallardo. — Temo que este flemón no madure nunca.



UNA SOLUCION

— ¿Qué hacemos con nuestras papas? No es posible exportarlas.

— Es muy sencillo. A cada diputado se le paga las dietas con las bolsas de papas correspondientes, y está arreglado el asunto.



ARTE LIRICO

El tenor. — ¡Cómo envidio al doctor Alvear!
El baritono. — ¿Y por qué?
El tenor. — Porque no hay miedo de que se le escape un do.

De Saladillo



El señor Arturo T. Torres, ex presidente del "Centro Recreativo y Cultural" presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por los socios de esa entidad, con motivo de su partida de esta localidad.

¿POR QUÉ ABANDONÓ JUAN LA BEBIDA?

No bebo: he dicho que no bebo... Sí, es verdad, he bebido mucho, como el primero; me habéis visto borracho muchas veces. ¿Por qué voy a decir otra cosa? Antes de casarme y después de casado a pesar de lo que yo quería a aquella pobre. Bastante la hice padecer con esto... Por ella, por no verla llorar y desesperarse, me contenía más de cuatro veces y por ella casi llegué a quitarme de la bebida mientras vivió. Pero cuando la perdí de aquel mal, en cuatro días, tan joven, tan llena de vida, cuando me vi solo con ese hijo, una criatura de cinco años. ¡Aquella mujer tan buena, tan trabajadora, tan sufrida!... ¡Como no se ha conocido otra!

Vosotros sabéis lo que era para mí. ¡Cuántas veces me lo habéis dicho! ¡Qué suerte has tenido, Juan! ¡Y perderla así para siempre! Verme solo entre aquellas cuatro paredes, que se me caían encima, con mi hijo, mal cuidado, mal vestido. ¡Andaba como un loco!

Y por no pensar en nada, o por pensar menos, volví a la bebida, que era mi consuelo. Bebía hasta perder la cabeza... Y entonces me parecía verla, que estaba junto a mí, que hablaba conmigo y yo con ella. Sí, llevaba a casa el aguardiente, y cuanto más bebía, más verdad me parecía aquella ilusión; tanto que mi hijo se abrazaba a mí, asustado, y me decía:

—Pero ¿dónde está mamá? ¿Dónde está? ¿Es verdad que está aquí?

—Sí, aquí está. ¿No la ves?

—No, yo no la veo me decía llorando, muertecito de miedo.

Una tarde volvía yo del trabajo, y al abrir la puerta oigo gritar y reir a mi hijo. Entro y... ¡No podéis figuraros! Me lo veo con los ojos extraviados, la boquita torcida, con una convulsión, lloraba, reía, cantaba. Todo a un tiempo. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? Sobre la mesa estaba un frasco de aguardiente vacío. Lo comprendí todo, y en un arranque de furia fuí a pegarle y levanté la mano. ¿Qué has hecho, granuja? ¿Bebiste el aguardiente? ¡Te voy a matar!

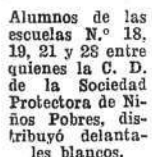
Y mi hijo entonces, con espanto que lo hizo volver a la razón con una voz de angustia que no olvidaré nunca, me dijo:

—¡No me pegues, padre, no me pegues! ¡Fué por ver a mamá, como tú la ves otras veces!

¿Comprendéis ahora por qué no debo ni volveré a beber en mi vida?

Los amigotes de Juan apuraron en silencio el último sorbo, algunos con amargor de lágrimas contenidas; y fueron saliendo de la taberna, callados, pensativos, sin mirarse los unos a los otros, con sorpresa de cómplices y remordimiento de criminales.—JACINTO BENAVENTE.


Señora: La Tienda "La Imperial" reconocida entre todas las demás casas de su ramo como la única especialista en confecciones, está realizando actualmente una venta especial de tapados a precios de verdadera ocasión.
Si Vd. no ha recibido el CATALOGO, solicítelo.
15
15 — De gran aceptación es este práctico y abrigado saco chaleco, en fina lana afelpada, artículo extranjero, en todos colores, a $ 15.90
1252
1252 — Práctico y elegante tapado en grueso velour gamuza de pura lana (remitimos muestras) adornado con imitación piel, en todos colores, a.... $ 49
TEJIDOS
Remitimos al interior colecciones de muestras conteniendo variados surtidos de mercaderías de la presente estación. Solicítenos su envío y obtendrá ventajas considerables.
14C
1404 — Trajecito de punto tricot, en fina lana afelpada con cuello y banda sobre el tono, en todos los colores, precio de reclame, a..... $ 19
LA IMPERIAL
VICTORIA ESQ. PIEDRAS B.s AIRES


Alumnos de las escuelas N.° 18, 19, 21 y 28 entre quienes la C. D. de la Sociedad Protectora de Niños Pobres, distribuyó delantales blancos.


Manifestación obrera organizada por el Partido Socialista local en celebración del 1.° de Mayo.



Señora: usted no debe ignorar

quién ha hecho lo que usted sirve en su mesa. Sin embargo, si usted solo pide a un comerciante dulce de membrillo, éste le dará un trozo de dulce cuya procedencia y fecha de elaboración son un misterio para usted. Por eso cuando usted desee terminar su comida con un dulce de tanta confianza y pureza como los que usted misma hace en su casa, compre

Dulce de Membrillo Especial Noël, en latas de 1 kilo

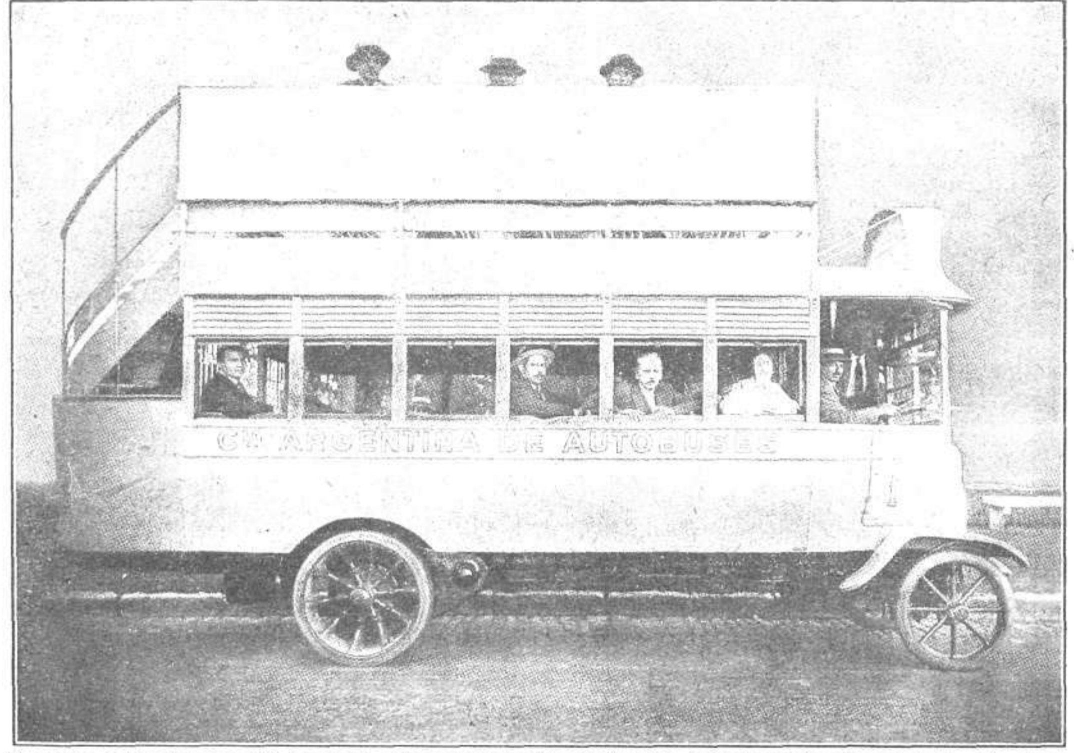
elaborado al estilo familiar con fruta elegida de la última cosecha, cuya frescura e higiene están garantizadas por un envase de cierre perfecto.

Pídaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la lata lleve impresa esta palabra:



La marca que tiene una fama de 77 años.

AUTO-MOTO-AVIACION



En nuestra metrópoli han surgido de un año a esta parte un sinnúmero de ómnibus, desde el modesto vehículo hasta los más costosos y cómodos, tales como los que realizan diariamente excursiones a través de la ciudad y a los pueblos vecinos. Pero lo más novedoso en esta materia son los que acaban de ser puestos en servicio por una compañía. Se trata de coches con plataforma tipo "Imperial" tal como puede apreciarse en el grabado que publicamos.

DURANTE LA QUINCENA...

Después del Gran Premio Córdoba el ambiente automovilista ha vivido días de descanso, hasta que la Exposición inaugurada recientemente en Rosario ha roto ese compás de espera. Y al Primer Salón de la Sociedad Rural rosarina seguirá pasado mañana el Tercer Desfile de Rodados y la Primera Exposición Nacional de Vialidad a inaugurarse en el local de la Rural, en Palermo, bajo los auspicios del Touring Club Argentino. El desfile se efectuará, como siempre partiendo la columna de la Plaza del Congreso para seguir por la Avenida de Mayo, diagonal Norte, Florida, Santa Fe, Callao, hasta el local de la Rural, donde el Presidente de la República y algunos Ministros del Poder Ejecutivo Nacional y gobernadores de provincia presenciarán el acto inaugural y el desfile de rodados.

Para el 1.º de junio próximo ha sido postergada la fecha del Tercer Circuito La Plata, que organiza el Automóvil Club de aquella ciudad, cuya prueba ha pasado a la categoría de nuestras competiciones clásicas. Este año los premios han sido aumentados hasta pesos 7.500, habiéndose establecido premios especiales para los coches de tres litros de cilindrada, con el auspicioso propósito de crear estímulos para esta clase de vehículos.

Entre otra de las determinaciones adoptadas por el club organizador cabe destacar, que reviste importancia el hecho de que sus autoridades comprobarán las condiciones de los corredores que a su juicio no hayan demostrado aptitudes suficientes para tales carreras. Se aprecia esta determinación cuando se piensa que muchos aficionados sin mayores cualidades intervienen en estas pruebas donde lo violento de la lucha los convierte en «obstáculos» para los demás, ya por no seguir el tren o porque su inexperiencia causa graves inconvenientes para el normal desarrollo de la carrera.

El mes de mayo va marcando la aproximación del final de la temporada automotriz argentina, a la par que nos anuncia la iniciación de la misma en Europa y Norteamérica. El domingo 27 de abril, la carrera por la Targa Florio, corrida en el circuito de la Madonie, (Italia) y en el que triunfó el viejo corredor Wágner, llegando segundo y tercero Massetti y Campari a solo pocos minutos de diferencia el uno al otro, es el índice de que empieza la actividad intensa del automovilismo europeo.

A. Burgos Santillán.

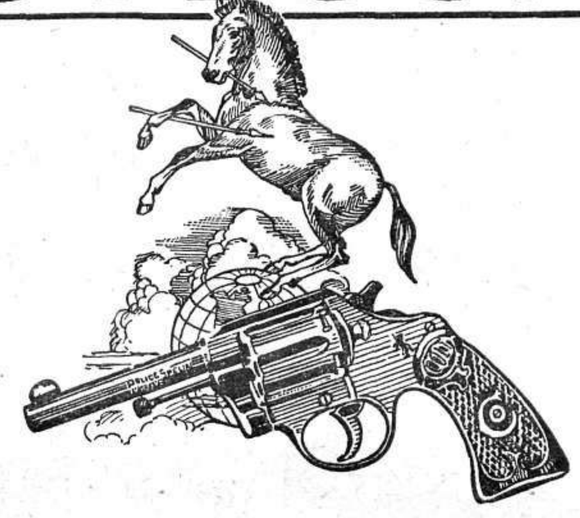
CONSULTORIO

Con el fin de contestar las numerosas consultas de nuestros lectores, hemos establecido una sección especial dedicadas a tal objeto. En estas líneas se darán respuesta a todas aquellas preguntas que por su índole se consideren de interés general, debiendo los interesados enviar su dirección y nombre bien claro para hacerlo por carta si así se resolviera. Las preguntas deben versar, naturalmente, sobre las especialidades de automovilismo, aviación y motociclismo, en su faz deportiva, técnica, etc.

Rubia argentina. — Las patentes de aviadores numerados 220, 223, 226 y 227, corresponden a los señores Héctor Lecuines Bavio, Carlos Duhau, Federico Verdier y Jorge A. Luro, respectivamente.

— La edad no es un inconveniente alguno, siempre que no sea menor de 18 años.

PROTECCION



POR la razón de que las armas COLT siempre han sido las más seguras para usar y llevar; — por el hecho de que ellas entran en acción con la *máxima rapidez* cuando la rapidez resulta ser de importancia vital; — porque su tiro es *preciso y seguro*, ellas han conquistado el favor de los gobiernos y de las policías durante casi un siglo. Sólo se logra una protección *completa* cuando *todas* las cualidades apuntadas se hallan reunidas en un arma, así que, para dotar a su casa de la segura protección que un COLT puede darle, adquiera un Revólver o una Pistola Automática de ese nombre, nombre al cual el tiempo ha conferido prestigio y honor. Pida a su armero o a su ferretero que le muestre los diversos tipos de Revólveres y Pistolas Automáticas COLT.

Colt's Patent Fire Arms Mfg. Co.
Hartford, Connecticut, E. U. de N. A.



EL ARMA DE LA LEY Y DEL ORDEN


Un Regalo
muy útil
para todas las familias
El nuevo librito de Recetas
Te Sol
1924
Contiene gran número de recetas nuevas para hacer ricos postres y dulces. Se envía gratis.
Pídalo personalmente o por correo, a los Introductores de "Te Sol", calle Tucumán 345, Buenos Aires, acompañando una etiqueta de las que lleva cada lata o paquete de "Te Sol". Etiqueta Blanca o Five O'Clock.
Si desea que se le remita certificado, es necesario enviar 15 ctvs. en estampillas. Por correo simple, debe enviarse una estampilla de 5 ctvs.
Recetas Te Sol
Postres dulces y buen té
Edicion 1924
Librito Nº 4
TE
CONGOU
SOL
FIVE
TE SOL
O'CLOCK
QUÍTELE una de cualquiera de estas etiquetas al primer paquete o lata de "Te Sol" que compre en el almacén y mándela pidiendo el librito.

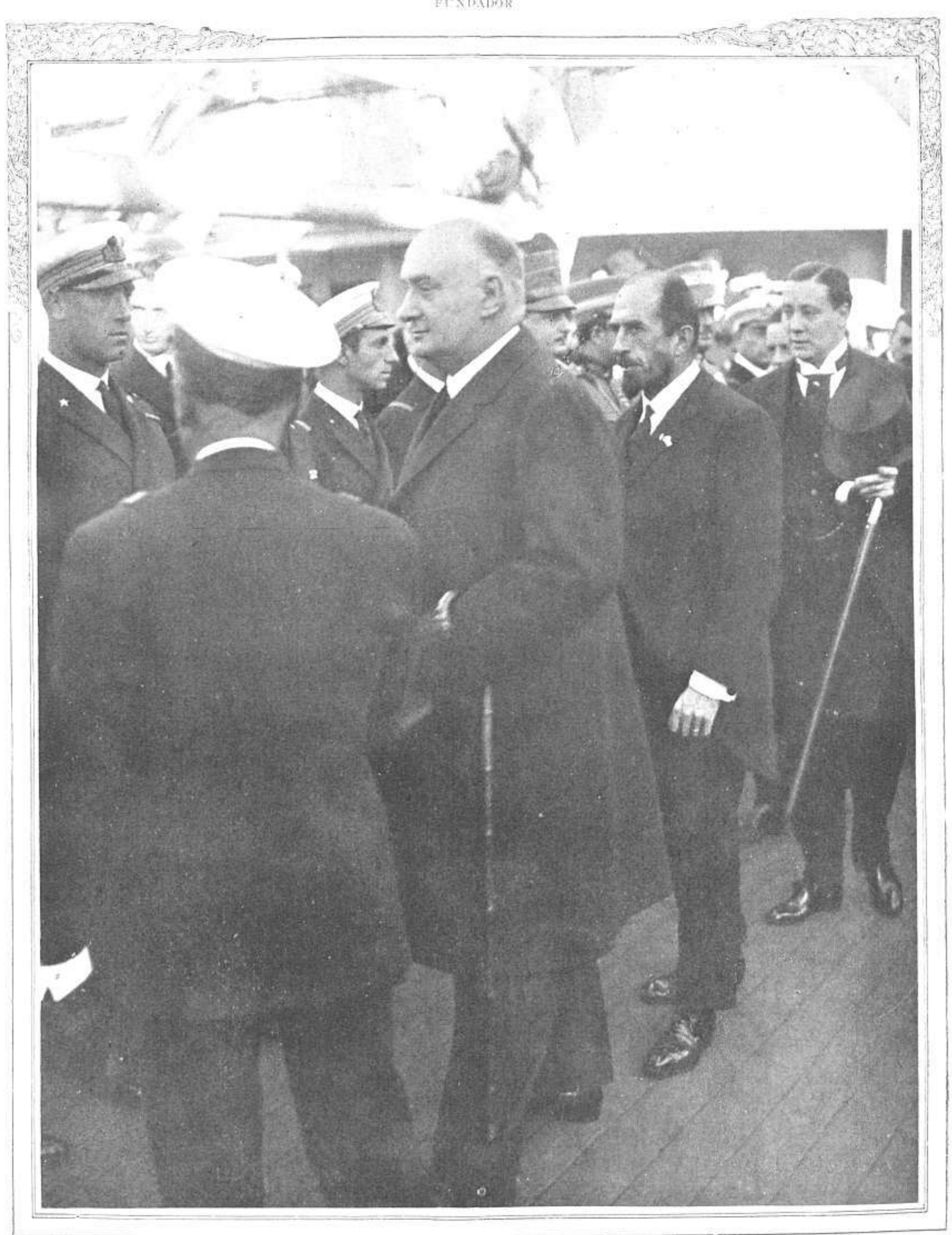
BUENOS AIRES, 31 DE MAYO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1339

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA VISITA LA NAVE «ITALIA»

CALUROSA RECEPCION AL PRIMER MAGISTRADO

El Dr. Alvear, a quien acompaña el Embajador Giuriati, saludando a los oficiales del crucero, que le son presentados por el comandante, capitán de navío Grenet. La visita se significó por su expresiva cordialidad, constituyendo una nota de la íntima compenetración existente entre ambas naciones, lo que se evidenció una vez más en el patrióti o a to al que asistiero1 los miembros del Poder Ejecutivo.

FOTO DE BELL.



STAS. CABRERA Y SAN ROMÁN EN EL JARDÍN DEL HIPÓDROMO INDEPENDENCIA.



SEÑORAS CARRASCO, RECAGNO, ORTIZ GROGNET Y PUGNALÍN.



SEÑORA DE GARCÍA GONZÁLEZ Y SEÑORITA DE RODRÍGUEZ.



SEÑORITAS VERA BARRO, ARAYA Y CARRERAS.



SEÑORITAS JUNQUET, ZINNI Y LASSAGA, PASEANDO POR LOS JARDINES DEL BONITO HIPÓDROMO.

SEÑORITAS MAIDAGAN, RICARDONE, CABRERA Y MEDINA.

SEÑORAS Y SEÑORITAS DE RODRÍGUEZ Y DE FERRANDO.



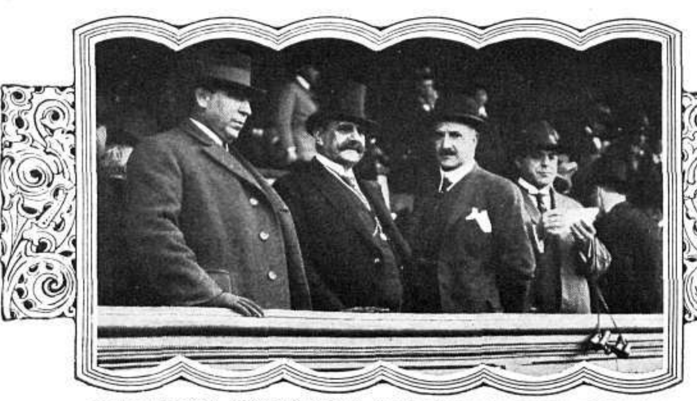
SEÑORITAS MURRAY, MC. GUIRE, QUIROGA Y LASSAGA



EN HONOR DEL NUEVO MANDATARIO DE SANTA FE

UNA REUNION CLASICA EN EL HIPODROMO INDEPENDENCIA

Las muchas pruebas de regocijo público que se sucedieron con motivo de la toma de posesión del nuevo Gobernador de la provincia de Santa Fe, señor Ricardo Aldao, culminaron con la brillante reunión celebrada en su honor en el Hipódromo Independencia, donde se congregaron las principales familias de la sociedad y un numeroso gentío para presenciar el animado espectáculo de las carreras en que se corrió el clásico R. Sáenz Peña



EL GOBERNADOR, SEÑOR ALDAO, EL PRESIDENTE DEL JOCKEY CLUB, SEÑOR SOLARI, Y EL SEÑOR BARLETI PRESENCIANDO DESDE EL PALCO OFICIAL LA REUNIÓN A LA QUE SIRVIÓ DE BASE EL CLÁSICO ROQUE SÁENZ PEÑA.

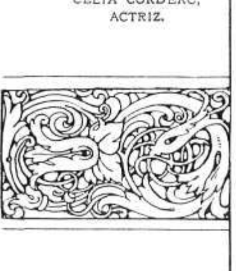


CELIA CORDERO, ACTRIZ.



CÉSAR Y PEPE RATTI, EL DIRECTOR Y EL PRIMER ACTOR QUE ACTÚAN CON GRAN ÉXITO EN EL CITADO TEATRO.

BENITA PUÉRTOLAS, ACTRIZ.







LEONOR ALVAREZ, ACTRIZ.

TEATRO SARMIENTO
CESAR RATTI



NATALIA FONTAN, ACTRIZ.

El prestigio artístico de los populares hermanos Ratti, intérpretes genuinos de nuestro medio escénico en cuanto se relaciona con tipos y costumbres nacionales, nuevamente se afianza con la feliz interpretación de la pieza cómica en dos actos titulada «Un autor en busca de seis personajes», original de Julio Traversa, obra que ha pasado de cien representaciones y en la cual artistas y autor han sabido colaborar con excelente éxito para satisfacción de los aficionados a nuestro género chico.

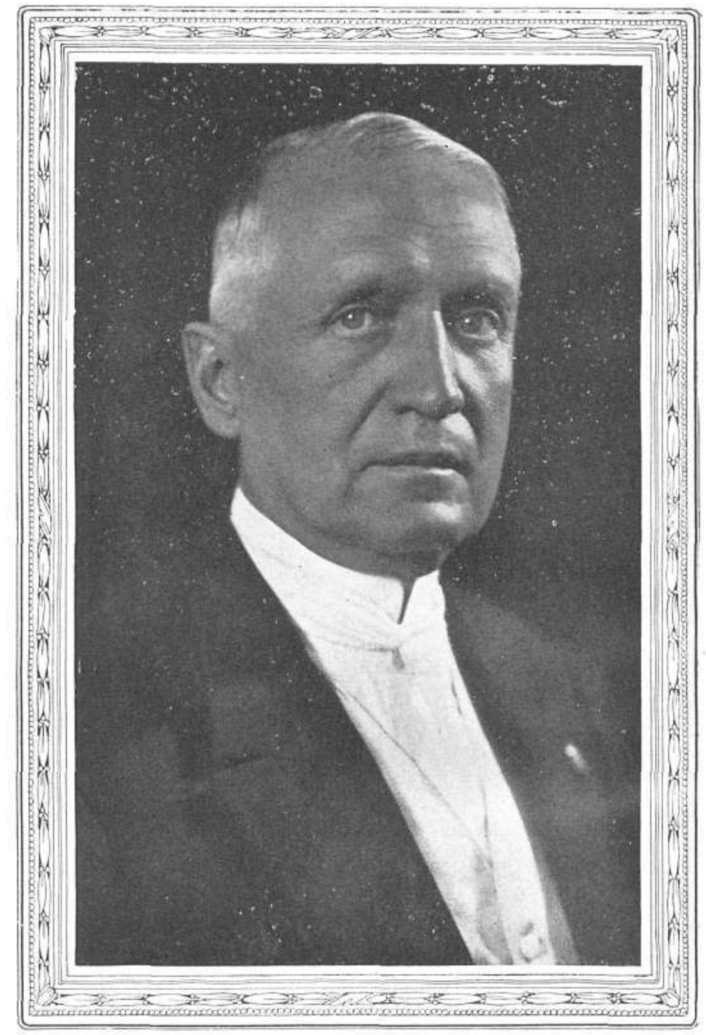


EMMA MARTÍNEZ, ACTRIZ.

LUIS VIGNERY, ACTOR.

ARISTIDES SARTORIO

UN HOMBRE de la NUEVA ITALIA



a Caras y Caretas
G. Aristide Sartorio 17 Maggio 1924

He aquí un artesano del porvenir, un hombre de la «nueva Italia». Artista típico en el país de los artistas; múltiple, fervoroso, generoso, respirando todo él, en su risueña ancianidad, esa franca alegría de vivir que es patrimonio de su raza grecolatina. Pletórico de vida interior — única fuerza capaz del resurgimiento — y al abrigo, por tradición y cultura, de las mil y una sorpresas del esnobismo, Arístides Sartorio es en su obra vasta y multiforme un ejemplo de honestidad artística, y una prueba elocuente de lo que se puede alcanzar, a fuerza de labor sincera, en el respeto de la propia naturaleza y en el desdén cotidiano por aquel éxito fácil que corre en la plaza pública.

Decorador, en el sentido más amplio de la palabra — como lo prueba el friso monumental para el Parlamento italiano, — con un realismo vigoroso, pero que dignifica y reviste una constante preocupación anímica, Sartorio lleva al muro la seguridad del dibujo y la ciencia del volumen que adquirió como pintor, complementando un propósito transcendente con el sereno aporte de sus ideas de pensador y de esteta, que ve en el arte el medio más eficiente para el mejoramiento de la vida moderna, frívola y triste, por causa exclusiva de su progresivo distanciamiento del espíritu y su lastimoso abandono en el suave ejercicio de la meditación.

Como Puvis de Chavannes, en su maravillosa alegoría de las Ciencias y de las Artes, en el anfiteatro de la Sorbona, Sartorio cree posible la reconciliación de aquellas dos fuerzas secularmente antagónicas — alma y materia — en el seno puro de la belleza absoluta, de la belleza, que es verdad, amor y virtud, y por cuyo camino de rosas el hombre descreído puede volver insensiblemente a Dios.

Tal es su religión y su esperanza, la corola nívea nacida en la ciénaga dolorosa y sobre cuyo divino terciopelo posan los pies de Bhagavat. El propio artista nos ha contado armoniosamente en «Flores et Humus» el edificante proceso de la transubstanciación, el peregrinaje supremo de la forma hacia el templo de la perfectibilidad vislumbrada, allá arriba, en la cúspide de la montaña, donde el sol del poniente se atarda en un nido... Este sesgo ideológico de su espíritu ha llevado a Sartorio, como pintor, a una concepción simbólica de la naturaleza, libertándole de la *tiranía* de las *apariencias*.

Podríamos aplicar al autor de «Gorgona» las mismas palabras que éste ha escrito sobre Pablo Michetti, que fué un verdadero iniciador en el camino del arte. «La inteligencia del maestro era una inteligencia *animadora*, la visión del mundo vivo y real asumía para él los caracteres de la revelación y ninguno ha hecho tanto amar a los discípulos el carácter del patrio suelo con afecto más profundo y más sagrado.»

En efecto, mucho más todavía que Michetti, todo Sartorio está ahí. Su tema único, su tema predilecto, es Italia, Italia en su paisaje incomparable, Italia en su vida fecunda, Italia en su perpetuo florecer. Sobre aquella tierra de héroes, donde el sueño de toda belleza parece realizado y realizable, el alma cariñosa del artista romano levanta el símbolo puro de sus figuras augurales junto al tembloroso misterio de las «Palude» donde asoma su cara lívida de la «Gorgona», yérguese espléndida en su desnudez la «Diana de Efeso», que redime el dolor de los esclavos. La «Luz» vence a las «Tinieblas» y el «Amor», victorioso, sonríe, absoluto y perpetuo, en los umbrales de la «Muerte».

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR

Ojos andan de triunfo por ahí, que se hienden hasta las fibras del corazón. Miradas que son poemas, aletazos espirituales, capaces de tronchar un carácter; fluídicos parlares de una santa alegría, dicharacheros mirares que asoman intenciones y hacen con su poder, la brillante magia de la vida. En estas páginas, concentramos gráficamente, las expresiones que el alma femenina derrocha por los ojos.



DICEN LOS OJOS

DE ATRAYENTES Y MISTERIOSOS ENSUEÑOS BAJO EL SOL DE ORIENTE.

HABLADORES, INSINUANTES, QUIEREN CAUSAR SENSACIÓN DE TERNURA.

ILUMINADOS DE ROMANTICISMO, TRATAN DE GANARNOS EL CORAZÓN.

EN SU FIJEZA, INTERROGAN EL SECRETO DE UNA SÚBITA EMOCIÓN.



OJOS QUE DAN VIDA A UNA FISONOMÍA DE EXPRESIÓN PERSA.

HACIA LEJANÍAS ESPIRITUALES QUE SÓLO CONOCE EL ALMA FEMENINA.

¿CAUTELA O TRAICIÓN?... ¡ES TAN ABISMAL ESO QUE SÓLO SUGIERE SOSPECHAS!

MANSEDUMBRE, TEMPLANZA: MIRADA QUE DESGRANA VIRTUD Y FE

ESTO NO ES MIRAR ALEVOSAMENTE, AUNQUE LO PAREZCA: ES UNA ALARMA

ABIERTOS COMO VENTANALES POR DONDE PASA EL SOL, OFRECEN SU FRANQUEZA



BROTA DE ELLOS UN CHISPAZO DE INTELIGENCIA Y GRACIOSA PICARDÍA.

CRISTALINO MIRAR QUE HABLA DE UNA PENETRACIÓN DE RARA SAGACIDAD.

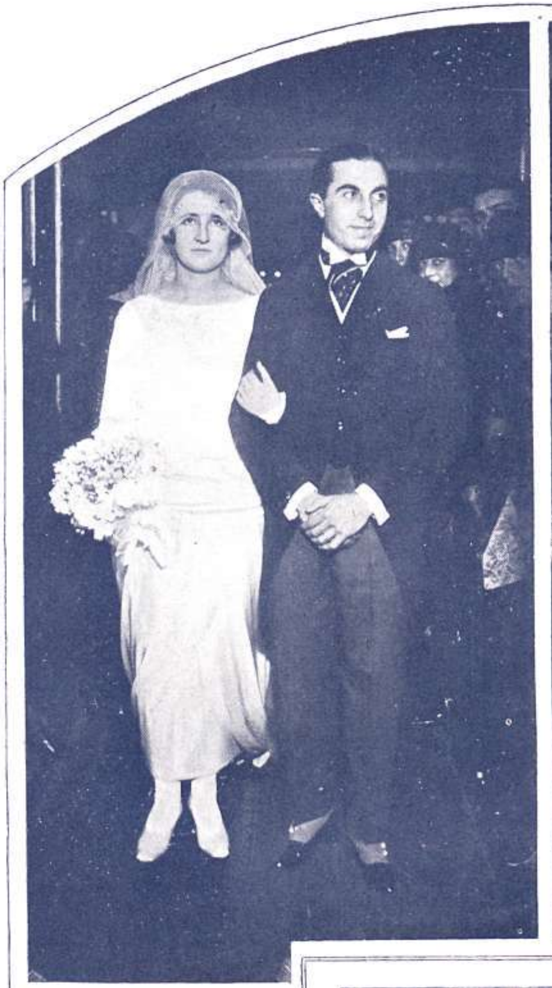
VAGAS INTERROGANTES DE UNA MIRADA QUIETA, FIRME, CLARA Y SERENA.

ASÍ, ENTORNADOS, PARECEN RECOGER TODAS LAS VIBRACIONES DE LA ALEGRÍA.

PODRÍA CREERSE QUE AQUÍ SE INSINÚA UNA LEYENDA DE CABARET.

ENTRE JUEGOS DE PESTAÑAS, ASOMA LA MAJESTAD DE LA MIRADA

ENLACES





SEÑORITA ELIDIA ERDWIG SANDOVAL CON EL SEÑOR LUIS JORGE FOURCADE, EN LA IGLESIA DE SAN MIGUEL.

SEÑORITA ANGÉLICA PONS PEÑA CON EL INGENIERO JOSÉ ÁNGEL ALLARIA, EN LA IGLESIA DE SAN MIGUEL.



SEÑORITA MARÍA AZUCENA SUAYA CON EL SEÑOR FLORENCIO MAZ-

ZINI, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

D. LUIS ALDROVANDI MARESCOTTI

CONDE DE VIANO

NUEVO ENVIADO EXTRAORDINARIO Y
MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE ITALIA

POR ALVAREZ

La magnífica y tradicional amistad que une nuestro país a la gran nación itálica, cuyo nuevo representante ostenta un honrosa y destacada actuación diplomática y política, ha de verse acrecentada por la noble dedicación que éste ha de dispensarle y que encontrará en el gobierno y el



Gran sombrero de "velours", una de las últimas creaciones.

Vestido azul en forma de abrigo cómodo y elegante.

Ultimas Novedades de la Moda

Modelo de toca "turquecor", muy apropiada para el invierno.

FOTOS DE CLAIRE PATEK.

NUESTRA CORRESPONSAL EN VIENA



A Pouic, afectuosamente.



NADIE sabe por qué desengaños de política abandonó su diputación de Lima don Santiago Rosales y vino a su apartado feudo serrano, a vivir definitivamente en la hacienda de *Tambo chico*, en compañía de su extraña hija Luz, una belleza de tarjeta postal que asombraba a los jóvenes de la sierra por el esplendor de la cabellera rubia. Para nuestras razas morenas, el rubio ha sido siempre un atributo misterioso. Rubios son los Cristos y el primer rey mago que, en los nacimientos infantiles de diciembre, avanza hacia la cuna, entre corderos. La comarca entera sintió simpatía temerosa por Luz Ro-

sales, mas nadie quiso muy bien a su padre, aquel hidalgo trujillano y severo que blandía al caminar el chicotillo.

Tambo chico, denominado así con modestia orgullosa, por algún español perdonavidas, es la más dilatada de las haciendas del valle y encierra en sus términos fertilísimos un río, dos montañas, una antigua fortaleza y necrópolis de indios que llaman *la Huaca grande*. Está en el centro del valle irguiendo sobre la colina sus nidos de lechuza, siniestra aun por sus obscuros pasadizos en donde ningún peón quiere extraviarse. Un camino secreto lleva acaso hasta el río; y es fama que por allí escaparon los emisarios de Atahualpa.



Llegaban, según la tradición, con sus talegos de oro cuando supieron la ruina del imperio. Allí quedaron las barras de metal a lo largo de los corredores subterráneos, dispuestos en aspas de molino como los rayos del sol en las vasijas indias. Sería posible tomarlo sin la vigilancia de las lechuzas que están previniendo el robo con sus silbidos. Las momias de los generales indios allí enterrados se despiertan si alguien quiere violar las tumbas; y más de una vez se ha escuchado en la alta noche el ruido de sus mandíbulas al *chacchar* la coca con esa masticación interminable de los peruanos.

Por eso el día que don Santiago Rosales, empedernido coleccionista, quiso completar su serie, ningún indio neto obedeció. Sólo empleando peones venidos de la costa pudo ir trayendo de *la Huaca grande*, a lomo de mula, los utensilios de oro con que enterraban los indios a sus muertos: vasijas negras con dibujos de lluvia, los dioses orejones que sonríen dilatadamente llevando en sus manos agarrotadas los rayos del Padre Sol o un vaso de chicha, y, en fin, las momias admirablemente conservadas, las momias de actitud sumisa y adolorida, con sus cabellos lustrosos y los dedos enclavijados sobre el pecho, de rodillas ante Viracocha.

Ningún indio del valle se atrevió a oponerse al desacato. Cuatro siglos de espanto les han hecho aceptar la peor tragedia suspirando. Pero en la noche acudían a la choza de la vieja Tomasa, que era bruja insigne, para pedirle amparo y venganza. Durante cuatro siglos — colonia española y república peruana — nadie fué osado a buscar momias en esa fortaleza arruinada. Quizás en las *huacas* pobres de los contornos rebuscaban los avaros mercaderes para venderlos en Lima, a los extranjeros de tránsito, esos caracoles barnizados de negro, esas serpientes de barro cocido, por cuyos labios canta el agua. Todo ello es simple atributo del muerto a fin de que al despertar a mejor vida pueda morder unos granos de maíz, beber chicha del cántaro y masticar la coca que le dé fuerzas para seguir su ruta hacia el Padre Sol, más allá del lago Titicaca. Pero las momias no; las momias son sagradas. Don Santiago Rosales iba a arrostrar el poder de Tomasa la hechicera.

Durante quince días con sus noches este poder pareció fallar. Con infinitas precauciones, comprándolos a precio de *tambo* que es leonino, pudieron los indios procurarse un pañuelo del hacendado y sus cabellos, imprudentemente arrojados por el peluquero. Todo ello, unido a extraños menjurges, sirvió para componer un muñeco de regulares proporciones, que llevaba en el pecho un corazón visible como en los *detentes* de los misioneros. Y en el centro del corazón, después de haber investigado, por la amargura de la coca mascada en común, si la suerte sería favorable, clavaron todos, llorando, uno de esos alfileres rematados en cuchara de oro con que cierran el manto las mujeres. Un sapo hinchado agonizaba allí, junto a los candiles, y el murciélago del muro, prendido por las alas, abría y cerraba su pico triste. Entonces una lamentación sumisa, tétrica, a los poderes infernales, comenzó por boca de la hechicera: «Mama coca, mamitay, te pido por el diablo de Huamachuco, por el diablo de Huancayo, por todos los diablos rabudos...»

Hasta las altas horas las quenas del valle parecían alegres anunciando que la aurora vería la redención de la raza vencida.

Pero al día siguiente estaban don Santiago y su hija, a caballo, dirigiendo los trabajos de excavación en la fortaleza. De lejos, la cabellera rubia de la *niña* Luz relucía deslumbradoramente. Los indios apartaron de ella la vista con temor visible.

Todo el santo día vieron pasar a lomo de llama las momias renegridas de larga cabellera colgante. Por la elegancia de los vasos y las telas que circundaban los despojos, por los llamas de oro con el lomo horadado para la coca

incinerable, se adivinaba que allí hubo gente principal, jefes militares o príncipes.

Pero don Santiago no estaba satisfecho con sus hallazgos. Era una momia de mujer lo que buscaba, *una momia de princesa antigua* que fuera la mejor pieza de su colección. ¡Si excavaran más lejos, en uno de esos subterráneos clausurados con arena endurecida! Entonces dos indios muy viejos salieron al encuentro del amo, llevando las monteras en la mano, persignándose la boca antes de hablar para purificarla.

Con sollozos y ademanes sumisos, pidieron al *taita* que dejara en paz a los muertos. ¿Quién mandaría llover sobre el maíz, quién haría prosperar la coca si todos los antepasados se alejaban del valle y los espíritus rencorosos se quedaban flotando sobre las casas nocturnas? El cura no podía comprender estas cosas, pero tal vez el amo sí.

En el salón de la hacienda a donde le habían seguido, gimoteando, los delegados advirtieron, sobre las mesas, las momias desenterradas, y no las quisieron mirar de frente. Prometían todo, como sus abuelos a los conquistadores; prometían sus cosechas y sus ganados si el *taita* ordenaba que se llevaran de nuevo al sepulcro de la fortaleza las momias de los protectores del valle. Por toda repuesta, el amo aludió al excelente chicotillo con que castigaba a los atrevidos.

No se supo si fué tal argumento o la belleza de Luz Rosales lo que operó el milagro, pues dos días después los mismos indios regresaron diciendo que indicarían el sitio en donde estaban los talegos legendarios. De generación en generación guardó el secreto aquella familia de curanderos cuyo más viejo representante vino arropado en un poncho violeta, llevando todavía, como los antiguos militares, en la oreja izquierda un arete de plata.

Para el día domingo fué la cita, y el domingo se bebió la mejor chicha de jora en *Tambo chico*. A las cinco de la madrugada, sin despertar a nadie en la casa para que la sorpresa fuera mayor, don Santiago se marchó a la fortaleza en compañía de los peones que habían pasado, según dijeron, la noche entera en el *tambo* de la hacienda. Encendidas las lámparas de minero, bajaron todos con el *taita* por los intrincados corredores, abiertos alguna vez en el granito de la montaña. A la luz vacilante se vislumbraban todavía las rojizas pinturas borrosas que representaban con la misma ingenuidad de los huacos, un fragmento de victoria o la fiesta del sol. Fué preciso cavar donde indicaron hasta que el choque de la lampa reveló la barra de plata que cerraba el largo socavón. Dos horas trabajaron afanosamente para levantar una lápida que dejó abierto el forado lleno de calaveras. comenzaba allí un pasadizo de piedras embutidas unas en otras con tan perfecta ensambladura como las del templo del Sol que está en el Cuzco. A medida que caminaban por él iba ensanchándose, y en los rebozos de las piedras talladas como zócalos, estaba dispuesta, para asombro del transeunte, una portentosa colección de vasos antiguos. Don Santiago no cabía en sí de gozo delirante. ¡Era un estupendo museo de huacos! Ni en Berlín tenían cosa igual... El piso de piedra desaparecía bajo los tapices de colores en donde estaban reproducidos, con rigor geométrico e ingenuidad llena de gracia, perfiles de pumas, llamas sentadas o esos ojos circundados de alas que indican, en pinturas y vasos, la rápida vigilancia del amo. De cuando en cuando, como para aterrar al audaz, un ídolo ostentaba en la mano su flecha más alta que una lanza. Estaba pintarrajeado de azul y rojo; pero su faz serena reposaba con nobleza regia. Al torcer de un corredor una luz verdosa iluminó la gruta del fondo. Allí debía estar el tesoro del Inca; ¡los indios lo habían predicho! Se divisaron las tinajas negras de barro cocido, llenas sin duda de barras de oro y plata, o de esas perlas de Sechura que siempre buscaba la codicia del conquistador. Don Santiago corrió hacia la escasa luz del día y se detuvo alborozado. ¡Una momia, la momia de mujer que buscara tanto, estaba allí custodiando el tesoro milenario!

Un grito espeluznante, despavorido, repercutió en la gruta mientras los indios se miraban silenciosos e iban ya a jurar que ignoraban todo. Don Santiago arrancó la linterna de manos del peón y miró desesperadamente. La carátula de lana morena que cubría el rostro era el retrato ingenuo y tal vez burlesco de Luz Rosales, con los dos inmensos rectángulos azules que imitaban los ojos en las momias. Arrancó entonces, sin discernimiento, las cuerdas de esparto, las vendas de tejido blanco y negro para mirar el rostro...

Acurrucada en actitud orante, con las manos apoyadas en las mejillas, la rubia cabellera desparramada sobre el pecho anguloso, estaba allí su hija; su hija o, por lo menos, su imagen duplicada ya en los siglos, reconocible a pesar de los estragos de la muerte. Estupefacto, enloquecido, salió al río por la abertura de la peña, desgarrándose los vestidos en los zarzales, y corrió, corrió por la orilla para buscar a Luz en la casa de la hacienda, llamándola a gritos por el camino. Pero Luz Rosales había desaparecido de *Tambo chico* y no pudo ser hallada nunca.

Algunos cholos liberales del *Club Progreso* explicaron más tarde al juez de primera instancia de la provincia que, robada en la noche por los indios, la embalsamaron éstos empleando los antiguos secretos del arte incaico que creemos hoy perdido. Durante la noche habían macerado en grandes tinajas el cuerpo de la momia rubia. Pero toda la gente del valle sabe muy bien que fué venganza de los muertos de la fortaleza. La prueba está en que desaparecieron las momias de la casa cuando se llevaron a don Santiago al manicomio; y todavía en las noches de luna, se las oye *chacchar* la coca nutritiva de los abuelos.



VENTURA GARCIA CALDERON

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



UN CONFLICTO CELESTIAL

Daniel—murmuró la anciana.—Daniel, teme la cólera divina. Desde muchos años, de siglos, el patrimonio de la familia no se desmembra; pasa íntegro de los detentores a los primogénitos; tu padre...

— Bueno; si comienza a hablar mal del viejo... — gruñó Daniel.

— Jehová lo tenga en su gracia. Ha infringido la Ley y tú eres sólo un gentil. ¿Qué está escrito en el Levítico?

— Papá solía citar el Libro I de Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit, Dominus benedictum.*

— ¡Horror! *El abismo llama al abismo* — murmuró la vieja. — ¡Citar a Job en latín, en el idioma de la Iglesia! En fin, Daniel: ¿firmarás?

Daniel recapacitó unos momentos. Se sentía vacilar; había acudido después de la muerte de su padre, un buen judío que se casó con una cristiana, a recoger papeles que en Río de Janeiro estaban depositados y a liquidar los bienes que allí existían; su abuela, invocando las tradiciones de raza y las circunstancias de tener indivisos muchos inmuebles, le pedía una cesión de bienes; ella iba a dejarlo al morir como único heredero, y por un poco de tiempo, nada más, podía él sacrificarse. Al fin iba a obtener sobrada recompensa.

El mayordomo servía en ese momento el café, un café espeso y aromático. Daniel sonrió a los habanos que en una artística caja tallada por Cellini mostraban sus oros perfumados; luego, incapaz de discutir ni de negar, asintió:

— Firmaré, abuelita.

A la media hora salía Daniel del palacio familiar, aliviado de las preocupaciones administrativas que causa toda fortuna; un notario preparado estratégicamente, tres testigos y

unos sellos habían bastado para que el bueno de Daniel, en quien la astucia racial paterna estaba amenguada por la indolencia heredada de la madre, hiciese donación de bienes y se quedara con unos miles de pesos en el Banco y dos casitas porteñas.

Al regresar a Buenos Aires, satisfecho de su operación, no sabía el pobre que, en solemne junta de familia, su amada abuelita firmaba un testamento cuyas cláusulas, discutidas apasionada y largamente por los interesados, excluían a la rama cristiana.

Unos meses después, el mismo día de la fiesta de Simres-Thora, falleció la abuela de Daniel, y pasados cinco años aun pleiteaba inútilmente el bueno del nieto, que cediera un día una fortuna por seguir las tradiciones de la familia y multiplicar sus bienes.

II

Sourlé, la abuela, al morir emprendió la trabajosa senda que conduce a las regiones celestiales; con un buen sentido práctico, propio de la raza, desechó la línea de ómnibus para espíritus, con que las modernas exigencias habían suplantado la anacrónica barca de Caronte, y resolvió hacer el viaje a pie.

No nos hemos de entretener hoy contando sus aventuras; el caso fué que llegó un buen día, al despertar de una aurora celestial de las que suelen vislumbrarse en el mortal mundo por las regiones árticas y en raras ocasiones.

Algo inesperado presentósele entonces. La senda concluía al pie de una especie de pirámide, en la que estaban incrustados unos letreros indicadores: «Paraíso. Conserve su izquierda». «Cielo. Se ruega cerrar la puerta».

Estas indicaciones parecían tanto más anacrónicas como que no existía puerta alguna, y merced a la cuarta dimensión, tangible en el espacio, la izquierda no existía.

Sourlé se detuvo indecisa; desde un pequeño promontorio acababa de surgir un ángel inquietante que traía en la mano una especie de tizón ardiente; tras él apareció un camión cerrado con una ventanilla enrejada; Sourlé retrocedió espantada. ¿No era aquel guardián celeste una representación más o menos fiel de lo que los cristianos llamaban arcángel Gabriel, guardador del Paraíso? Luego los cristianos tenían razón.

Gabriel sonrió ceñudamente, adivinando, y con voz seca ordenó, mientras abría la puerta del camión:

— Sube, engañadora de cristianos.

— Hablemos — gruñó la vieja, que tenía sus ribetes de casuística judaica. — Yo no soy cristiana; luego, mi lugar no es un vehículo del Eterno. A más, leo en el letrero indicador que esa línea lleva a los infiernos, y no tengo nada que hacer allí.

Gabriel volvió a sonreir y tomó a Sourlé de un brazo.

— ¡Leviatán! ¡Leviatán! — clamó la abuela. En su aflicción condescendía con la verdad cristiana y sólo creía digno oponente de Gabriel al monstruo de Job.

Pero no fué Leviatán el que llegó; un grupo de ángeles judaicos apareció en escena, mientras que una carroza, en la que cualquier mitólogo hubiese reconocido, pese a su modernización, el carro del sol, detúvose en el límite fronterizo de los dos países celestiales.

Un ángel de luciente calva acercóse a Gabriel, y, mostrando la palma de su mano en señal de paz, dijo:

— Sadoc te saluda.

La frase había sido dicha en español, idioma neutral más allá de lo conocido, pues Gabriel no hubiese contestado a una frase hebrea, ni siquiera a una frase yudisch.

— Gracias; sírvase algo— murmuró Gabriel esgrimiendo su flamígera arma.

— Noto que trabáis relación con una viajera destinada a nosotros — observó dubitativo Sadoc.

— A nosotros — negó enérgicamente Gabriel, intentando nuevamente reducir a Sourlé.

— ¡Oh! — profirió Sadoc, tomando del otro brazo a la mujer. — Os ruego...

Un nuevo personaje intervino: era un apuesto hombre de largos cabellos y rizosa barba; se acercó a Gabriel y le preguntó:

— ¿Qué derecho os asiste para tomar así posesión de este bien? No ha entrado en jurisdicción cristiana; expresa un deseo contrario al vuestro y se ve que ni espiritualmente habéis nunca ejercido el dominio de su alma, de donde os pudiera venir la adquisición usufructuaria del cuerpo.

— Os conozco, Esdras, y si creéis que con vuestras frases leguleyas vais a convencerme... Yo sabré hallar quien os conteste. ¡Santo Tomás! ¡Santo Tomás!

Debía andar muy cerca el sabio doctor, cuando tan poco tardó en aparecer; que aun no se había apagado el sonido de la última ese,

cuando grave, meditativo, apareció en la senda el «Príncipe de los Teólogos», el «Sol de la Iglesia». Seguíale numerosa cohorte de doctores eclesiásticos: San Irineo, Tertuliano, San Justino, Félix Marciano Capela, Mamerto y Severino Boecio, filósofos patriotas de las escuelas Africana, Alejandrina, Teológica y de Transición. Rábano Mauro, Gerberto, Abelardo, Hugo de san Víctor, Juan de Salisbury y Alano de Lisle, filósofos escolásticos, ya jubilados y de las escuelas Nominalista, Conceptualista, Realista, Mística, Panteísta y Ecléctica. A estos Santos Hombres, anteriores al «Angel de las escuelas», se unía Ricardo de Madiavilla, Egidio Romano, Juan Duns Escoto, el «Doctor invincibilis» Guillermo de Occan y otros muchos que no se detallan por su gran extensión.

El sabio santo entrevió como un relámpago la escena toda y adivinó el contenido. Poseyó así el «conocimiento vulgar», y como su opinión era siempre contraria a sus vecinos y su fe inmutable, púsose resueltamente del lado de Gabriel, apartó a Sadoc y tomo del brazo a Sourlé. Sus acólitos y reformados le rodearon.

Esdras habló de nuevo:

— Hétenos que la intolerancia aún sigue predominando en vosotros. ¿Qué verdad puede desprenderse de ese juicio ante sí, ni qué justicia de ese fallo? ¿Dónde está la verdad de razón y de experiencia en que enseñabas se debe reducir la ciencia?

Gran número de santos había acudido al revuelo del acontecimiento; por regla general, las almas llegaban a los cielos en sus respectivos camiones y no se suscitaban disputas por pasajero más o menos, teniéndose los modernos conductores tolerancia y habiéndose suprimido intermediarios en el control; por eso una disputa por un alma llamaba la atención poderosamente.

A las preguntas de Esdras, Santo Tomás se limitó a volver la espalda, pero Escoto se adelantó y, guiñando un ojo a San Francisco, dijo:

— Arguyo. Esa mujer ha cometido un crimen contra un cristiano; ha perjurado, tanto ante vuestras leyes como ante las nuestras. Siendo igual para ambos la falta, debe juzgarla aquel bajo cuya jurisdicción y en cuyo perjuicio fué cometido el delito.

Sadoc replicó vivamente:

Pero si no ha cometido delito alguno; en cambio ha hecho algo meritorio a los ojos de Jehová. Ha restituído a la familia lo que la locura de un pródigo quiso arrebatar.

Rábano Mauro se adelantó a su vez.

— Lo esencial son las cosas, no las palabras; esa mujer ha hecho, luego...

— Admitamos ante todo la libertad de criterio — interrumpió Maimónides, que seguido de Judá, Leví y Avicebrón se colocaron ante Gabriel y Santo Tomás.

Las cosas tomaban un mal cariz: Sansón se desprendía la cabellera, mientras que David, recordando sus años de joven, arrancaba los cordones de su túnica para formarse una honda. Por la otra parte se oían voces de llamada a San Jorge y a San Miguel, y mal iban a ponerse las cosas si intervenía la caballería.

Un silencio de respeto apaciguó la escena. El Padre Eterno y Jehová aparecieron entre los polemistas; un movimiento de las manos de Jehová, un fruncimiento de cejas del Eterno, y sólo quedaron en escena ellos y la vieja que temblaba de miedo ante los dos Seres. Estos se habían apartado un poco.

— ¡Hola! ¿Qué tal colega? — sonrió Jehová.

— Bien. ¿Y los negocios?

— ¡Hum, hum! Mal andan ahora. Creo que la Palestina no está aún madura; mis hombres se niegan a dar; hay mucha crisis, amigo, en mis asuntos.

— Pues lo que es los míos... He tenido que gastar un dineral en el ensanche de mis instalaciones. A ti no te envían todos los días un santo nuevo. ¡Es un abuso! Y claro que los tengo que aceptar. ¿Dónde los metería, si no? Después se me ocurrió hacer un uniforme nuevo a los coros y es un lío. ¡No los puedo poner de acuerdo! Tú sabes lo que es tratar con coristas.

— ¿Y qué hacemos con la vieja? — dejó caer el dios judío.

— Pues hombre, como no podemos dividirla, déjamela.

— No, no; sería una mala reclame. ¿Por qué no aceptas un árbitro? Buda...

— No, hombre. ¡Un diosecillo de sólo dos mil quinientos años!

La vieja se había acercado lentamente, y prosternándose a los pies de ambos, susurró:

— Enviadme otra vez al mundo.

— Es una idea — aprobó el Eterno.

— Si — sonrió Jehová.

— Nuestros intereses no sufrirán por una excepción. «El peor ejemplo que puede hacerse a la moralidad es deducirla de ciertos ejemplos».

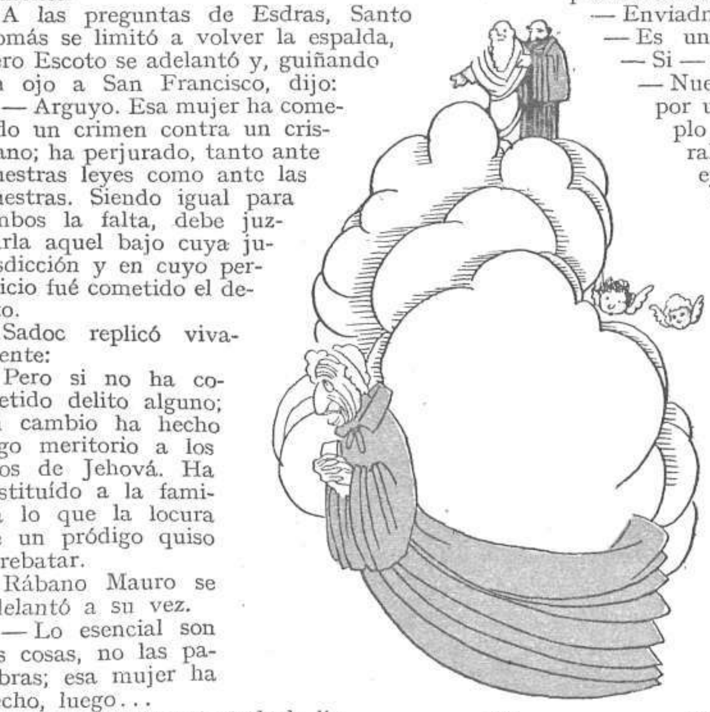
— ¡Cómo! ¿Citas a Kant?...

— En algo tiene uno que entretenerse — musitó el Eterno. — Entonces, esta mujer...

— Que vuelva a su hogar. Quizá la reciban allí, tal vez la echen; por lo menos no nos hará reñir.

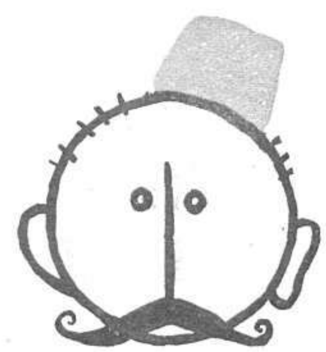
Sourlé comenzó el descenso de la senda; se iba con cansado paso y hondamente decepcionada. Desde la pirámide en donde habíase sentado Jehová, los letreros indicadores, inmutables, hacían eternamente sus advertencias edilicias, y, observándose de reojo, los dos dioses se gruñían para sí:

— Caramba. Ya no se puede trabajar con la competencia.



H. FERNANDEZ MENDEZ

DIBUJO DE MACAYA



Se acabó el Serrallo

Acabada la gran guerra, desatóse en todas partes un vendaval político que hizo crujir los tronos más sólidos y seculares. Los pueblos maltrechos y doloridos, revolviéronse airados contra los autócratas y las formas de gobierno medioevales. Entre otros efectos, la guerra produjo una serie de revoluciones internas que dieron por resultado un equilibrio o empate entre repúblicas y monarquías. A raíz del Tratado de Versalles, sin contar las repúblicas de Andorra y San Marino, el ducado de Luxemburgo y el principado de Mónaco, había en Europa trece monarquías, a saber: Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Inglaterra, España, Italia, Yugoeslavia, Rumanía, Grecia, Bulgaria y Turquía. Y trece eran igualmente las repúblicas: Rusia, Finlandia, Estonia, Livonia, Lituania, Polonia, Checo-Eslovaquia, Hungría, Austria, Alemania, Suiza, Francia y Portugal. Este equilibrio lo ha roto Turquía, adoptando el régimen republicano. Justo es advertir que el nuevo Estado, con su capital en Angora, antes es asiático que europeo.

Mustafá Kemal, presidente de la nueva República, es quizá el más alto genio político y militar que existe hoy en el mundo. Su obra es sencillamente un milagro de improvisación, sagacidad, energía, prudencia, ímpetu, según los momentos. Con un ejército formado por él, personalmente, ha recobrado lo perdido en la guerra mundial, derrotando a Grecia de una manera aplastadora; ha desbaratado los planes de las grandes potencias para repartirse Turquía, o, por lo menos, la influencia político económica sobre aquel país; y, por último, ha iniciado la transformación completa del viejo imperio, convirtiéndole en una república con las más adelantadas y progresivas instituciones. Entre los hombres de la post-guerra no hay ninguno que pueda compararse a este formidable Mustafá Kemal, que levanta su país del doble hundimiento de arcaismo secular y de su derrota en la conflagración europea, volviéndose airado contra la aturdida Grecia de Constantino, para aniquilarla de un zarpazo, y paralizando, a la vez, toda la acción europea, toda la tramoya, entre diplomática y militar, con que las grandes potencias, sobre todo una de ellas, aspiraban a intervenir en la vida turca. Pero no entra este vasto asunto en nuestro propósito, limitado a unas ligeras reflexiones sobre el fin pintoresco del Sultanato y del Califato, del Serrallo y, por último, del Gran Eunuco, cuya salida de Turquía ha sido la nota patética que más nos ha conmovido en el triste episodio del destronamiento del Califa.

El excalifa Abdul Medjid es hijo del sultán Abdul Aziz, que murió asesinado. Parece que es hombre muy ilustrado, conocedor de la cultura occidental; buen músico y no mal pintor, según la crítica oficial de Constantinopla.

En noviembre de 1922 se otorgó a Abdul Medjid la alta investidura de Califa, o comendador de los creyentes, cuyo prestigio moral en el orden religioso equivale al Papado, extendiéndose sobre trescientos millones de almas, o sea, sobre todo el mundo mahometano. Todos los pueblos islámicos, desde Marruecos al lejano Afganistán, tenían en la grave hora de la oración, puesto su espíritu en el Califa de Estambul.

La Asamblea de Angora había abolido la monarquía. El sultán Mahomet VI se refugió en un buque inglés. Destronado el sultán, el príncipe Abdul Medjid tuvo que renunciar al poder político, contentándose con la dignidad de califa, que le convertía en el primer personaje del Islam. Un año llevaba de califato cuando, en noviembre último, se produjo un violento debate en la Asamblea de Angora, que es una especie de convención. El origen de este bochinche parlamentario fué la visita hecha al Califa por algunos jefes militares. Entonces, un terrible convencional, el bajá Ismet, se levantó amenazador y dijo: «Todo Califa que intervenga en los destinos del país, será aplastado». El eco de estas palabras tremendas, pronunciadas en Angora, llegó a Estambul, y Abdul Mejid sintió que se le helaban los huesos, a pesar de contar con la devoción de trescientos millones de creyentes en su califato. Y ya no volvió a meterse en política, ni a extender sus aspiraciones más allá de su jerarquía religiosa.

Pero de nada le ha servido esta cautela. La Asamblea Nacional de Angora, donde germina vibrante la Turquía moderna, ha votado la abolición del califato y la expulsión de Turquía del Califa. Esta transcendental medida de los republicanos de Angora ha tenido por principal objeto impedir que la derrocada dinastía se apoyara en el califato para recobrar el poder temporal. Así ha terminado el imperio de la familia Otmán, que por el largo espacio de siete siglos venía monopolizando en Turquía ambos poderes, el político y el religioso.

Y para que no quede de ella ni rastros, los nacionalistas republicanos de Angora, junto con Abdul Medjid II, con el Califa, pues no se le dejó ser sultán, expulsan también treinta y dos príncipes y treinta y siete princesas, todo un mar, en fin, de sangre azul, convertido en un charco o bache democrático. Los convencionales turcos, menos crueles que los franceses, no han querido que la familia destronada ande tronada en el destierro, y han asignado al Califa una pensión de cien mil libras turcas, y una suma global de doscientas mil a los sesenta y nueve príncipes y princesas que deben salir del país juntamente con el papa turco. Ni éste, ni los príncipes, pueden disponer de sus depósitos bancarios. Sus propiedades particulares deben ser enajenadas en el plazo de un año. Por último, los palacios y residencias reales se declaran propiedad del Estado; y, en cuanto al Serrallo, queda adjunto a la dirección de los museos nacionales.

No puede tacharse de tacaños a los revolucionarios turcos. Ni al Califa ni a los príncipes se les podrá aplicar aquellas irónicas palabras de Campoamor: «Muchos que se firmaban reyes por la gracia del cielo, andan sin zapatos por haberles negado las naciones la asignación pecuniaria que ellos creían de derecho divino».

El destronamiento dió lugar a una escena emocionante. Se presentó el delegado de la Asamblea de Angora, o de la República turca, Adán bey, y muy finamente invitó al Califa a subir al trono para escuchar la orden de su destronamiento y destierro. Abdul Medjid protestó, diciendo que no abdicaría jamás: «Me piden — agregó con escasa resignación mahometana — que salga de Turquía en nombre del pueblo turco. ¿Quién sino el pueblo trajo hace siglos a mi familia a regir vuestros destinos? Nadie sino Alá tiene este derecho que vosotros me queréis quitar.» El amigo Adán bey le hizo ver que bien podían deshacer los turcos actuales lo que hicieron los turcos de hace siete siglos. Y como este argumento fuera insuficiente, advirtió al Califa que sentiría mucho tener que vencer su terquedad por otros procedimientos, sacándole entre soldados del territorio turco. Ante esta perspectiva, Abdul Medjid cedió, lanzando una última y melancólica mirada a la capa y al estandarte del profeta, sagrados símbolos islámicos, vinculados por tantos siglos al egregio linaje de los Otmán. La separación de la Iglesia y el Estado pareció en Francia una medida avanzadísima. Los turcos han ido más allá: han proclamado la inutilidad del Califato, «cuyo entretenimiento — han dicho los convencionales de Angora — cuesta demasiado caro a la nación».



El Califa salió del palacio acompañado de sus mujeres e hijos. Dos horas después abandonaba Estambul, camino de Suiza. ¡Oh, si Pierre Lotti viviera!... Por perderlo todo, no le queda al Califa ni siquiera quien eleve un canto elegíaco digno de su abatida grandeza.

Pero la nota más patética en la abolición del Califato ha sido la actitud del Gran Eunuco, negándose a comer a imitación del famoso alcalde de Cork. El papel de este personaje en la corte turca era de una importancia extraordinaria. Ejercía una autoridad absoluta en lo tocante a las mujeres del harem, pudiendo incluso prohibir la entrada en él al propio Califa. A un eunuco, que, además no quiere comer, no le queda ya nada que hacer en el mundo. Esta resolución de perecer de hambre indica cuán profundamente le ha afectado la extinción del Califato. Ignoro en qué consistían las funciones del Gran Eunuco, pues nunca estuve en un harem; pero, a juzgar por su trágica actitud, colígese que tenía tanto apego a su oficio como el Califa al suyo. Gobernador del Serrallo, el Gran Eunuco no era un personaje inferior a cualquier ministro de una monarquía occidental. Y en cuanto a dignidad y altivez, ministros hay que no se atreverían como el Gran Eunuco, a detener el paso de su rey en el dintel de un patentado harem europeo. He ahí abatida también la grandeza del Gran Eunuco, del dictador del Serrallo, pues no sólo lo era de las gallinas, sino también del gallo, no permitiendo, en ocasiones, su entrada en el gallinero.

¿Y qué harán ahora las beldades del harem? Mi amigo y colega, el emir Arslan, que tan bellas páginas sobre costumbres orientales viene publicando en «CARAS Y CARETAS» puede resolver este asunto, prestando a la vez un gran servicio a la República Argentina. Arslán es antiguo propietario en la zona de irrigación del valle del Río Negro. A su chacra se llama allí «la chacra del turco», como tuve ocasión de observar cuando anduve por aquellos andurriales en misión periodística. Sabido es que el principal problema de Río Negro consiste en que aumente la población para hacer posible la intensidad de los cultivos. Pues bien, Arslán debe pedir a sus amigos, los Jóvenes Turcos, muchos de ellos convencionales en la Asamblea de Angora, que le envíen el Serrallo para que sirva en Río Negro como plantel de «pedriguee» de una población floreciente. Salvada Turquía, salvemos ahora el Serrallo, amigo Arslán, convirtiendo a las sílfides en chacareras. Reflexione usted en que pueden tener peor fin. Por lo que toca al Gran Eunuco, nada puede hacerse con él en Río Negro. Dejémosle, pues, que se muera de hambre, ya que se empeña en protestar en esta forma contra la política revolucionaria del gran Mustafá Kemal...

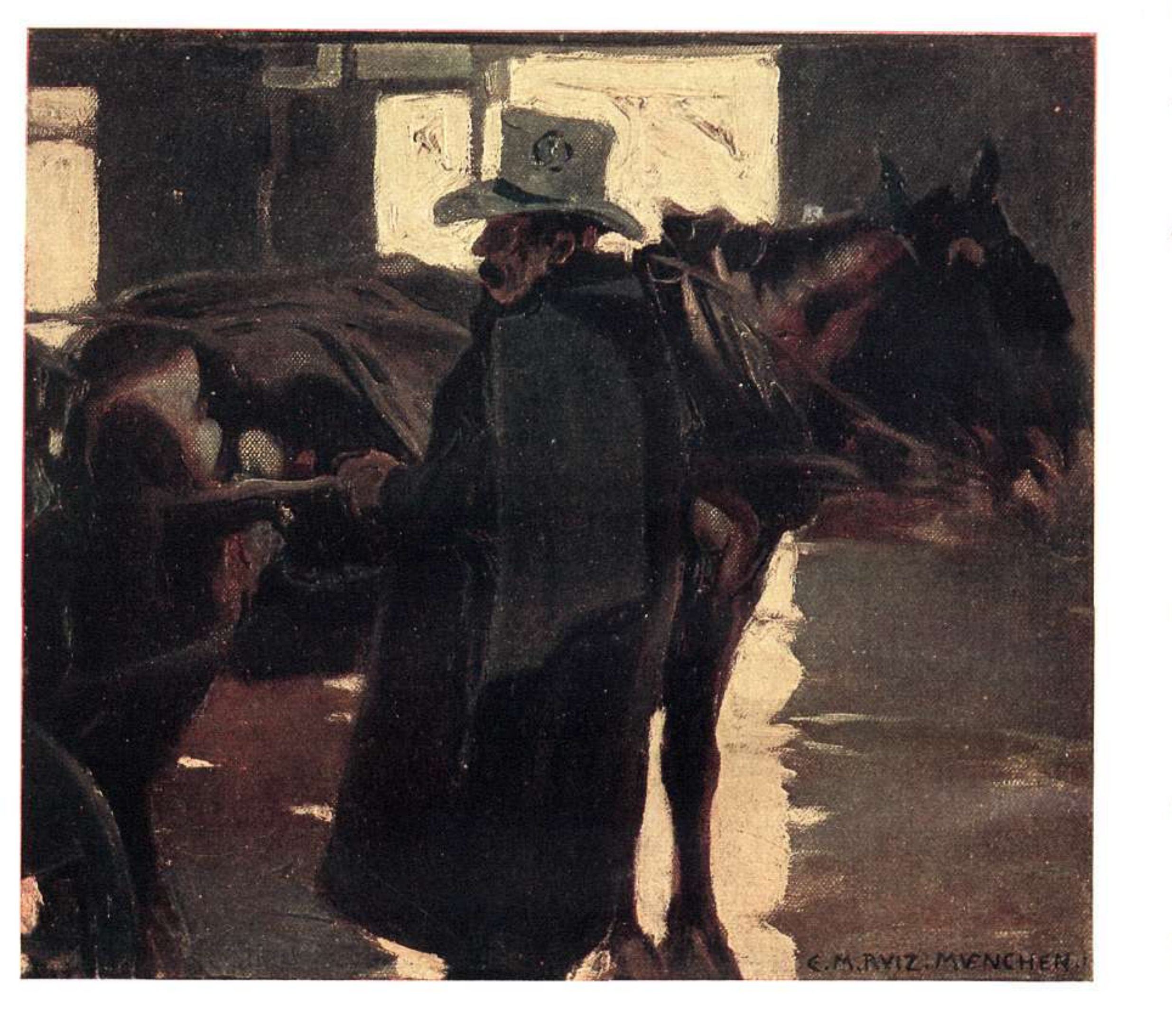
FRANCISCO GRANDMONTAGNE



Eloisa López Cepero Irigoyen

Fernando D. Ammann

Delfor R. Villagra Capdevielle



EL COCHERO DE ANTAÑO

ÓLEO DE

MARTINEZ CUBELS

LA FIESTA PATRIA
SU CONMEMORACION

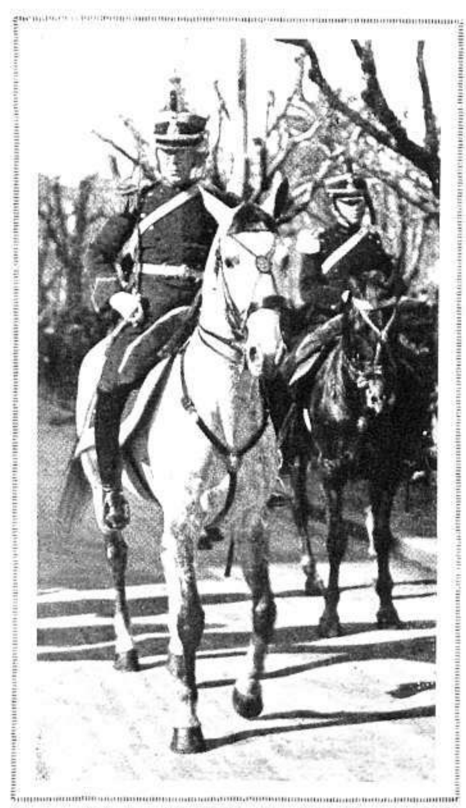
Los soldados pertenecientes al 1.º, 2.º y 3er. regimiento de Infantería, congregados con sus jefes ante la estatua del general San Martín, donde, con varonil y conmovedora entonación, cantaron el Himno Nacional Argentino ante una gran multitud, número del programa de festejos patrios que se realiza este año por primera vez.



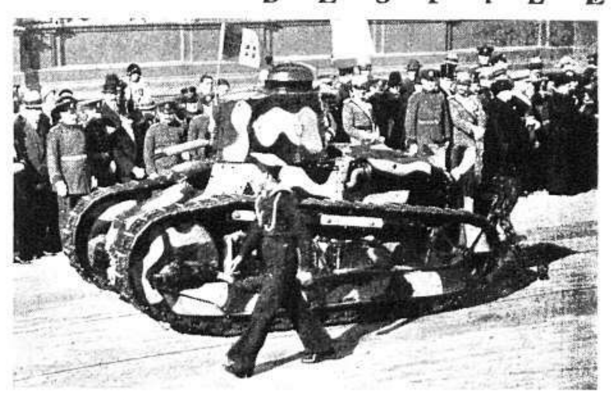
El Dr. Alvear, los miembros de su Gabinete, otras altas autoridades y representantes del Cuerpo diplomático luego de haber asistido al Tedéum celebrado con toda pompa en la Catedral para conmemorar el 114 aniversario de la independencia.

L A   F I E S T A

D E S F I L E



El coronel Enrique R. Piloto, jefe de las fuerzas militares que formaron en la parada, recorriendo la línea.



Carro de asalto, tipo liviano, perteneciente a la marinería de la nave Italia, encabezando la marcha de las tropas



Los gallardos cadetes de la Escuela Militar, que, como siempre, cosecharon entusiastas aplausos a su paso por ante la Casa de Gobierno.

E N   C A M P O

El general Martín Rodríguez, jefe de la 2.ª División, su Estado Mayor y los comandantes de las unidades de acantonamiento en Campo de Mayo, presenciando la llegada de las fuerzas que rindieron el significativo homenaje ante la efigie del Libertador.

En el Club Belgrano

Distinguidas señoritas y jóvenes que bailaron el pericón nacional en la bella fiesta dada por el aristocrático Club.

En el Círculo Militar



Militares de elevada graduación y conocidas familias con el general Brocquen, presidente del Círculo Militar, en la recepción ofrecida en el nuevo palacio que posee la entidad.

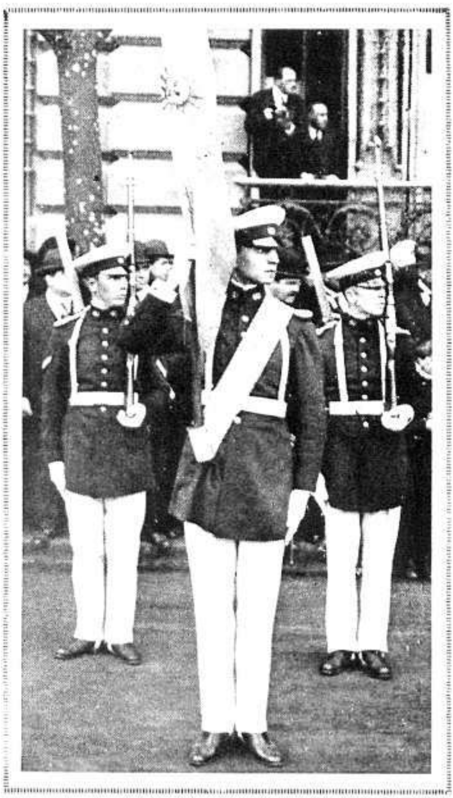
P A T R I A
M I L I T A R



La marinería italiana marchando marcialmente y recibiendo las aclamaciones de la muchedumbre que la vitoreó incesantemente.

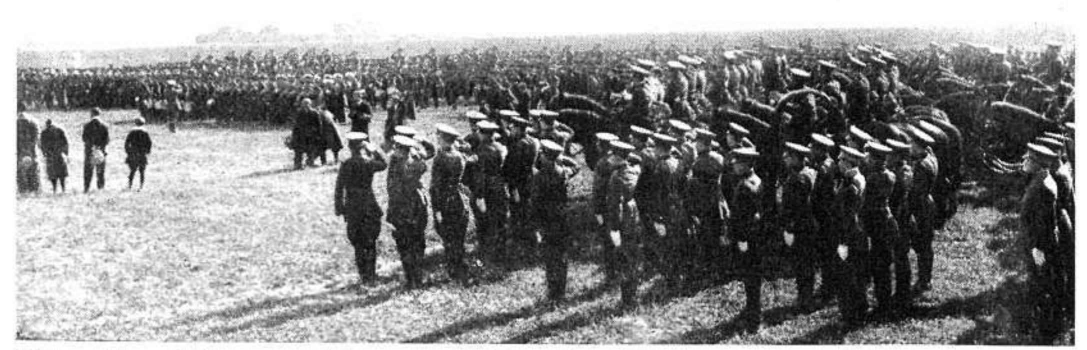


Cadetes de la Escuela Naval que, en perfecta formación, despertaron el comentario elogioso del público.



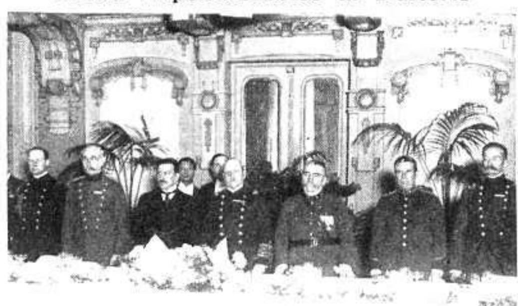
El abanderado del Colegio Militar, luciendo su nuevo uniforme, presenta su saludo al Primer Magistrado.

D E M A Y O



Soldados en Campo de Mayo escuchando la arenga pronunciada por el general Rodríguez al terminarse la interesante ceremonia con que se iniciaron oficialmente los festejos conmemorativos.

Centro Expedicionarios al Desierto



Caracterizados miembros del Centro citado que, con el ministro de Marina y el presidente de la Cámara de Diputados, festejaron la gloriosa efemérides con el tradicional banquete.

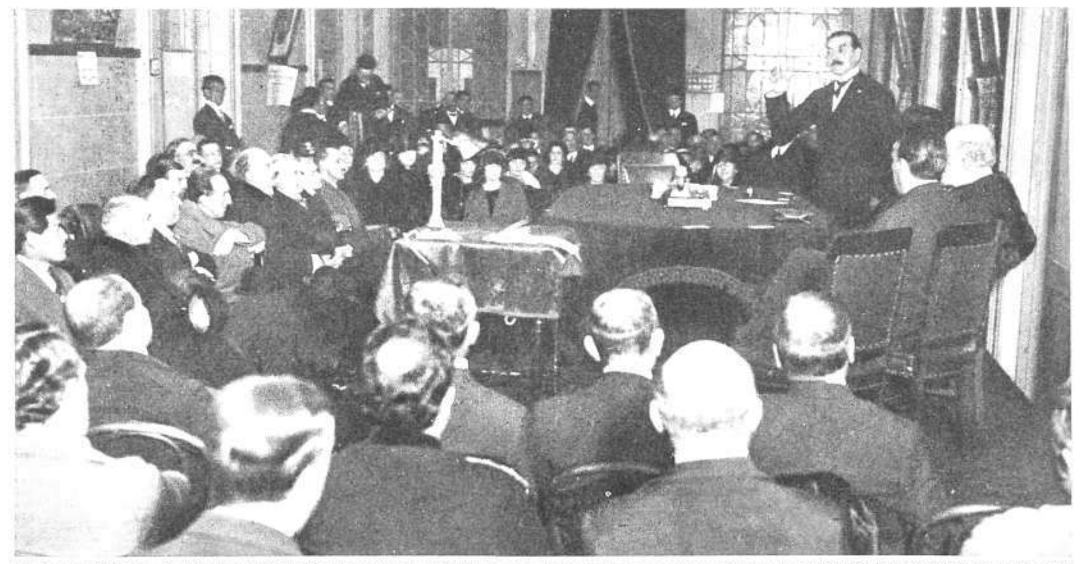
En el Club Colegiales



Precioso grupo de señoritas que dieron realce al baile ofrecido a las familias de los asociados por la Comisión Directiva.

FOTOS DE ARROYO, VARGAS Y BELL

Congreso Nacionalista de Trabajadores



El doctor Manuel Carlés pronunciando su vibrante discurso ante la numerosa concurrencia de delegados de las brigadas de la Capital y del Interior, de los representantes de los gobiernos de provincias y de varias instituciones extranjeras, así como diversas representaciones femeninas. La presencia del Ministro del Interior, de los embajadores de Norte América y de Chile y de otros acreditados diplomáticos, prestó gran significación al acto celebrado en la prestigiosa institución.

EN HONOR DEL MINISTRO DE MEJICO



El doctor Enrique González Martínez rodeado de los profesionales, diplomáticos y escritores que, juntamente con el decano de la Universidad de La Plata, le ofrecieron un banquete para celebrar el éxito de sus últimas publicaciones y como cariñosa despedida con motivo de su viaje a la capital de España donde representará su patria ante la corte de Alfonso XIII.

Edificio adquirido por el "Diario Español"



El presidente del Directorio de la Empresa, señor Lodegario Cordóva, el personal del estimado colega y distinguidos periodistas que asistieron a la simpática reunión con que se festejó el progresista acontecimiento.

Cincuentenario comercial



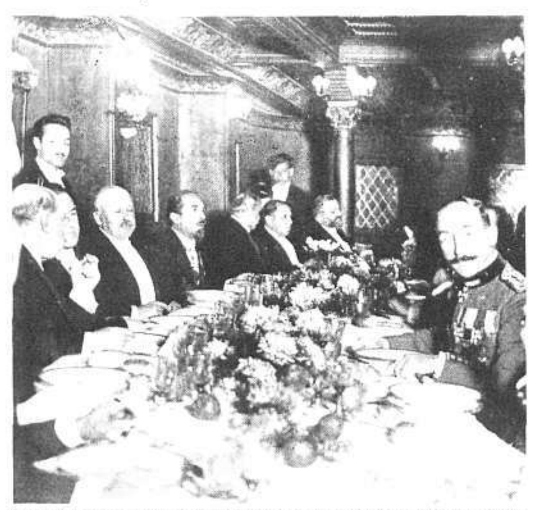
Destacadas personalidades del comercio rodeando al personal directivo de la poderosa firma Montemayor y Cía., la que celebró su medio siglo de fundación y de crecientes y legítimas prosperidades en el país.

La entrega de la urna que contiene tierra del Carso



El embajador Giuriati acompañado del comando de la nave Italia y de un nutrido cortejo, se dirige a la legación de su país, escoltando la cureña que conduce la urna, la cual fué solemnemente entregada en dicho local, pronunciándose discursos alusivos a la patriótica ceremonia italiana.

Banquete en la nave "Italia"



Los miembros del Poder Ejecutivo en el banquete con que fueron obsequiados a bordo del navio-exposición por el embajador Giuriati y jefes y oficiales en retribución de las atenciones recibidas del Gobierno Argentino.

En obsequio de un militar norteamericano



El attaché a la Embajada, coronel John Dubley Long, rodeado de los agregados militares de otras naciones, acreditados en nuestro país, y de altos jefes argentinos que le ofrecieron un almuerzo con motivo de su regreso a la patria.

Dr. José M. Zapiola



Magistrado intachable y profesional de fecunda actuación en que siempre se destacaron su reconocida hidalguía, su competencia y su carácter austero, desaparece esta noble figura de nuestro Foro, causando su deceso una honda impresión en la sociedad porteña a la que estaba ligado por extensas vinculaciones.

Asociación Nacional de Conferencias



Monseñor Dionisio R. Napal, que pronunció una sentida y cívica alocución sobre "Función social y patriótica de la conscripción militar" ante una selecta concurrencia y el consejo directivo de la tradicionalista agrupación *"Nuestros Próceres"*.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

Señor Pablo Haimes



Caballero de origen norteamericano, era el extinto un activo y progresista industrial de Tucumán, a quien se deben significativos adelantos en aquella provincia, siendo brillante y destacada su labor pública y social. Su muerte constituyó una sensible pérdida, muy lamentada entre sus muchas relaciones.

CRONICA

Esclarecimiento del audaz asalto



Juan López (a) Tito el Inglesito, detenido.



Pedro Ospital, el jefe de la estación Casa Amarilla, que fué asaltado.

ANTE la sorpresa y el pánico de numerosos transeuntes, que cruzaban la calle Almirante Brown, en plena tarde, varios sujetos se avalanzaron sobre dos empleados del Ferrocarril Sud, a uno de los cuales le arrebataron una valija conteniendo 9.200 pesos, cantidad que iba a depositar al Banco.

El ataque, que se caracterizó por lo rápido e imprevisto, de tal modo paralizó a los asaltados que cuando se dieron cuenta, ya ambos, bajo la brutal presión del conocido golpe de furca, forcejeaban impotentes en tanto que los malhechores se apoderaban del maletín, dejándolos entonces libres.

Uno de los empleados, el acompañante Buzzetti, medio asfixiado por el ahogo, se refugió en el zaguán de un consultorio médico, y Ospital, el que conducía la valija, huyó hasta el medio de la calzada, escondiéndose tras de un tranvía que se hallaba detenido. Pero, reaccionando en seguida, regresó a la acera lugar del suceso, donde aún permanecía uno de los asaltantes, que le disparó por dos veces, apuntando



El motorista del tranvía N.° 11, un testigo.



El guarda del mismo tranvía, también testigo.



Pablo Ortega (a) El Paisanito, prófugo.

Ramiro Díaz o Llana, detenido.



Justo Guadalupe (a) Lunar, con los empleados de investigaciones indicando el lugar donde los asaltantes se repartieron el dinero después de cometido el delito.



Guadalupe, recostado sobre el alambrado, fumando tranquilamente un cigarrillo.

Doble y alevoso crimen



Carlos Canuto Lavalle, matador de sus suegros.

UN sujeto de pésimos antecedentes, ya procesado por homicidio en la provincia de Entre Ríos y por bigamia en la República del Uruguay, abandonó a su primera esposa y a sus cinco hijos, contrayendo poco después segundas nupcias en Montevideo con Asunción Perchante, siendo entonces denunciado por su primera esposa y abandonado por la segunda. Transcurrido algún tiempo, y como Asunción se negara a vivir con él, se dirigió con una cuñada a la casa de sus suegros, a quienes quería tener de su parte, y ya en presencia de ellos, y como se negaran a acceder a su pedido, extrajo un revólver y disparó varias veces mientras huían, aterrados, los dos ancianos y dos hijas, cayendo el hombre herido de muerte y refugiándose su esposa en la cocina, siendo perseguida por el criminal, quien le descerrajó otro tiro, matándola, y dándose a la fuga inmediatamente.



Cayetana Garone, víctima, y su hija Asunción, la segunda esposa del asesino.



Miguel Saponaro, padre de Asunción, muerto.

a los empleados de la Casa Amarilla

bajo y sin duda para atemorizarlo o herirlo en las piernas, lo que obligó a retroceder al primero y a dispersarse, presa de temor, a los curiosos. Y con una serenidad y una sangre fría de profesionales avezados, los tres o cuatro malhechores, revólver en mano y dos de ellos con los rostros cubiertos hasta los ojos por pañuelos, bien atados a la nuca, fueron retrocediendo, cautelosos y amenazadores, hasta la esquina de Blanes, donde apareció en el acto un automóvil en el que se acomodaron, desapareciendo a toda máquina ante el estupor de las personas que presenciaron el espectáculo, más digno de una película del Far West que de una concurrida calle de una populosa ciudad.

Merced a las activas y sagaces investigaciones de la policía, dirigida en este caso por el jefe de la sección de investigaciones señor Eduardo I. Santiago, ya han sido capturados varios de los asaltantes, siguiéndose de cerca la pista a otros dos, habiéndose esclarecido el suceso totalmente.



Leandro Brandam, el ex-presidiario prófugo.



El obrero que a pocos metros presenció el suceso.



El niño Carlos Leiva, otro de los testigos.



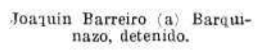
Jerónimo Buzzetti, el empleado que acompañaba a Ospital.



Justo Guadalupe (a) Lunar, detenido.

Comisario Federico Foppiano, jefe de la sección Robos y Hurtos; el 2.º jefe, subcomisario señor José Urruchúa; los auxiliares Fernández Bazán y Sánchez, y los empleados Mussi, Sotelo y Chiessa, quienes actuaron con gran eficacia en la pesquisa, orientando admirablemente las investigaciones.





Joaquín Barreiro (a) Barquinazo, detenido.

Suceso sangriento entre penados



Raimundo Citadella, herido grave.

Enfurecidos por una discusión y propinándose violentos puñetazos, dos reclusos de la Penitenciaría Nacional que trabajaban juntos en la imprenta del establecimiento, fueron separados en el preciso momento en que uno de ellos hería al otro con una hoja cortante, infiriéndole dos heridas graves, y recibiendo en cambio un feroz mordisco que le desgarró todo el labio superior.



R. Chaves (a) El Lobo, lesionado.

Drama pasional

Exasperado porque la mucama Serafina Adrio, que trabajaba en la carnicería donde él era dependiente no le correspondía y habiendo sido despedido por su patrón ante las quejas de ella, el sujeto se dirige al fondo de la finca — Pueyrredón 114 — y penetra en la pieza de la muchacha, oyéndose en seguida tres detonaciones y siendo encontrados ambos moribundos.



Jezabel de la Rosa, el asesino y suicida.

PRIMERA EXPOSICION DE VIALIDAD



El Presidente de la República, los ministros de Guerra y Obras Públicas, el Intendente Municipal y el Dr. Clariá, vicepresidente del Touring Club, contemplando el desfile de rodados desde el palco oficial de la Sociedad Rural Argentina.





Diversos y modernos vehículos que cruzaron por nuestras principales avenidas, realizándose así la primera etapa del programa organizado por el Touring Club Argentino, que se llevó a cabo con gran orden y lucimiento.

FIESTA AERONÁUTICA EN CASTELAR



El señor Luis Luro, ganador de la Copa Gobernador Cantilo, cubriendo un recorrido de 140 kilómetros en 1-22'29" con monoplano Udet Biplaza.



Los aviadores saludando la llegada del Gobernador al aeródromo donde se elevaron 28 aparatos tripulados por los mejores pilotos del país, arriesgado y simpático festival deportivo que fué presenciado por las autoridades de la provincia de Buenos Aires y un crecido gentío.



El señor Cantilo, sus ministros y la comitiva oficial, ocupando una de las tribunas del campo y rodeado de un grupo de asistentes, sigue atentamente los vuelos de los aeroplanos que tomaron parte en las importantes pruebas.



Señor Lawrence León, que se clasificó segundo, empleando en recorrer la distancia 1-22'47 y ½", con Curtis.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.



Un día de primavera del año de 1851, en el bosque de la universidad de Gottinguen, cantaban y bebían alegres los estudiantes, con los birretes adornados de ramos de roble y las espadas desnudas.

Cantaban con vehemente ardor el *glabund leben*...

Bebían los tumultuosos estudiantes de Gottinguen la amarga cerveza con los estudiantes que habían llegado de Heidelberg, hijos del bullicio, bebían como si buscaran el olvido, o cual si hubieran deseado dar al corazón y al pensamiento esa doble energía de la embriaguez, cuando aún no se pierde ni el juicioso discurso ni la conciencia para comprender la realidad, pero se sienten el desvanecimiento y los deleites del ensueño.

Eran casi todos jóvenes de rubicundas cabezas, anchas y duras, de rostros blancos y de ojos claros, mancebos de cuerpos robustos y de entendimientos delirantes. Estaban allí los pacientosos trabajadores del cálculo, los filólogos amaestrados; los metafísicos perdidos en las obscuras difusiones de la idea; los audaces discípulos del materialismo ateo; los ociosos divagadores; los eruditos en domesticidad oficial; los poetas sin propósito, contempladores adormecidos de los más sutiles conceptos de la estética; los pensadores estáticos deliberando sobre las verdades del Derecho como los bonzos catalépticos piensan en su Dios.

Robesco no era de Gottinguen, ni de Berlín, ni de Heidelberg, ni de Léipzig; pero también había prendido en su birrete el ramo de roble: había acudido al banquete como estudiante, pero no era ni de los antiguos *Landsmaunschaften*, ni de los *Burschenschaften*; no era alemán; era de un país lejano, de un pueblo tal vez olvidado.

Sus obscuros cabellos ensortijados le caían a una y otra sien y hacia la espalda se juntaban apretados; eran recios y de viso brillante; su faz pálida luciente; negros y de mirar profundo sus grandes ojos.

— ¡Canta, Robesco, canta! — clamaron a una todos los camaradas cuando el canto pronto cesó. — ¡Canta! — repetían juntando todos los vasos rebosantes de espumosa cerveza y cruzando todos las espadas que la luz del sol hizo relucir con una lluvia de puntos de fuego que caían por la espesura del follaje de los seculares árboles tan misteriosos como los vetustos infolios apergaminados de la biblioteca de venerable universidad.

— ¡Canta, Robesco, canta! — seguían clamando todos aquellos mozos de blondos cabellos y de ojos grises o azules.

— Canta a tu Dios, a tu padre y a tu amada.

— Mil veces te hemos visto hacer culebrear rápidamente la espada de los desafíos. ¡Más de una nariz lleva tu marca!

— ¡Hurra, Robesco, hurra!

— Sabemos que si tu pecho es duro para resistir una puñalada, es como de mármol ante el acero...

— ¡Bravo por Robesco! ¡Brindemos por Robesco!

— Mil veces penetraste con el pensamiento en las profundidades del Schelling, has seguido a Schiller y te has elevado con vuelo vigoroso hasta las grandezas de Goethe.

— Yo os juro — dijo Keis, el bravo — que Robesco sabe cantar solemnes himnos a Dios y rugientes cantos de guerra.

— Y sin embargo... no ama los coros, no siente la armonía... no es hombre de cabeza cuadrada... ¡es un dolicocéfalo!

— ¡Hurra, Robesco, toca o canta!

Robesco, con los labios que se le pusieron lívidos, y trémulas las mejillas que se le encendieron de rubor, con los ojos que miraron con imperiosa audacia, agitó vivamente su melena y exclamó con débil voz y decidido acento:

— ¡Hurra! También yo cantaré y tocaré...

— Toca y canta — dijeron los estudiantes. Y resonó un estrepitoso golpeteo de vasos en las tablas de las mesas.

Elevóse sobre un banco Robesco, y sacó de una pequeña bolsa una flauta valaca de dos palmos, y de ella arrancó una melodía monótona pastoril... y cesaba de tocar para entonar una estrofa, y luego volvía a producir el suave sonido de la flauta. Cantó primero con voz débil y tierna, y luego con voz robusta y airada.

II

Así el fugitivo llegó a Alemania como ave perseguida que huyendo del árbol donde tenía su nido... se oculta en la ruinosa mole de negro castillo.

Yo siento la sublime ciencia... ¡La ciencia de la armonía!

¡Ah, pero no puedo llorar!

Amo a la mujer blanca de cabellos como el oro, y de mirada que es como la luz de una estrella vista en las tempestades del mar y de la noche.

¡Yo siento la sublime ciencia; la ciencia de la armonía!

¡Ah, pero no puedo llorar!

Quién me diera poder llevar conmigo a esa dulce niña de ojos que son como la luz de una estrella vista en las tempestades del mar y de la noche... esa mujer de rubios cabellos que son como el oro, y presentarla a la santa mujer de los cabellos de plata y desposarnos con su bendición en los alegres campos, cargados de trigo y bajo los árboles que se doblan al peso de los frutos.

Vedla, madre, diría con entrecortada voz, voz para dos afectos; mi amor de hijo y mi esperanza de amante; vedla... la extranjera de cabellos rubios como el sol, de ojos azules como el cielo...

¡Ah!... ¡Pero no puedo llorar!

Ved allá los proscriptos: corren flagelados por la barbarie y con las espaldas sangrientas a las sacudidas del «kohnut», camino de la Siberia.

Ved acá cómo los sicarios imperiales entran en los establos y clavan las lanzas en el testuz de las vacas mansas que comían en mi mano; ved cómo degüellan con sus corvos sables tártaros las reses; ved cómo el fuego de las teas incendia las moradas... escuchad cómo a los mugidos y a los ayes se unen las bárbaras risas y los salvajes gritos del cosaco... ante la agonía de la doncella profanada y asesinada...

Siento la sublime ciencia, la ciencia de la armonía... ¡Ah, pero no puedo llorar!

Cesó Robesco, y en profundo silencio seguía el concurso, cuando el joven mostró la flauta valaca partida en dos; una de las partes que elevó el joven sobre su cabeza, era la empuñadura de una fina y agudísima hoja de acero...

— ¡Ved el secreto de la flauta rumana... para el corazón del gran cosaco!...

— ¡Hurra por Robesco, hurra!... ¡Hurra por el rumano! — gritaron con fuertes voces los estudiantes de Gottinguen, lo mismo que los de Heidelberg.

José Zahonero

NOTA
COMICA
DEL



— ¡ Está casi ahogado !

— Vamos a darle un vaso de agua para volverlo en sí !

De Coronel Pringles



Equipos del "Club Alem" y de la Dirección General de Escuelas de la Provincia, que jugaron un interesante match de foot ball, venciendo el segundo de los nombrados por dos tantos a uno.

LA REGLA DE ORO

«Haced con los demás lo que deseáis que los demás hagan con vosotros». He aquí la máxima evangélica que los pueblos anglosajones han bautizado con el nombre de *Regla de Oro.*

En ninguna profesión se ofrece mejor coyuntura para comprobar el valor práctico de esta regla que en la práctica de los negocios. No deja de ser muy significativo que los negociantes la invoquen, cada vez más a menudo, no sólo como fruto de la enseñanza adquirida lejos del tráfico, sino como una consecuencia que han deducido del ejercicio de su profesión.

En materia de negocios, la práctica de la Regla de Oro significa *decidirse siempre por lo que es honrado, progresivo y justo.* Las casas que alcanzan crédito sólido y excelente reputación, son las que están informadas del espíritu de esta regla. Ningún defecto atrae con más rapidez las censuras y desconfianzas como la falta de leal y sincera rectitud, o, dicho en otras palabras, la falta contra la Regla de Oro.

Comprobada por el testimonio de la historia desde que hay recuerdo de transacciones comerciales, y preconizada por lo que enseña la experiencia de cada día, la Regla de Oro descuella sobre todos los demás principios como la máxima primera y más importante del hombre de negocios. Las ruinosas moles de vastos intereses comerciales que se levantaron sobre bases menos sólidas, muestran la inseguridad de las fortunas obtenidas sin haberse apoyado en esta ley fundamental.

De Pergamino


Parte de los asistentes a la fiesta campestre ofrecida al Dr. Eduardo Baro, con motivo de su elección a senador de la Honorable Legislatura. Concurrieron al acto representantes del comercio, industria y caracterizados vecinos.

¿HABRÁ TERMINADO LA LUCHA ENTRE EL CAPITAL Y EL TRABAJO?

La evolución económica del mundo civilizado avanza rápidamente. Los obreros no se concretan ni satisfacen ya con jornales más o menos elevados; han entrado de lleno en las actividades capitalistas y aspiran a tener la sartén por el mango.

Sólo en la ciudad de Nueva York se han establecido dos Bancos de obreros en los últimos nueve meses y dos más han anunciado su inauguración para dentro de un par de semanas.

En mayo de 1920 se fundó el primer Banco de obreros de aquel país. Se estableció en Wháshington, con un capital de $ 200, que pertenecían todos a los maquinistas de ferrocarriles. No han pasado cuatro años y su capital es ahora de $ 2.700.000.

En noviembre de 1920 se estableció en Cleveland, Ohío, otro Banco de maquinistas de ferrocarriles. Principió con un capital de $ 650.000. En 28 meses su capital ha llegado a $ 25.000.000.

En julio de 1922 los obreros de la industria de ropa para hombres, inauguraron un Banco en Chicago. Está construyendo ahora este Banco un magnífico edificio que tiene biblioteca, gimnasio, teatro.

¿Para qué seguir con una enumeración detallada? En los últimos cuatro años se han inaugurado veintitrés bancos de obreros y hay veinte más cuya próxima apertura ya se ha anunciado.

Como se ve, ésta es la entrada de súbito del obrero norteamericano en las actividades bancarias. De repente se están convirtiendo en capitalistas.

¿Qué efectos va a tener este movimiento en la vida económica del país? ¿En qué forma va a afectar al obrero mismo? ¿En qué forma a los Bancos preexistentes?

«Los nuevos Bancos creados por los obreros están llamados a tener una influencia educativa importante. Contribuirán a la estabilidad industrial y a la prosperidad nacional», ha dicho Mr. Vanderlip, presidente que fué del «National City Bank of New York», la institución bancaria más poderosa del mundo.

«Cuando todo obrero, a más de serlo, sea también capitalista y haga producir sus ahorros, el antagonismo entre el capital y el trabajo habrá terminado».

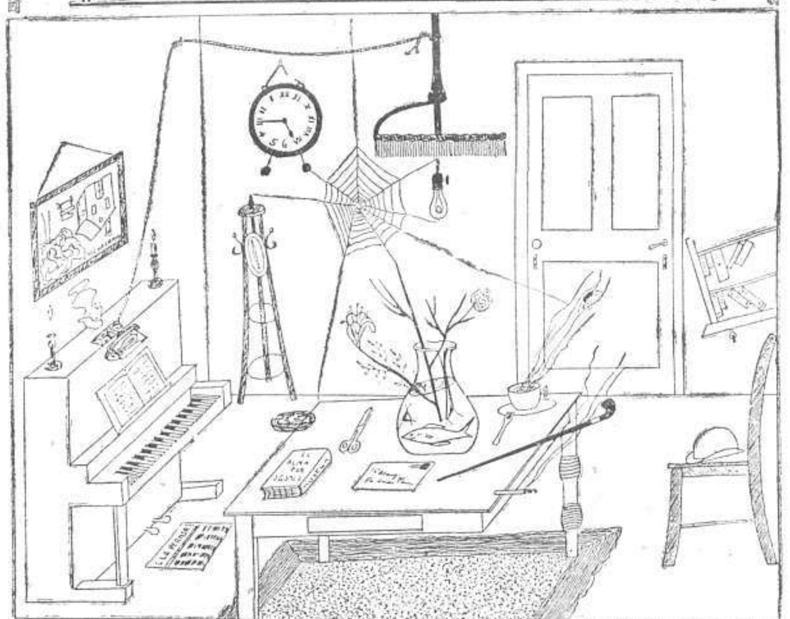
CONCURSO TE SUIZO

AROMATICO-DEPURATIVO-LAXANTE

UNA BROMA DE NUESTRO DIBUJANTE...!

Fíjense en el dibujo que nos ha entregado. Vds. podrán ayudarnos a descubrir los errores que hay en este dibujo y al hacerlo pueden ganar un premio

$ 2.000 m/n EN PREMIOS



Aprovechen esta oportunidad para ganar dinero divirtiéndose. El trabajo es fácil. Reuna su familia alrededor de la mesa para que le ayude a descubrir los muchos errores de este dibujo. Pronto formará una larga lista. Envíenos esa lista, escrita con claridad y poniendo al pie el nombre suyo y dirección

Hay 400 premios en dinero y objetos

EL 1er. PREMIO ES DE $ 300 %

Las soluciones deben remitirse a:

RIVADAVIA 2284 **P. SOLDATI & CIA.** BUENOS AIRES

Pida a nuestra casa o en su Farmacia la lista completa de Premios y junto con ella irán las CONDICIONES TODAS DEL CONCURSO y *un dibujo ampliado que le permitirá hallar más fácilmente los errores.*

El objeto de este Concurso es popularizar el TE SUIZO, aromático, estomacal, depurativo de la sangre y laxante. Es de gusto agradable. Evita y combate la obesidad, los granos y barros. Tomándolo diariamente mantiene lozanas la salud y la belleza.

Pida una MUESTRA GRATIS del TE SUIZO en la Farmacia de su barrio o a nuestra casa: P. Soldati & Cía., Rivadavia 2284 - Buenos Aires, ya sea personalmente o por carta.

LA CIUDAD DE MARIA LUISA

PARMA, sin ser una gran ciudad, ofrece en conjunto una cierta majestuosidad, característica de las capitales.

Los Farnesios y María Luisa, la viuda de Napoleón I, han dejado huellas profundas en la que fué residencia del Ducado.

A derecha e izquierda de la estación se levantan dos grandes fábricas de perfumes: las dos preparan el famoso extracto de violetas de Parma, tan célebre casi como el parmesano. Pero en vano he procurado analizar los campos de los alrededores para ver si existían grandes extensiones de terreno cultivadas de violetas.

Mi análisis dió un éxito negativo, lo que demuestra cómo probablemente los celebrados perfumes serán debidos a síntesis.

Dos monumentos, tal vez demasiado cerca uno del otro, se levantan al salir de la estación: uno a Verdi, el otro al célebre explorador Bottego.

Los puedo admirar antes de subir al ómnibus del Hotel. Una vez dentro del coche ya no es posible admirar nada, debido a un detalle sencillísimo: los espejos que adornan el interior del ómnibus, muy elegantes sin duda, pero confunden la vista y proyectan el paisaje que huye: una calle por donde siguen unos a otros, carritos, autos y bicicletas.

Pasamos por debajo de un enorme edificio renegrido y cruzamos una especie de inmenso patio antiguo que desemboca en una plazoleta, cuyos edificios parecen minúsculos en comparación del que acabamos de dejar.

Hubiera querido asomarme y preguntar en seguida al auriga, qué era ese monumento de arquitectura edilicia, pero mientras me puse a pelear con la ventanilla, ya el coche se alejó y tuve que dominar mi curiosidad...

— Será para más tarde.

Me habían dado una carta de presentación para un boticario, un señor Allegri, que tiene farmacia en Corso Vittorio Emanuele, muy al fondo, casi donde la magnífica calle termina.

Las distancias en estas ciudades son muy relativas. Así que cuando pregunté por dónde quedaba ese Corso y si sabían algo del señor Allegri, me compasionaron como si tuviera que digerirme un tirón muy largo:

— ¡Oh!... ¡El señor tendrá que caminar mucho!... Vea: derecho... Siga siempre derecho... Un poco antes de llegar a un pórtico, ahí encontrará la farmacia... Todo el mundo puede enseñársela...

Así que me alisté como para emprender una marcha. El que quiere llegar muy lejos tiene que andar despacio, y efectivamente seguí muy calmoso como resignado a llegar algún día a destino. Mientras tanto iba observando las casas de negocio a derecha e izquierda y me sorprendía por el número increíble de vendedores de calzado.

¡Si habrá zapateros en Parma!...

A cada dos casas de negocio, hay una que exhibe calzados. Comuniqué mi observación a la persona para la que me habían dado cartas de presentación y se sonrió:

— ¡Es así realmente!...

— ¿Y cómo explica usted el fenómeno? No será acaso por las distancias que se gastan botines...? A pesar de lo que me habían dicho, he llegado hasta acá en un santiamén...

— No sé... No sé decirle... Y todos trabajan... Aquí por los alrededores hay unas tres o cuatro fábricas de calzado.

Pero si me había impresionado el número poco común de vendedores de zapatos, no me impresionó menos el vaivén de los que acudían a la farmacia en busca de purgantes.

— ¿Qué diablos es eso?... ¿La sequedad de vientre es epidémica acá?

— Es una ciudad donde se conserva el culto de la cocina más o menos como en Bolonia. Los lunes, viernes, sábados y domingos, la procesión es interminable...

— ¿Hay calma tres días por semana?

— Relativa calma.

— Una curiosidad... ¿Dónde mataron al duque Carlos III?

— Delante de la Iglesia de Santa Lucía, casi en la esquina de la calle Santa Lucía (hoy Cavour) con la calle Santa Brígida. Fué el año 1854.

— Fué muerto de una puñalada, ¿verdad?

— Un individuo le dió un fuerte empujón. El Duque en un principio ni se dió cuenta de haber sido herido en el bajo vientre: después se sintió sin fuerzas. Su matador mientras tanto huía por la callejuela de Santa Brígida perseguido de cerca...

— ¿Sin resultado?

— Sin resultado, porque dejó caer la capa y los gendarmes tropezaron; se cayeron al suelo. El perseguido alcanzó los muros de cinta de la ciudad y se dejó caer sin hacerse daño. En las afueras existía un despacho de bebidas donde se jugaba a las bochas. Ahí todo estaba preparado: hasta el reloj había sido atrasado para que los contertulios pudieran, en conciencia, declarar que en la hora del crimen, Carra se encontraba ahí y por consiguiente no tenía nada que ver con el asesinato.

— Bien organizado el hecho...

— Perfectamente organizado, porque hubo más. La policía había dado orden de que fueran cerradas todas las puertas que daban acceso a la ciudad y esta circunstancia la aprovechó Carra para intentar entrar a los tres cuarto de hora de haber presenciado un partido de bochas.

— Por supuesto no lo dejaron entrar.

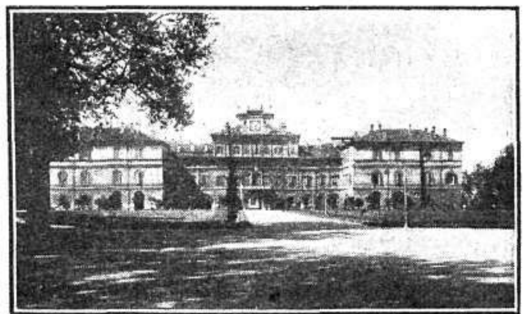
— Ni a él ni a nadie dejaron entrar, pero mientras tanto Carra tuvo palabras con los agentes de policía alegando que le era indispensable regresar a su casa y...

— Así que los mismos agentes de policía tuvieron que atestiguar que Carra realmente no se encontraba en Parma, cuando el Duque quedó herido...

— Exactamente... Con todo eso, como era entre los sospechosos de oposición al gobierno ducal, tuvo que cambiar de aire y se embarcó para la Argentina.



Plaza de Garibaldi.



Academia de Infantería.

Allá pudo vivir tranquilo hasta una edad bastante avanzada...

—¿Se conserva alguna memoria del Duque?

—Es decir... memorias simpáticas... ninguna. Era un hombre muy orgulloso, demasiado enamorado, por lo que le guardaban rencor muchos a quienes había ofendido en lo más sagrado de la familia... Se conserva el corazón de Carlos III dentro de una urna, en un vaso de alcohol. La urna podrá usted verla en la iglesia de la Steccata. Los sótanos de esta iglesia contienen nichos con restos ducales.

—¿María Luisa también está sepultada en esos nichos?

—María Luisa no, fué transportada a Viena... Como era hija del emperador de Austria, la llevaron allá. El que está enterrado en La Steccata es el Conde Neipperg, ministro de María Luisa... Es decir... ministro y algo más; usted sabrá que la ex-emperatriz de los franceses olvidó pronto a su primer esposo...



El Duomo.

—¿Cómo primero?... ¿Acaso se casó con Neipperg?

—Dicen... Puede ser que se trate de una voz que han hecho correr para que el mundo no hablara más... Pero es un hecho que por un tiempo María Luisa no salía a la calle y después de cierto número de meses el «Aiglón» tuvo un hermanito. Lo que sé es que María Luisa, cuando Neipperg murió, le hizo levantar un monumento que usted podrá admirar en la misma Iglesia de La Steccata... Hasta el caballo de Neipperg está esculpido en la base del monumento.

—¿Qué le parece, no será simbólico ese animal?

—Parece que Neipperg le profesaba un cariño muy grande también a su caballo...

Ese «también» me pareció algo irrespetuoso, pero pasé por alto sin pedir aclaraciones.

La Iglesia de La Steccata forma una cruz griega, es riquísima de mármoles preciosos, traídos de Verona y sobre todo de trabajos debidos a los mejores pinceles del seiscientos.

Los restos de muchos duques y príncipes que reinaron en Parma, se encuentran modestamente encerrados en unos pequeños nichos, que llevan esculpidos los nombres de cada uno de ellos. Nada de grandioso y monumental en esta capilla subterránea que se debe a María Luisa... Aquí más que nunca viene a la memoria el «memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris.»

De la Iglesia paso al teatro Regio, pues francamente la vista de la capilla subterránea entristece.

El portero, cuando le pregunto si se puede visitar el Teatro, ni se digna levantarse y menos aún de acompañarme siquiera por aquello de la propina.

Permanece muy serio e impasible detrás de una mesita, leyendo un diario de la mañana y me dice casi sin levantar los ojos.

—Ahí está... Puede entrar no más...

Un portero «rara avis»... Pero también hay que considerar que los porteros hoy día reciben unos sueldítos... unos sueldítos...

¡Preciosa sala la del Regio!... Ciento veinte palcos, a más de galería y paraíso.

Heme aquí en el infierno de los artistas, la sala más temida de cuantas existen en toda Italia.

El artista que salga aplaudido del Regio de Parma, puede desafiar todos los teatros, pues no hay público más exigente que el parmesano. Y no tanto por lo que podríamos llamar erudición musical, cuanto por el oído finísimo que caracteriza a todo ciudadano nacido en esta ciudad.

Un poquito que el sonido aumente o disminuya y en seguida lo ha de notar cualquiera de aquellos señoritos que escuchan desde el paraíso.

Y son terribles en el flechazo de la ironía, sangrientos en el sarcasmo.

Un tenor precedido de mucho bombo se presentó a cantar en el «Trovatore».

Llevaba el cabello larguísimo, pero su voz no iba muy lejos. A un cierto momento debe cantar...

Mentre un grido vien dal cielo
che mi dice... non ferir!...

(Y del cielo viene un grito, que me dice no lo hieras).

El pobre hombre había puesto a prueba la paciencia del público, que estalló por fin por obra de un chusco del paraíso. No le dejó terminar la frase después del «che mi dice» y... gritó: «fate tusar!!...» (¡Hazte cortar el pelo!...)

Fué imposible seguir adelante... El grito había venido del cielo y la orden imperativa de cortarse el pelo, demasiado a propósito para que todo el mundo no estallara en una risotada homérica.

Parma, desde el gobierno de los Farnesios y de María Luisa, está acostumbrada al arte en todas sus manifestaciones.

Es suficiente haber visto lo imponente, único en el mundo que es el Teatro Farnesio, que existe aun en el palacio llamado de la Pilotta, para darse cuenta del gusto y de la grandiosidad de los espectáculos que debían darse debido a la munificencia de los príncipes.

El año 1618 Ranucio Farnesio hizo transformar la sala de armas situada en el piso superior del palacio, para inaugurarlo en ocasión del enlace del duque Odoardo con Margarita Médici.

Desde la puerta de entrada, hasta el fondo del escenario, mide m. 87.22 y el largo es de m. 32,16; por un alto de 28 m. Resulta de una imponencia y majestad sin comparaciones. De cinco a seis mil personas caben perfectamente en este grandioso teatro, hoy bastante deteriorado por el tiempo. Parece la mitad de un anfiteatro con sus arcadas y columnas, sus gradas, mientras de un lado y del otro del escenario sobre columnas altísimas, se yergen las estatuas ecuestres de Octavio y Alejandro Farnesio.

Pinturas mitológicas y alegóricas y estatuas de este duque dan mayor resalte a las líneas arquitectónicas realmente soberbias de esta sala, que no tiene iguales.

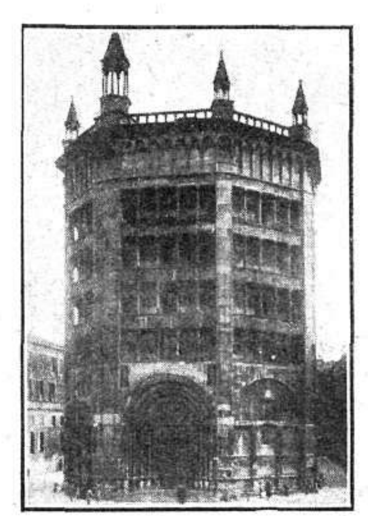
Sirvió para los espectáculos de la Corte, desde el 1628 hasta el 1732.

Después poco a poco, el Teatro Farnesio corrió la suerte del palacio que lo encierra. Resiste las injurias del tiempo, porque se trata de obras hechas para la eternidad, pero resistir no quiere decir no sufrirlas.

Y el palacio de la Pilotta si despierta admiración por su conjunto, al mismo tiempo impresiona dolorosamente por el abandono en que se halla a pesar de ciertas restauraciones hechas para oponerse al derrumbe de un ala del edificio.

Una parte de la Pilotta encierra la Biblioteca, el Museo y la Galería Artística, pero un regimiento de caballería ocupa el piso bajo de la izquierda

No está dicho que los que forman un regimiento de caballería sean todos caballeros... ¡por lo menos con las bellezas artísticas!



El Baptisterio.

DOCTOR A. VACCARI

Necrología



Señorita Amelia Yolanda Solari. — Capital.



Señora Estefanía Ygoa de Díaz. — Capital.



Señorita Adela Grosso. — Capital.



Señorita Ricoreda Luisa Porcel Iturrios. — Villa Soldati.



Señor Bartolomé Gilard.



Señor Ramón E. Carvajal. — San Nicolás.



Señor José B. Carranza. — Capital.



Señor Antonio Garavano. — Capital.



Señor Fabio Di Donato. — Capital.



Señor Santiago Carozzi. — Martínez.


S.
Si Vd., después de regalar su paladar con un plato sabroso de caza, se siente molesto, tome una copita pura del
FERNET-BRANCA
lo que le procurará un alivio instantáneo y una digestión perfecta, prueba evidente de sus famosas condiciones de
Elixir Estomacal Indispensable
Importadores: HOFER & Cía. Buenos Aires.
FERNET-BRANCA
DEI
FRATELLI BRANCA E COMP.
Via Broletto N. 35. vicino alla Chiesa di S.
FERNET-BRANCA
GENOVA
CONCESIONARIOS para la
AMERICA del SUD



Banquete ofrecido al sargento primero del Regimiento 5.° de Infantería, Sr. Bernabé Reynoso, con motivo de haberse acogido a los beneficios de la jubilación. En este acto se hizo entrega al obsequiado de un pergamino y de una artística medalla de oro.

EL SAHARA JAMÁS HA SIDO UN INMENSO MAR

El Sahara, la inmensa región desierta africana, no fué jamás el fondo de un mar que se secó, como creyeron los primeros geógrafos, y no constituye una unidad geográfica en el verdadero sentido de la palabra. Según la revista «La Nature», recientes estudios permiten dividir el Sahara en cuatro partes: el Sahara occidental de Sahara septentrional o argelino-tunecino, el Sahara norte-oriental o tripolitano, y el Sahara sud-occidental. Pero si el inmenso desierto no constituye una unidad geográfica ni por la estructura física ni por la naturaleza geológica, sí forma una unidad climática. La sequía y la ausencia de lluvias dan a regiones originariamente diferentes, una unidad. Las precipitaciones atmosféricas son raras, pero cuando por excepción se registran son de una violencia extrema: en un momento un «uadi» se hace torrente furioso que lo arrastra todo a su paso. Durante el invierno el Sahara es la sede de una atmósfera anticiclónica, centro de emisión de vientos hacia la periferia. Durante los estíos, un lugar donde se dan cita los vientos; pero los montes del Atlante, del Garian y del Barka Momra interceptan las nubes que vienen del Mediterráneo, mientras que el altiplano etiópico y el macizo del Marra detienen las nubes provenientes del Océano Indico. Solamente el altiplano central del Sahara occidental tiene durante el invierno alguna lluvia cuando el viento sopla del noroeste. El cielo del desierto es de una admirable pureza con excepción del momento en que sale el sol, durante el cual se forman nieblas secas de polvo suspendido en el aire inmóvil. Repentinos cambios de temperatura: los días son ardentísimos y las noches son glaciales; rocas que se rajan a efectos de tales cambios repentinos; espejismos: he aquí lo que se encuentra en toda la extensión del Gran Desierto africano.



"La ternura maternal es la más armoniosa de las melodías; la mujer posee, innato, ese sentimiento".

Balzac.

Para que entonemos en torno de nuestros hijos esa armoniosa melodía sin zozobras angustiosas, es preciso verlos sanos, robustos y alegres, condición que sólo la leche de la madre puede asegurar. En la Malta Palermo poseemos la fuente de estas felices consecuencias; unas copas por día, y nuestro seno es inagotable de vida, de salud y de alegrías para nuestros hijitos.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES



BLANCO Y NEGRO

Hay oro en las magníficas «toilettes» de noche, hay oro en los zapatos labrados para fiesta, hay oro entre las trenzas. Hay trenzas de oro, y diciendo esto no usamos ya, como otrora, una figura gramatical, sino que nos referimos a los enroscados que la moda hoy impone en el peinado para fiesta. Oro y piedras.

He visto, en una casa de gran renombre, un turbante de lamé de oro y género verde y colorado, con un grande copete de plumas.

He visto guirnaldas y girándulas de flores rociadas, o sea flores de seda o terciopelo salpicadas de polvo de diamantes.

He visto diademas en lamé de oro, adornado de recamos de piedras centelleantes, otros con un grande motivo de las mismas piedras ciñendo la frente.

El cabello corto impone el uso de las «barretas» de zafiros, brillantitos o perlas, colocados a la altura de la sien; algunas están hechas con rositas de coral colocadas una tras otra, y con un brillantito en el medio de cada una. Esta es una novedad muy bonita.

Las rubias de silueta elegante, prefieren los flecos y las girándulas de perlas, cuyo reflejo mejor conviene al cutis de ellas. El cabello largo tiene, para adornarse, los peinetones artísticos, o la finísima red de perlas o piedras.



El diamante artificial triunfa, pues, en todo atavío de noche, la mujer moderna se envuelve en una aureola que los santos, desde sus eternas sillas, deben envidiarle.

Puesto que hablamos de atavíos de fiesta, hablemos de las novias. Hay diferentes maneras de colocar el velo nupcial, y se elige, naturalmente, el que mejor siente al perfil de la novia.

Las flores y las perlitas cierran el velo alrededor de la cabeza, como una corona. Las perlas están muy de moda también para atavíos nupciales; y sus reflejos armonizan con el candor del conjunto, mejor que nunca. Las perlas se llevan como diademas, en colgantes, en redes, otras veces es un simple hilito de perlitas que sujeta el velo. La guirnalda de azahares ha casi desaparecido, o se ve alternada por rosas, lirios, camelias y muguets; las flores de manzano tienen muchas veces lugar del símbolo de la inocencia.

El velo es un tul vaporoso, cuando en los antiguos cofres no se encuentran las puntillas que ya vieron la boda de las abuelas, o los grandes vuelos de obras finísimas de la aguja, que ya oyeron la dulce promesa de amor. Es este un presagio feliz para la novia. Y también son un presagio, una promesa de felicidad, la presencia de los dos pajes, vestidos de una breve túnica plateada terminando en una faja de armiño, y que acompañan a la novia, llevando cada uno su ramo de flores redondo y rodeado de puntilla, según la antigua costumbre.

Otro velo sigue las leyes de la moda, y no es ya para encuadrar la imagen de una hora de sol en la vida nuestra. Es el negro velo de luto que, él también, no se lleva más como hasta ahora.

El filósofo que dijo: «La alegría otrora era rosa y azul y hoy es negra y colorada», tendría que añadir que la tristeza, que ya era un montón casi informe de ropas negras, es hoy una cinta.

El velo de luto, colocado como la moda exige, no tiene efectivamente mayor espacio que una cinta.

Ante todo no es ya un velo, sino una «echarpe» de 30 por 50 ctms. de ancho, colocada sobre el costado derecho, un poco hacia atrás.

Puesto el sombrero en la cabeza, se hace pasar el velo desde el hombro derecho hacia adelante, dejándolo luego caer sobre el izquierdo con un movimiento gracioso que encuadra la cara y sienta bien.

Esta «echarpe» es un largo «biais» cuyas extremidades quedan cortadas en punta, siguiendo el derecho hilo del género. Es casi siempre en crepé Georgette, como el sombrero.

En cuanto a la manera de colocar la «echarpe» hay opiniones diferentes. Puede ceñir la copa de un sombrero-turbante, formando un enroscado de pocas proporciones, y cayendo luego de ambos lados. Si el sombrero tiene ala levantada el velo se drapea en pliegues desde el interior. Otras veces es simplemente envuelto alrededor de la copa de una forma fieltro, en un drapeado que cruza adelante y termina en un extremo en punta, como ya hemos dicho. Una idea original es el velo rodeando la copa y cayendo de lado en dos extremos terminados por bellotas.

He visto un monísimo sombrero «cloche», cuya copa hecha de crepé «plissé» venía sujetada por una tira ancha del mismo crepé liso, y una caída «plissé» envolvía la cara como un pequeño enroscado.

El «plissé» era acordeón, y la «echarpe» derecho hilo. No hay regla por la cual el velo tenga que bajar desde la copa. Puede salir desde el interior de la entrada, sobre el ala; a veces sale justo en el borde de la misma.

El gran velo clásico se ve todavía en los lutos rigurosos, pero úsase ribetear un borde del mismo por una tira de tul que, sobre el crepé con que está hecho el velo, constituye un novedoso y bonito adorno.

En Europa se lleva también para luto, el sentador borde de velo, en la cara, que sombrea los ojos y este borde puede ribetearse de crepé blanco cuando el «todo negro» sienta mal a la que tiene que llevarlo.

El ribete blanco no es una excepción, sino que entra más de lo permitido en el luto moderno: la tira que faja la copa es a veces de crepé negro forrado de crepé blanco, y el mismo enroscado puede tener con hilitos blancos. Por otra parte, nada hace más luto que esas notas blancas sobre el negro opaco del crepé.

LUZ Y SOMBRA

No hay que olvidar

que mientras el canal alimenticio digiere los alimentos que ingerimos, sirve también, como las cloacas de las grandes ciudades, para eliminar del organismo todas aquellas sustancias que rehusa la economía, evitando de ese modo la auto - infección, una de las mayores causas de las enfermedades. Así, pues, consérvese el canal alimenticio en perfecto estado de asepsia y se evitarán muchas enfermedades. Con este fin no se conoce otro medicamento mejor que la

Salvitae

pues además de que no produce náuseas ni dolores, limpia pronto y enteramente la vía intestinal, evitando la formación de

ACIDO URICO

cuya presencia da casi siempre origen a dolencias como

GOTA, REUMATISMO, INDIGESTION, DOLOR DE CABEZA, ESTREÑIMIENTO, ETC., ETC.

De venta en todas las Farmacias.

Dep.: ILLA & Cía., Maipú, 73. Buenos Aires

CUIDADO CON LOS "AIRES"

Los golpes de aire son traicioneros

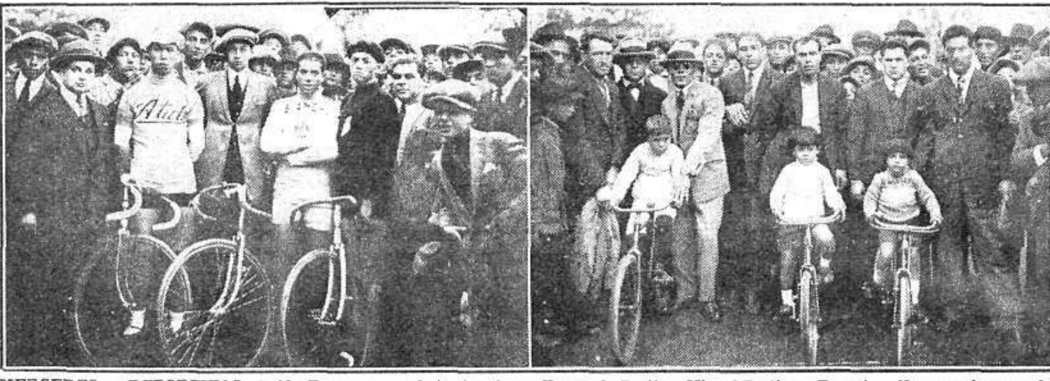
Tan pronto atacan los pulmones, causando congestión, pulmonía, neumonía, etc., como la cintura, originando lumbagos, ciática, etc., o bien ciertas articulaciones, y entonces aparecen los dolores reumáticos. Cuando en esas partes sienta usted dolor, no vacile y coloque en seguida encima una hoja de

THERMOSINE LAROCHETTE

ya sea de día o de noche. En contacto con la piel, la THERMOSINE produce un calor intenso, la sangre circula y el dolor desaparece. Es un remedio casero, muy útil.

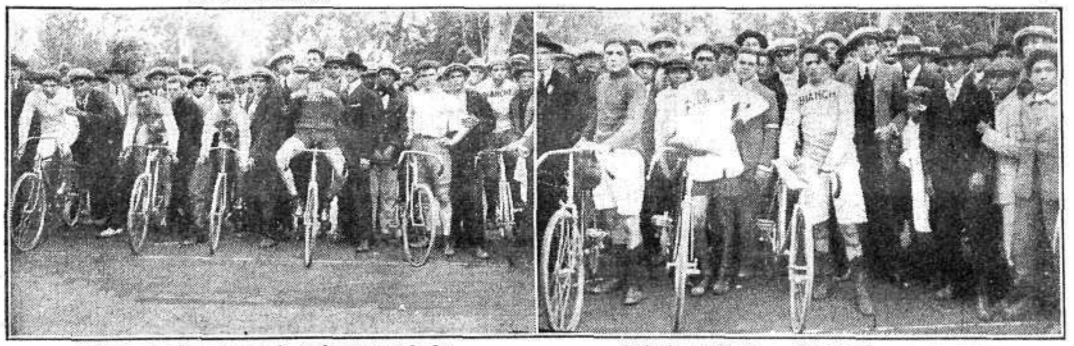


EN TODAS LAS FARMACIAS



MERCEDES. — DEPORTIVAS: Guido Brovasone y Antonio Giménez, 1.° y 2.° respectivamente en la carrera de primera categoría de 50 kilómetros.

Fernando Postigo, Miguel Postigo y Francisco Navarro, los ganadores de la interesante carrera de "Pibes" (2 kilómetros).



Ciclistas que tomaron parte en la carrera de 2.ª categoría, la que resultó empatada entre los corredores Cuaranta y Moyanos.

Palacio, Gallardo y Statalachi, que ocuparon los tres primeros puestos respectivamente en la carrera de 3.ª categoría.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!




Nota de la redacción. — Toda correspondencia para esta sección diríjase a nombre del redactor de la «Sección Ajedrez», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CRONOLOGIA DEL CAMPEONATO MUNDIAL

Desde el año 1572 hasta 1842, la supremacía del tablero estuvo en manos de los latinos, destacándose Ruy López de Sigura (español), Giovanni Leonardo da Cutri, Paolo Boi da Noto, llamado «Il Siracussano» (italianos), y como teóricos: Polerio, Salvio y Carreras, todos italianos.

Scipione del Grotto y Stamma, de la misma nacionalidad de los anteriormente citados, se destacaron después de Gioachino Greco, allá por el año 1600.

En el año 1746 Francois-André Danican Philidor batió en Londres a Stamma, considerado como uno de los mejores jugadores de la época.

En el interregno entre 1795, que murió Philidor, y 1821 en que Louis Charles Mahé de Labourdonnais (francés) batió a A. L. H. Lebreton Deschapelles (francés), se distinguieron Bernard, Verdoni, Leger, etc.

Labourdonnais actuó con brillo hasta 1841, en que murió, destacándose a continuación Saint Amant, que fué vencido por Howard Stauton (inglés) en un match disputado en París, en el año 1842.

Desde 1842 comenzaron a destacarse los sajones, cuando Alfredo Anderssen (prusiano) conquistó el primer premio en un torneo internacional en Londres, venciendo entre otros a Stauton.

Anderssen mantuvo la supremacía hasta 1858, en que fué derrotado por el célebre Paul Charles Morphy (norteamericano). Habiéndose retirado Morphy de la actividad, se le volvió a considerar a Anderssen como el mejor jugador, hasta que en el año 1866, Wilhelm Steinitz lo bate en un match jugado en Londres. Desde esa época se comienza a considerar a Steinitz como campeón del mundo, manteniendo la supremacía en forma muy activa, hasta que en el año 1894 el doctor Manuel Lasker lo derrota en match con el score a su favor de 10 partidas ganadas, 5 derrotas y 4 tablas.

Los críticos de entonces fallaron en sus cálculos, argumentando como causa de la derrota la mala salud del bohemio Steinitz y la muerte reciente de su esposa y de su querida hija Flora.

A pesar de las consideraciones mencionadas, maestros de la talla de Gunsberg y Mason aseguraron que las partidas jugadas por Steinitz y Lasker eran dignas de dos colosos.

Después de su primer fracaso, Steinitz desafió a Lasker para un segundo match, pero Lasker decidió aplazarlo para regresar a Europa, pues había decidido batirse con Tschigorin, con el objeto de que la crítica no pusiese en duda los méritos del «campeón del mundo». El match no pudo verificarse por tener ambos jugadores que intervenir en el torneo internacional de Hastings del año 1895, poco después de haber sufrido Lasker una fiebre tifoidea que lo colocó en condiciones desventajosas, disminuyendo en forma apreciable su juego y entrando en tercer término, detrás de Pillsbury y Tschigorin, que ocuparon el primer y segundo puesto, respectivamente.

El «Club de Ajedrez de San Petersburgo» solucionó la situación, invitando a los cinco primeros de Hastings a un torneo por el campeonato del mundo, rehusando Tarrasch, con el siguiente resultado:

Primero, Lasker.
Segundo, Steinitz.
Tercero, Pillsbury.
Cuarto, Tschigorin.

Con tal resultado Lasker reafirmó su título contra maestros eminentes, ratificando su superioridad ante Steinitz en un segundo match jugado en 1896, venciéndolo por 10 juegos ganados, dos perdidos y cinco tablas. El score no dejaba lugar a dudas, y así lo reconoció su noble adversario.

Posteriormente, el doctor Lasker se midió por el campeonato mundial con diversos maestros, pudiéndose citar entre los más famosos el jugado contra Carlos Schlechter en el año 1910, con el siguiente resultado: Lasker, una partida ganada, una perdida y ocho tablas.

Schlechter, una partida ganada, una perdida y ocho tablas.

Como se puede notar el resultado fué exactamente igual, conservando Lasker el título.

Anteriormente, en el año 1908, el doctor S. Tarrasch pretendió vencer a Lasker, siendo derrotado aquél por 8 puntos contra 3 y cinco tablas.

El doctor Lasker mantuvo el título de «campeón mundial» hasta abril de 1921 en que fué vencido por Capablanca en la Habana, en un match inconcluso, pues sólo se disputaron 14 partidas de las 24 estipuladas como consecuencia de una inferioridad física de Lasker, probablemente entre otros factores el de su permanencia en Alemania durante la gran guerra.

Sólo es de desear que Capablanca ratifique ante el mismo enemigo su título en un match normal.

—

Noticias recientes dejan entrever la posibilidad de un nuevo match revancha entre Capablanca y el doctor Manuel Lasker, como consecuencia del resultado del reciente torneo internacional de maestros jugado en Nueva York, en el que triunfó el doctor Lasker, entrando segundo Capablanca.

Uno de los aspirantes al campeonato mundial, Alejandro Alekhine, desea también medirse por el cetro de ajedrez, esperando estar de regreso a Estados Unidos, dentro de un año, con el propósito de jugar con Capablanca.

Tenemos, pues, la seguridad que antes de un año presenciaremos una emocionante lucha.

RESERVA

PINOT BLANCO

BODEGAS ARIZU MENDOZA

VINOS

ARIZU

EL ORGULLO DE LA PRODUCCION NACIONAL

PROLIJAMENTE EMBOTELLADOS
LLEVAN LA MARCA ARIZU
ESTAMPADA EN LAS
ETIQUETAS-COR-
CHOS y CAP-
SULAS

SOC. ANON. VIÑEDOS
Y BODEGAS ARIZU.

AV. DE MAYO 1035
RIVADAVIA 1032





TRAQUEOTOMÍA



Pizarro tomó una silla y se sentó al borde de la camita del niño; ya eran bastante más de las doce de la noche, y el pueblo dormía bajo las sombras; la capa de nieve que cubría con un color uniforme casas y campos parecía crecer en las rinconadas con el contingente de aquel innumerable ejército de copos que caía de lo alto sosegadamente, en línea vertical, como que el viento también parecía haberse dormido entre el boscaje silencioso.

El enfermito estaba cada vez peor; los esfuerzos violentos de su tos no lograban arrancar aquel obstáculo que obstruía su garganta; su padre miraba y escuchaba con ansia incomparable, con un miedo que a cada minuto echaba en su rostro nuevos velos de palidez. El niño parecía tener en la laringe un hervor que crecía más cada hora, y en el silencio del cuartito sonaba con un crujimiento que metía miedo.

Pizarro se sentó y escuchó en el pecho del niño como si su alma toda se hubiese ido de golpe al oído; era el médico que quería leer en aquel hervor obstinado. Este se hizo opaco, como si sonase más adentro en la trabajada garganta de la criatura. Pizarro tomó la bujía que ardía en la mesa junto a un libro de medicina abierto, y sirviéndose de la diestra mano como de pantalla, iluminó el rostro encendido del niño. No sé qué vió Pizarro en aquella carita de cuatro años, que se estremeció, se dejó caer sobre la silla, y con voz casi tan ronca como aquel ruido que salía de la camita, murmuró:

—Eso es...

Luego dejó la luz en el suelo y puso ambas manos en las mejillas de la criatura.

— ¿Duermes, hijo?

El enfermito abrió los ojos velados por el letargo y miró a su padre.

—Me ahogo, papá.... ¿Por qué no me quitas esto?

Y se echó la mano derecha, sonrosada y regordeta, al cuello. Pizarro se inclinó sobre él, le dió un beso mudo, muy largo, como si hubiese querido extraer por succión aquel maldito obstáculo, y se hizo atrás. Pizarro era médico; ¡qué terrible angustia sintió en aquel momento supremo, cuando su ciencia, que no le servía para nada, le dijo que lo que tenía el niño era garrotillo! Debió ser un golpe incomparable, porque se separó de la cama, entró en la salita, y allí, poniendo su rostro de hombre sobre la pared fría, lloró como un niño. Así estuvo mucho rato; luego, con un movimiento de irritación muda y sombría, cogió el libro de medicina y lo arrojó enérgicamente contra la pared sobre la huella de sus lágrimas impotentes.

El ruido despertó al niño, y Pizarro le oyó decir con aquél ronquido desesperante:

—¡Papá! ¿Estás conmigo?

—Sí, niñito mío....

—¡Me hace daño, papaíto!... ¡Mucho daño! ¿Por qué no me curas?

¿Porqué?... ¡Ah, porque toda la vanidosa ciencia de aquel libro caído sobre los ladrillos no podía curar aquella pobre criatura! Pizarro se mordió los labios, sumido en un vértigo de rabia dolorosa, y como asustado de lo que se le había ocurrido, recogió el libro del suelo y lo abrió: era un diccionario de medicina. Pizarro buscó temblando una letra, tardó mucho porque los dedos temblorosos se enredaban entre las hojas, y al fin encontró esta palabra: *Traqueotomía.*

Sí: definitivamente era el único recurso que daba aquel libro lleno de tan sabias recetas, para el que habían colaborado diez y nueve siglos de cultura, y que en el tremendo silencio de aquella noche venía a decir a Pizarro:

— Tu hijo se muere: si sientes valor para abrir su garganta y romper la membrana que le ahogará irremisiblemente, tienes una probabilidad contra noventa y nueve de salvarle.

Esto lo decía el libro con gran copia de detalles sobre la forma científica de hacer aquella crueldad, y exuberancia de recetas. Pero Pizarro necesitaba una cosa que no podía darle el libro: valor. La puerta de la salita se abrió y apareció un hombre joven. Pizarro levantó los ojos y le miró: el recién venido se acercó, cogió el libro y leyó: *Traqueotomía.*

Se puso pálido: no podía creer que el niño se hubiese agravado de aquella manera y se acercó a la camita para examinar los terribles progresos del mal. Pizarro, médico como el recién venido, era padre y sintió en el fondo del corazón como el germen de una idea loca, la de que se hubiese equivocado. Miró con ansia infinita a su compañero, y tan elocuente debía ser aquel hervor de la garganta de la criatura, que después de estar inclinado breve rato sobre la camita se incorporó, tomó de la mano a Pizarro y le hizo sentar en el sofá de la salita. Los dos hombres se miraron fijamente, y Pizarro dijo al fin con la voz temblorosa y acobardada:

— Dime la verdad, Espinosa; la verdad que yo sé también, pero que no creeré hasta que la oiga decir a ti.

— ¿Dónde está tu mujer?

— Allá dentro: no quiero que venga por aquí.

— ¿Tienes valor, Pizarro?

— ¿Para oirte?

— No: tú sabes lo mismo que yo que el niño se morirá antes de tres horas, quiero saber si tendrás valor para intentar la prueba.

La prueba era una cosa horrible: era hacer lo que el sabio libro explicaba tan minuciosamente. Decididamente Pizarro no tendría valor para ello, porque se puso lívido, se levantó tambaleando y se fué a la ventana. Allí apoyó la frente en el cristal helado, y miró al pueblo que dormía bajo la fría capa de nieve. Yo quisiera tener el mágico poder de trazaros en líneas luminosas los pensamientos que pasaron por el cerebro del infeliz, haciéndole sangre como el agudísimo filo de un puñal.

Casi rompió el cristal cubierto de escarcha al apretar contra él la cabeza: estuvo mirando fijamente caer fuera los copos de nieve, unos tras otros, y le parecía que al llegar al suelo iban enterrando algo esencialmente suyo, como si le hubiesen arrancado el propio corazón y lo hubiesen arrojado a la calle encima de la nieve inmóvil y tersa. Después volvió a la salita y se puso a pasear con los brazos

cruzados, mientras Espinosa velaba junto a la camita.

Las grandes figuras dramáticas de todas las literaturas han llenado el mundo con sus dolores: Segismundo, Hámlet, Otelo; el rey Lear... ninguno sintió un dolor tan tremendo y tan vulgar como este de un médico de aldea que quería y no quería hacer la operación de la traqueotomía en la garganta de su hijo. Pizarro paseó largo rato, deteniéndose a veces bruscamente, como si delante de sus ojos apareciese en letras de fuego la resolución de un problema imposible, hasta que Espinosa le tocó en el hombro.

—Vamos....

Pizarro le miró como si no le comprendiese bien.

—Sí.... lo que quieras, Espinosa; ya ves que soy razonable, que no me enojo.... Esto es una atrocidad.... ya sabes, una cosa cruel.... pero vamos, vamos....

Y dijo vamos con cierta prisa febril. Espinosa preparó lo necesario, el terrible arsenal de bisturís, y muy suavemente se fué Pizarro en tanto junto al enfermito para que el otro no le viese, para que no supiese que lloraba sobre los cabellos rubios de la criatura, como si ocultase una vergonzosa debilidad.... Y el niño le sintió sobre sí por aquellas lágrimas calientes y el cepilleo suave de su bigote, y le echó ambos bracitos al cuello sudoroso, buscando un punto de apoyo para toser y arrancarse de la garganta la mortal angustia que le iba sofocando como si le apretase una mano exenta de misericordia.

—¡Cúrame... papá... me ahogo!— decía el niño con la voz casi ininteligible ya, y el pobre Pizarro contestaba medio loco y muy bajito también para que no le oyese Espinosa:

—Sí... ahora, hijito, verás... te curaré... yo solo, aunque me caiga después muerto de horror... ¿Estas mejor?.... No, peor, ¡mucho peor, Dios mío! ¡Espinosa!

Espinosa llegó: el niño se ahogaba visiblemente y abría los ojos vidriosos mirando con espanto a su padre. Después se desmayó.

—¡Ahora!— dijo Espinosa.

Y Pizarro no quiso que su compañero intentase aquella crueldad científica: lo hizo él solo con un valor increíble: temía que otro que no fuese él convirtiera la operación en un asesinato. No tembló un momento el bisturí en su mano, y el héroe de la aldea abrió en la garganta de su niño la herida salvadora hasta descubrir la tráquea. La bujía temblaba en manos de Espinosa.

La vida del enfermito se fué por la herida, que era poco más que un punto; estaba escrito que no fuese aquella probabilidad entre las ciento de que hablaba el libro. La luz vaga y temblona del alba resbaló sobre la nieve y alumbró la salita y la alcoba.

En la salita estaba sentado Espinosa con la cabeza oculta entre las manos; en la alcoba, de rodillas casi sobre la camita y echado de bruces sobre el niño, lloraba Pizarro tan calladamente que casi no se le sentía, a pesar del silencio que gravitaba sobre la habitación con la pesadumbre de los dolores sin consuelo.

F E D E R I C O   U R R E C H A



—¿Que si valdrá mi cuadro? ¡Ya lo creo! Como que lo he pintado con blanco de plata y amarillo de oro...



El amigo: - Qué bien vestida está tu mujer. ¡Es un poema.
El poeta y esposo: - ¡Mucho más! Un poema, seis sonetos y una novela corta...

De Rosario



El Directorio del Banco Español del Río de la Plata, acompañado por la Comisión de la Bolsa visitando la institución.

Inauguración del «Jardín de Niños» en el barrio Sáenz Peña, al que la casa Piccardo ha contribuído con un valioso donativo.



1.
HERWIG y Cia
ROSARIO
2.
3.
4.
P.
LA TRIGUEÑA
EL MEJOR CARABANCHEL



El Gobernador, señor Aldao, el Vicegobernador, señor Cepeda, Ministros y autoridades en el momento de tomar posesión del cargo de Jefe Político el señor Natalio Ricardone.

El nuevo cónsul de Italia, señor Tuozzi, acompañado de los miembros de Comisión de la "Sociedad Garibaldi y Anita Garibaldi" durante la visita a la institución.

CALOR

El **"Cozy Glow"** es la estufa proyector Westinghouse que distribuye por radiación el calor, dondequiera que éste se necesite. El **"Cozy Glow"** es una de las conquistas del confort doméstico que la electricidad ha hecho posibles.

El calor del **"Cozy Glow"**, reverbera en un reflector de cobre de buen tamaño y su peso es tal que puede llevarse de un punto a otro de la casa por un niño.



Se vende en todas las buenas casas de electricidad y en nuestros salones de venta. 134

ARTEFACTOS y MATERIALES para INSTALACIONES

Westinghouse

Cía. Westinghouse Electric Internacional S. A.

Buenos Aires: Avenida de Mayo, 1035

CORDOBA: Colón, 59 — TUCUMAN: Junín, 66

Agentes en todas las principales ciudades y pueblos de la República.



CULTIVOS TROPICALES: EL MANGO

Desde la provincia de Jujuy han sido remitidos a título de ensayo, a esta capital, algunos miles de frutos de mango, que una fuerte y progresista empresa industrial de aquella región privilegiada cultiva y explota con éxito.

El mango es una planta originaria de la India, pero su cultivo se ha extendido después en toda el Asia meridional, en Africa, en América y en casi toda la zona tropical; el Brasil parece que fué el primero, entre los países de América, que lo introdujo, a mediados del siglo XVII; se le encuentra también bastante difundido en Cuba y Filipinas.

El mango, de la familia de las Ferebintáceas, es un árbol de 10, 15 y más metros de altura, de copa redonda y voluminosa, con hojas pecioladas, flores blancas o rojas, dispuestas en panojas ramosas. Se conocen varias especies de mangos; Mangífera índica; M. rostrata; M amisodora; M. pimata; M. altísima; M. foetida. Pero la más enorme es la primera, de la que han derivado numerosas variedades muy apreciadas por sus frutos, como ser: Alphonse, Bennett, Cecil, Fernández, Mulgabos, Peters, N. 11, etc.; la que se cultiva en Jujuy es el mango «Paheri».

Planta de mango en pleno desarrollo.

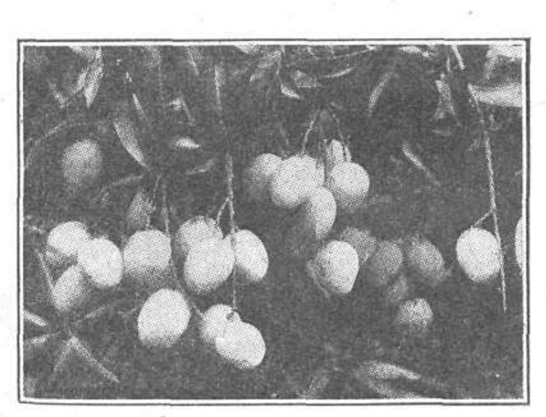
El fruto del mango es una drupa de regular tamaño, de forma redonda, ovoidal o amiñonada, de piel lisa y con una semilla de color amarillo rojizo, o verdoso o morado, según las variedades; su carne es dulce, un tanto acídula y de un sabor especial en algunas variedades muy acentuado, que recuerda la trementina; por esta cualidad característica propia, es un fruto que no es aceptado en seguida por los europeos, sino después de haberse acostumbrado a él; algunas variedades tienen también su fruto bastante fibroso; pero en las variedades finas, mejoradas, como son muchas de las originarias de la India, los frutos no contienen fibra ninguna y su sabor, aunque característico, es agradable y hasta delicioso, por lo cual entre las frutas tropicales en los mercados de París y Londres, son apreciados y adquieren buenos y elevados precios.

El mango, siendo planta de países tropicales necesita clima cálido, bastante lluvioso, pero exento de heladas fuertes y repetidas; creemos que en Salta, Jujuy y Misiones puede prosperar; las lluvias excesivas durante el período de floración son perjudiciales a la buena fructificación; en cambio necesita bastante humedad en cuanto la fruta ha cuajado y empieza a desarrollarse.

Respecto a suelo, no es muy exigente; viene bien en todos los terrenos, menos en los pedregosos y excesivamente compactos; eso sí, necesita suelos permeables, que no detengan excesivamente el agua y prospera en los de mediana consistencia, profundos, frescos y fértiles. Este árbol puede propagarse por semilla, pero, como siempre sucede con este método, crece silvestre y no reproduce las cualidades propias originarias; generalmente suele sembrarse en macetas, colocando una semilla en cada una y cuando las plantitas tengan un centímetro y medio de diámetro al pie, esto es, a los dos años, se injerta por escudete o por aproximación; parece que para esta planta es de más seguros resultados el segundo método.

El injerto se efectúa en primavera cortando un poco la corteza hasta llegar a la madera del patrón, e igual superficie de la rama de la planta que sirve de injerto; se unen las dos partes y se ata fuerte con una tira de tela o con rafia; al mes o mes y medio, si el contacto es bien hecho, las dos ramas se han soldado y entonces se puede cortar la rama debajo del injerto; es prudente también hacer este corte por parte, es decir, en dos o tres veces, cortando al mismo tiempo la rama del patrón, arriba del injerto; para efectuar bien esta operación, suele armarse una especie de andamios altos lo suficiente para colocar las macetas de las plantas que se van a injertar, cerca de las ramas de las variedades mejoradas; una vez prendido el injerto y pasado un tiempo de descanso, las plantas pueden colocarse en su lugar definitivo.

La plantación se efectúa en hoyos bien preparados y a distancia de 10 a 12 metros, en cuadrado o algo menos, en quincunce, cuidando de que queden a la profundidad que tenían las plantas antes de su trasplante, regando los hoyos si la tierra está seca.



Ramas de mango cargadas de frutos.

Después no hay más cuidados a prestar a las plantas, que los que son de práctica en toda plantación frutal, para mantener el suelo limpio de malezas y la copa del árbol en buenas condiciones con una poda moderada.

El mango empieza a producir a los 4 ó 5 años desde su plantación y a los 8 ó 10 en su período adulto su fructificación es abundante y continuada, siendo muchos centenares de frutos los que puede dar.

Los frutos, es decir, los mangos, deben recogerse antes de que lleguen a su máximo período de madurez, esto es, antes de que se ablanden; débese evitar golpearlos y previamente envueltos en papel de seda o delgado, se cargan en canastos o cajones semi-abiertos; embalados en buenas condiciones toleran largos transportes, llegando a su destino sin sufrir perjuicios sensibles.

Trátase, en fin, de una fruta que puede tener un próspero mercado de consumo, como la chirimoya, el aguacate y otros frutos propios de la zona tropical.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO

SANAGOLA

PARA LA TOS



PASTILLAS ANTISEPTICAS

CALMAN LA TOS MAS REBELDE

Infalibles para hacer desaparecer el cosquilleo e irritación en la garganta, Bronquitis, Catarros, y toda afección de las vías respiratorias.

VENTA EN FARMACIAS

MAYON Ltda., Avenida de Mayo, 1257 - Bs. Aires

¡déjelos!

SUS niños necesitan desarrollarse. ¡Déjelos que corran y salten! Ejercicio al aire libre y una alimentación adecuada es lo que requieren para crecer sanos y fuertes. Todos los días, déles

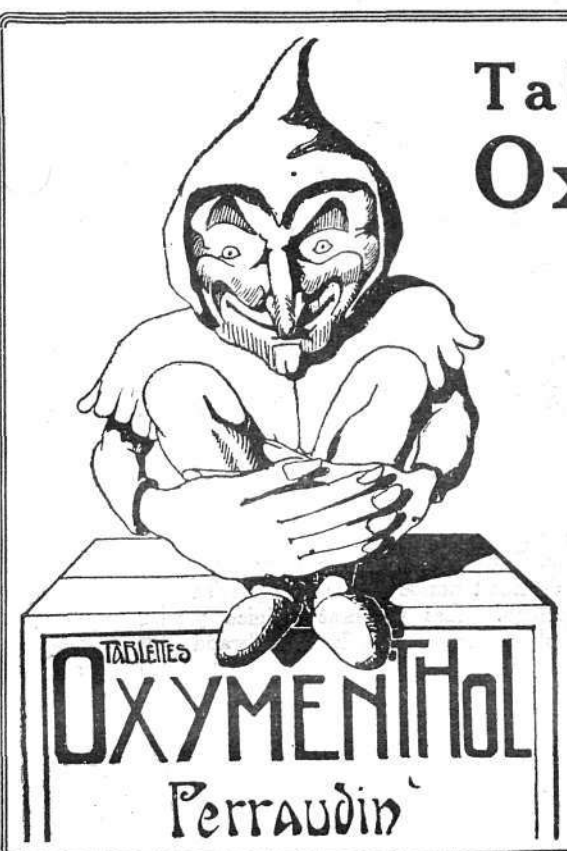
Quaker Oats

que es estrictamente ***el alimento ideal para un niño, porque contiene todos los diez y seis elementos que se necesitan para el perfecto desarrollo del cuerpo.*** Da sangre y músculos. Vigoriza el cerebro y robustece los huesos. Alimenta dos veces más que la carne y es fácil de digerir.



De Santa Fe

Varios aspectos de la suntuosa fiesta social que, con motivo de la transmisión del mando gubernativo de la provincia, se celebró en los espléndidos salones del prestigioso "Club del Orden"



Tabletas Oxymenthol

Perraudin

(al oxígeno puro naciente).

Contra las afecciones de las **Vías Respiratorias, Dolores de Garganta, Gripe, Bronquitis, Asma, etc.**

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

LABORATORIOS DE LOS PRODUCTOS SCIENTIA

21, Rue Chaptal, París.

QUEMADURAS

No es necesario desesperarse, correr, gritar, sin atinar con lo que debe hacerse en un caso de quemaduras. Teniendo a mano una BUJIA de «AMBRINE» del Dr. Barthe de Sandfort no hay más que prenderla (como si fuese una vela común de estearina) dejando caer las gotas de «Ambrine» derretida sobre la quemadura y el dolor desaparece de inmediato. Pero lo más extraordinario de este maravilloso descubrimiento francés, es que no solamente calma el dolor, sino que reconstituye la piel sin dejar señal alguna de cicatriz. Millones de soldados curados durante la guerra lo atestiguan. La bujía de «Ambrine» debe tenerse en todos los hogares. La más elemental medida de precaución lo aconseja. Además, por su untuosidad y propiedades calmantes, cicatriza las llagas más rebeldes, úlceras varicosas, eczemas, etc.

La «Ambrine» se vende en todas las Farmacias en Bujías chicas y en Bujías grandes (triples equivalentes a 5 chicas) y en tabletas chicas y grandes que se derriten al Bañomaría para los casos de gravedad.

Depositarios Generales:

ILLA & Cía. - Maipú 73

BUENOS AIRES



EL CADAVER



GERARDO estaba recostado entre almohadones, sobre una chaisse-longue.

Era éste un joven de veinticuatro años, delgado, pálido. El cabello negro y abundoso le caía en mechones sobre la frente. Sus ojazos sombríos, melancólicos, tenían esa expresión desolada que delata a los enfermos incurables.

Hablaba lentamente con el criado mientras éste sacaba unas maletas de la habitación.

— Es inútil que metas las medicinas.

— Las dejé sobre la mesa.

— Te recomiendo mis cartas.

— No tema. Las he guardado en la caja de hierro.

— Dame la llave. ¿Cuánto falta para las siete?

— Veinte minutos.

— El tiempo apremia: salimos a las siete y cincuenta. ¿Lo has arreglado todo?

— Sí, señor.

— Apaga la luz, que ya es de día. ¿No habrás olvidado algo?

— No, señor.

— Abre el balcón. Tengo calor.

— ¿No le hará mal, señor?

— No. ¿Me crees tan enfermo?

— ¡Oh! No, señor; al contrario; me parece que ahora está usted mucho mejor.

— Bueno. Vete a buscar un coche y haz que el cochero te ayude a bajar las maletas. ¿Has oído?

— Sí, señor.

— Cierra esa puerta. ¡Es extraño! Tenía calor y ahora tengo frío.

Tosía violentamente y su cara se había cubierto de mortal palidez. Los primeros rayos de sol penetraban por el balcón.

— Cierra bien todo, y empuja la chaisse-longue al sol.

— ¿Así?

— Sí; está bien. Ve adonde te dije.

El sirviente salió, y Gerardo se acomodó nuevamente entre los almohadones. Tosía lentamente, a intervalos.

Una puerta se abrió con precaución, y en su marco apareció una hermosa joven. Vestía una elegante bata de casa:

— ¡Gerardo!...

— ¡Lola! ¿Por qué has vuelto?

— ¡Calla! ¡Calla! ¡Que no te oigan! He dejado a Luis durmiendo. No me ha oído salir. Tuve que trasladar la cama del nene a nuestra habitación, porque no se sentía bien. También duerme. ¡Aunque esa criatura tiene un sueño tan ligero que temo que se despierte!

— ¿Por qué no me lo has traído?

— Tuve miedo de Luis.

— ¡Pobre Lola! Es una tontería que hayas vuelto. Podría él... darse cuenta.

— ¿Qué quieres? Comprenderás que no podía estar en la cama. Hace rato que estoy dando vueltas sin poderme dominar. Luis ronca como una bestia, y esto aumenta mi nerviosidad.

— Ven aquí. Siéntate cerca de mí. Dame la mano. Quiero que seas franca, que me digas la verdad: ¿amas de veras a este pobre cadáver?

Lola le miró como extrañada de aquella pregunta, y con una voz dulce y velada por la emoción, le contestó:

— ¿Si te amo? ¿Te parece esa una pregunta para tu Lola? ¡Calla! Tú sanarás para mí y por mí. Tú no eres un cadáver que anda como tú dices, sino un enfermo que se cuidará y que sanará. ¿No es cierto?...

Gerardo sonrió dolorosamente, y Lola, acariciándolo, agregó:

— No te rías de ese modo. Tú te cuidarás y sanarás. ¿Me lo juras? Porque yo te quiero sano y fuerte... aunque así, enfermo, te amo más.

— ¿Por qué?

— Porque estoy más segura de que eres mío, completamente mío... Bueno. Ahora te vas porque así lo exige tu salud. Nadie sabe nada de nuestro cariño. Luis nada sospecha. Tú me escribes todos los días con la dirección que sabes, y cuando estés sano... ¡largo! ¡nos vamos lejos! ¡bien lejos! ¡donde nadie sepa de nosotros! ¡donde podamos estar siempre juntos, sin preocupaciones, sin miedos! ¿Quieres, amor mío?

— ¿Sí quiero?

— Lo sé, querido. El dudarlo sería...

Gerardo no la dejó terminar la frase, haciendo un gesto en que reflejaba su desaliento, su desesperación por la convicción que tenía de que todo aquello que Lola le decía era pura ilusión. Sabía que le quedaba poco tiempo de vida.

Lola, sorprendida, exclamó:

— ¿Qué quieres decirme con ese gesto? ¿Estás loco? ¿Qué te pasa?

— Nada. ¡Es que temo no verte más!

— ¿No verme más? ¿Por qué? ¡Vamos, no seas niño! ¡No digas esas tonterías! ¡Mírame a la cara! ¡Abrázame, ahora que nadie nos ve! ¡Así!... ¡Bien fuerte! ¡Yo desearía que la vida se detuviese en este momento para quedarme siempre en este estado de beatitud! ¡Ah! ¡Tú no sabes cómo me sofoca y me fastidia la compañía de Luis! No le puedo soportar. Cada día le odio más. Su positivismo me horroriza. Se ha acostado a las tres. Estuvo toda la noche en su estudio; le sentí ir y venir y hablar solo, como un loco, en alta voz. Apenas se acostó, se durmió como una bestia satisfecha.

— ¿Qué quieres? Es un hombre estudioso y se debe a la ciencia.

— ¡Qué me importa su ciencia!... cuando no es nadie para mí... Así me obliga...

Gerardo la rechazó como sacudido por una corriente eléctrica:

— Es decir que me has amado porque... Sin esta circunstancia... a estas horas... ¡Déjame! ¡Déjame!

— No. No. ¿Qué te he dicho? ¿Estás loco? Soy tuya porque... soy tuya.

Quedó inmóvil sin saber qué decir.

Gerardo continuó en tono doloroso y de reproche:

— Hace mucho tiempo que en esos momentos de tregua, en los cuales hago una síntesis de mi vida y analizo en mí mismo los sentimientos que suscito en los otros, pienso en este sacrificio tuyo, espontáneo, voluntario. Tú has amado en mí al

ser en disolución. ¿No serás una pervertida? ¿Por qué me has abierto tus brazos? Tal vez porque comprendiste que en ellos me harías vibrar a tu antojo... me sentirías morir poco a poco... Dime... ¿por qué me has matado?

—¡Basta! No te permito decir esas cosas.

—Otra pregunta... ¿es mío tu hijo?...

—¡Si te oyeran!

—¡Ah! ¿Si me oyeran? ¡Pero, habla! ¡Sácame de estas dudas que me martirizan, que aceleran mi muerte!

—¡Te he amado, Gerardo, por ti! ¡Por tu genio, por tu amor, me has poseído toda! ¡Mi hijo es tuyo!

—¡Sí! Pues bien, vente conmigo y nos llevamos al nene.

—¿Irme contigo? ¿Y no piensas?... ¿Qué dirán? ¿Y Luis?

—Lo ves como sólo representas conmigo una comedia de compasión... Todo te preocupa menos yo...

—No, Gerardo. No es compasión.

—Sí, no es otra cosa. Ahora te repugno con esta tos que repercute en la habitación como en un sepulcro. Has venido porque sabías que estaba peor y sentirías un remordimiento...

—He venido porque te amo desesperadamente.

—¡Cómo mientes! ¡Di la verdad! ¡Dímela de una vez! Necesito hablar claro, ya que sé que me queda tan poco tiempo de vida, tal vez horas solamente; quiero que sepas que lo comprendo todo, que no me voy engañado como un niño, sino con la convicción de toda la horrible verdad. Pronto te quitaré el tormento de mi existencia que te pesa en el alma como una maldición...

—¡Ah! No. No digas eso, Gerardo. Tú te olvidas de lo que yo he hecho por ti. Tú me echas en cara mi amor, desfigurado en una ficción ridícula.

Lola se echó a llorar. Gerardo cambió de tono ante las lágrimas de ella, y continuó:

—No. No olvido nada. ¡Si eso fuera así!... ¡Quítame este peso del alma! ¡No llores! Sabes que no resisto a tus lágrimas. Yo creo que Luis sospecha algo...

—No.

—¿Y por qué no me ha querido inocular su suero? ¿Por qué me manda fuera, lejos... cuando yo me muero... cuando yo siento que por momentos me faltan las fuerzas? Estoy preparado a todo, sé mi fin, sólo me rebelo a la idea de deberme ir. ¡Sin embargo!...

Un golpe de tos convulsiva le cortó la palabra.

Lola le presentó cariñosamente una taza de leche que él rechazó, siguiendo en su idea:

—¿Por qué no me quiere inocular su suero, si está seguro de la eficacia de su descubrimiento?

—Espera el resultado de sus experimentos.

—¿Y acaso puedo yo esperar? ¿No me estoy muriendo?

—¿Pero no te acuerdas que te lo inoculé yo? No recuerdas en qué momentos de dicha... Aquella noche... que te desmayaste en mis brazos...

—¡No me lo recuerdes! ¿No habrá sido un heroísmo inútil? ¿Si no hubiera sido aquél?

—No pude equivocarme. Lo cogí de su escritorio, donde sé que no tenía otros sueros.

—He conservado el tubo como una reliquia. Lo tengo en el bolsillo. Pero ya no tengo fe en nada. Quisiera que todo terminase conmigo. ¿Soy egoísta?... Pero los otros son felices. Los otros viven, yo muero...

—¡Tú vives y vivirás! ¡Por nuestro amor! Porque yo te quiero... sano. Porque tengo la obsesión de tu carne, de tu aliento, necesito respirar el aire que tú respiras, quiero todo tu ser... Te perdono todos tus insultos, porque sé que el amor no reflexiona... Sé que eres mío, y vivirás para mí...

—¡Ah! ¡Si dependiese de mi voluntad! ¡Si pudiera mandar en mí mismo!... ¡Vuelve a tu fuerza! ¡Lejos de ti esa enfermedad!... ¿Pero no ves mi cara? ¿No oyes mi tos? ¿No ves que me moriría en tus brazos si?...

—¡Es una manía la tuya!

—¿Una manía?... Pero Lola, vuélvete a tu habitación, no te comprometas ya que no quieres seguirme. Luis podía despertarse y llamarte. ¡Tendría derecho!... En tanto que yo no soy nadie para estar aquí contigo tan temprano, habiéndonos despedido anoche. ¡Corre, que me parece que siento pasos! ¡Adiós! ¡Besa al nene!

—No, te engañas, no viene, seguirá roncando como un caballo. ¡Dame un beso!

—¿No te doy asco? ¡Pero vete, por favor, que oigo a Luis!

—Te digo que no. Abrázame así... ¡bien fuerte!

—¡Ah! ¡Me haces daño!

La puerta se abrió con violencia, y Luis penetró en la habitación bruscamente.

Lola con un movimiento rápido se desprendió de Gerardo, que quedó como desmayado. Luis, cruzados los brazos, en medio de la habitación, con calma aparente y sonrisa irónica, dijo:

—¿Estorbo vuestra despedida? ¿Cómo está el primito querido?

Lola, con voz temblorosa, contestó:

—Mal. Ya lo ves...

—¿Por eso te ha llamado? ¿Eh? Contesta...

—No me ha llamado.

—Y tú — dirigiéndose a Gerardo — ¿no te vas? ¿Qué haces? ¿Dónde está tu criado? ¿Quién le dió orden de dejarte solo? ¡Ah! ¡Ah! ¡Te aprovechas de los momentos oportunos!... ¡Parece que te sientes con coraje!... Te permites...

Lola implorando:

—¡Luis! ¡Por piedad! ¡Piensa en su estado!

—¡Ah! ¿Aún está usted aquí, señora? ¿Quiere usted defenderlo? ¿Pretende usted imponerme silencio por consideración a su estado? ¿Y qué consideración se ha guardado él, que conoce su mal, la proximidad de su fin y que no lo puede eludir, que sabe que usted es madre, en fin, dígame usted, qué consideraciones ha guardado él? Vaya, señora, retírese usted a su habitación a cuidar a su hijo y a dar gracias a Dios porque he sabido dominarme, si no... ¡Vaya, vaya! ¡Déjeme usted con él!

Lola se retiró con la cabeza baja, sin decir una palabra. Luis se quedó mirándola hasta perderla de vista, y después de breve pausa se dirigió a Gerardo:

—¿Parece que te haces concesiones superiores a tus fuerzas?

Gerardo tuvo un acceso de tos, y no pudo articular una palabra. Luis continuó:

—¿No respondes? ¿Te aprovechas de tu mal para venir a esta casa a sembrar la desgracia? ¡Eres un miserable! Llevas contigo la ruina, la putrefacción que viertes gota a gota en tus novelas; tu obra es una obra lenta de disolución moral... Pero yo me río de tu arte, de tu enfermedad, de tu tos, de ti, de todo... Ya no te compadezco; Hiciste morir a tu madre a fuerza de disgustos... ¿Para qué? Para comerte tu herencia en medicinas. ¡Ya ves!

—¡Ah! ¡Luis! ¿Qué cosas dices? ¡Por piedad, no hables así!

—¿Te disgusta la verdad? ¡Es extraño en una serpiente como tú!...

—¡Ah, Luis! En este momento eres tú la serpiente...

—¿Yo? — con sonrisa malvada. — Y bueno, sí, y te voy a ir picando despacito hasta que te acabes de morir, porque tú ya estás medio muerto. Escucha: tú no conoces la gratitud, no tienes respeto ni a ti mismo, crees que después de tu *yo* no

existe nada más, que todos deben obedecer a tu capricho...

Gerardo, pálido, descompuesto, temblando, exclamó:

— ¡No es cierto! No es...

— Déjame hablar. Sabías que Lola, como todas las mujeres, se dejaría ofuscar por un tipo como tú. Yo lo sospechaba. Ahora tengo la prueba tangible. Y dime, ¿la quieres mucho tú a tu primita? Ella debe quererte... desde el momento en que es una...

— ¡No la insultes!

— ¿Por qué? Sería gracioso, no puedo decir...

— ¡No!

— ¿Qué derecho tienes para impedírmelo? ¡Vamos a ver!... ¿Qué derecho tienes sobre mi mujer? ¿Sobre la madre de mi hijo que mañana podría envenenármelo con los besos que tú le has dado?...

— ¡Basta! ¡Basta! ¡Mátame! No me hagas sufrir de este modo.

— ¿Que te mate? No lo he hecho antes cuando me pude haber dejado llevar por un momento de irreflexión... Sabes que soy frío calculador, que conozco la responsabilidad y el Código... ¿Y quieres que lo haga ahora que logré dominarme, que sé que te estás muriendo, que te faltan pocos minutos para acabar de una vez? ¿No sabes que ya eres un cadáver que habla, que mueves la boca porque los músculos se contraen por sí solos, y emites la voz porque tus cuerdas vocales tendrán que contar aún quién sabe cuántas infamias?... Fíjate, ya no puedes moverte... ya empiezas a sentir el frío de la muerte...

— ¡Basta, Luis!

— No, no basta. Tú debes morir ahora, en seguida... ¡Muere!...

Gerardo se sentía morir en realidad, las fuerzas le abandonaban, un sudor frío corría por todo su cuerpo.

Comprendía el propósito de Luis, y queriendo sustraerse a la sugestión de aquella terrible mirada que le ordenaba morir, exclamó con un ímpetu de llanto:

— ¡No! ¡No quiero morir! ¡No me mates así!

— Sí. Sí, quieres morir, es inútil que te rebeles. ¿Por qué lloras? ¿Te sientes ya sin fuerzas? Es natural. ¡Muere! ¡Muere!

— ¡Cobarde! ¡Conoces tu poder y mi debilidad y me matas así para no afrontar el castigo!

— Sí. ¿Y no te parece que sería estúpido ir a presidio por un canalla como tú? ¿No te parece que mi existencia vale más que la tuya? ¡Yo podría salvarte si quisiera! Pero no quiero, ¡quiero que mueras en seguida!

— ¡Ah! ¿El suero?

— Sí. Mi suero. Me da los mejores resultados: aquel muchacho al que se lo inoculé hace tres días, está salvado...

— ¿Estás seguro? ¿No te engañas?

— No. ¿Por qué esa pregunta?

— Porque yo también sanaré.

— ¿Cómo, tú también?...

— Sí, porque me lo inoculó Lola...

— ¿Lola? ¡No puede ser! Mi suero lo tengo siempre bajo llave, te habrá inoculado el suero antirrábico que tenía en mi escritorio. ¡Ja! ¡Ja! Así sanará tu bilis...

Gerardo sacó del bolsillo, temblando, el tubo que conservaba como una reliquia y se lo dió a Luis. Este lo miró, y con su sonrisa sarcástica le dijo:

— Sí. Sí, lo reconozco, es Pasteur; lo tenía para la hermana del jardinero. ¿Te creías en salvo? ¡Te engañas! Soy tu amo, te tengo en un puño como a una mosca. Puedo hacer de ti lo que quiera. ¡Y por eso morirás, porque yo quiero que mueras!

— ¡Luis! ¡Luis! ¡Sálvame desde el momento que lo puedes! Sálvame, para ser más noble en tu venganza.

— ¿Es tu egoísmo el que habla?

— ¡Sálvame! ¡Sé más noble!...

— ¿Tienes aún el valor de pedirme la vida? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Para qué la quieres? ¡No! Gerardo, ¡muere de una vez! ¡Es mejor para todos!...

— ¡Qué terrible eres! Te pido que me dejes vivir unos días solamente para arreglar unas cosas y publicar un libro que deberá glorificar mi memoria... Después yo mismo te entregaré mi existencia...

— Lo haría sólo por amor a la ciencia, pero no lo hago por el placer de la venganza... Es más fuerte que yo... ¡Ya ves que prostituyo a la ciencia! Me sirvo de ella como de una vengadora.

Gerardo quedó sin aliento, tosía a pequeños intervalos, la cara se le volvió aun más pálida, los ojos se le velaron y continuó hablando como por una potencia interior:

— ¡Ah! ¡Cómo me arrancas el alma! ¡Siento la muerte en las venas! ¡Te suplico que me dejes vivir unos días! ¡Sólo por unos días! Piensa que ante la muerte todos somos iguales. Olvida un momento que eres hombre. Deja las miserias humanas a un lado. Piensa que te debes a la ciencia, que hay un moribundo que debes arrancar a la muerte, que debes salvar...

— No, ahora no puedo pensar en eso. Pienso que al despertarme me encontré solo, que Lola no estaba a mi lado, que el nene, sentado en su camita, me dice: — Mamá se ha ido. — ¿Tú no dormías? — le pregunté. — ¿La has visto irse? ¿Por qué no la llamaste? ¿Dónde fué?... Y el nene me contesta: — Estará con papá Gerardo — porque por ironía te llama a ti también papá. — Me levanto en seguida y vengo aquí, y lo que hasta entonces era sospecha y por lo cual te alejaba, se convierte en realidad. Pienso que amo a Lola, que sin ella no podría vivir y que después de lo sucedido, los dos no podéis estar en el mundo; que dejarte vivir ahora para matarte después y exponerme a ir a la cárcel, sería estúpido. Así que, ya ves, es inútil, debes morir ahora, que ya estás con un pie en el otro mundo.

— ¡Luis! ¡Perdóname! En nombre de tu hijo...

— ¡No le nombres! ¡No eres digno!

Gerardo, con un movimiento de desesperación, exclamó:

— ¡Porque no es tuyo!...

Luis le agarró por una muñeca dando un grito de angustia:

— ¿Que no es mío? ¡Explícate!

— ¡No! No es tuyo. ¿No te has dado cuenta de que tiene mi mal? ¡Es hijo mío! ¡Y Lola fué siempre mía! ¡Sólo te pertenece por esa ley infame del matrimonio indisoluble!... ¡Como si fuera posible someter el amor a las leyes!... ¡Como si el hombre fuera capaz de dominar los afectos que mueven su alma!... Como si...

Cayó pesadamente al suelo. El esfuerzo que acababa de hacer, le había aniquilado totalmente.

Luis, fuera de sí, hablaba como un loco:

— ¿Conque es tuyo?... ¿Conque tiene tu mal? ¿Es posible que yo haya estado ciego, que seas tú el que me devuelve la vista? ¿Y no quieres morir? ¡Ah! ¡Sí! ¡Ahora mismo! ¡Muere! ¡¡Muere!!

Gerardo hizo un esfuerzo para levantarse, pero no pudo. Un grito ronco le salió del pecho que parecía estar hueco, luego se puso rígido. Luis palideció, le cogió por los brazos y le llamó:

— ¡Gerardo! ¡Gerardo!

El criado entró diciendo:

— ¡Señor! Es hora.

Luis recobró la calma y dijo al sirviente:

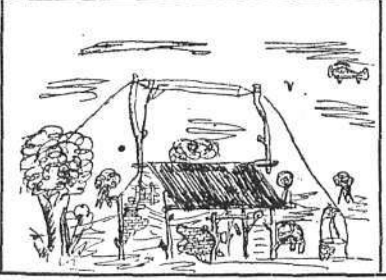
— Ven aquí. Ayúdame a poner a tu amo en la cama y ve y dile a mi mujer que su primo acaba de expirar.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1699 — Progresos de la radio. VIRGINIO M. CARTASSO.

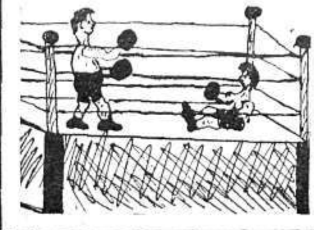
1700 — En el café y billar. SALVADOR SEALISE.



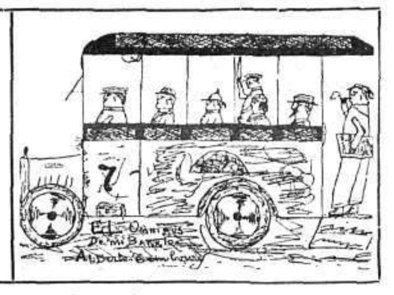
1701 — Lelo y Rosa escuchando el arpa. EMILIO LÓPEZ.



1702 — Ensayando el himno. HILDA E. PAZ.



1703 — Match Firpo-Spalla. I. BERTARINI.



1704 — El ómnibus de mi barrio. ALBERTO S. TEMBOWEY.

De los dibujos publicados durante el mes de abril, han sido premiados los números siguientes: 1670, 1672, 1673, 1675, 1676, 1677, 1680, 1681.



OPORTUNIDAD UNICA



TRAJES y SOBRETODOS

MODELOS LISTOS PARA VESTIR

Elegantes, prácticos y de calidad; los ofrecemos al

PRECIO RECLAME

de $ **60.—**

Es una ocasión digna de ser aprovechada por la extraordinaria ventaja que reporta.

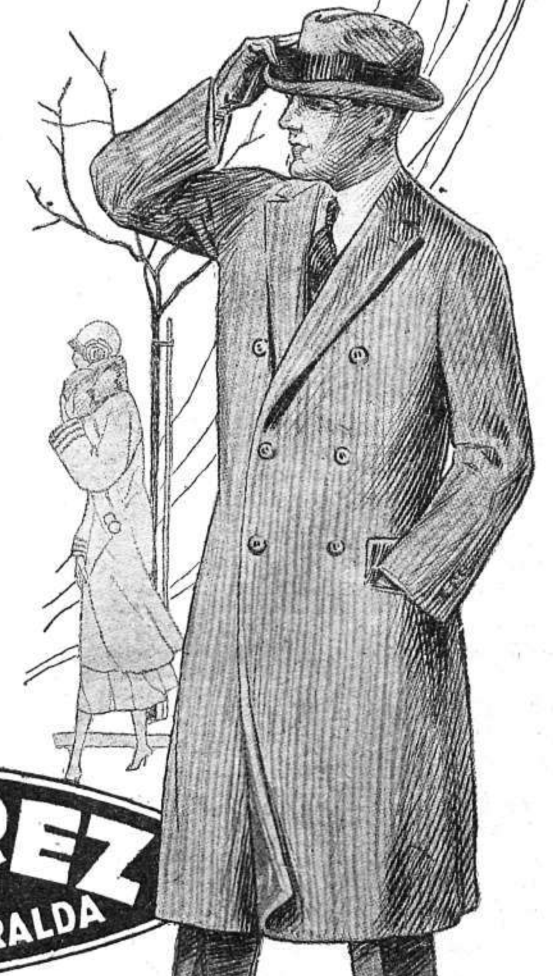
Si Vd. quiere un

TRAJE o SOBRETODO de MEDIDA,

nuestra casa está en condiciones de satisfacerle por completo, entregándole prendas perfectamente terminadas, elegantes, duraderas y de calidad reconocida. Precio $ **130.-**

GRATIS enviamos muestras de casimires indicándonos color y precio aproximados.

GRATIS remitimos al interior ALBUM de figurines.



SASTRERIA DE LUJO

(LA MÁS GRANDE EN SUD AMÉRICA)

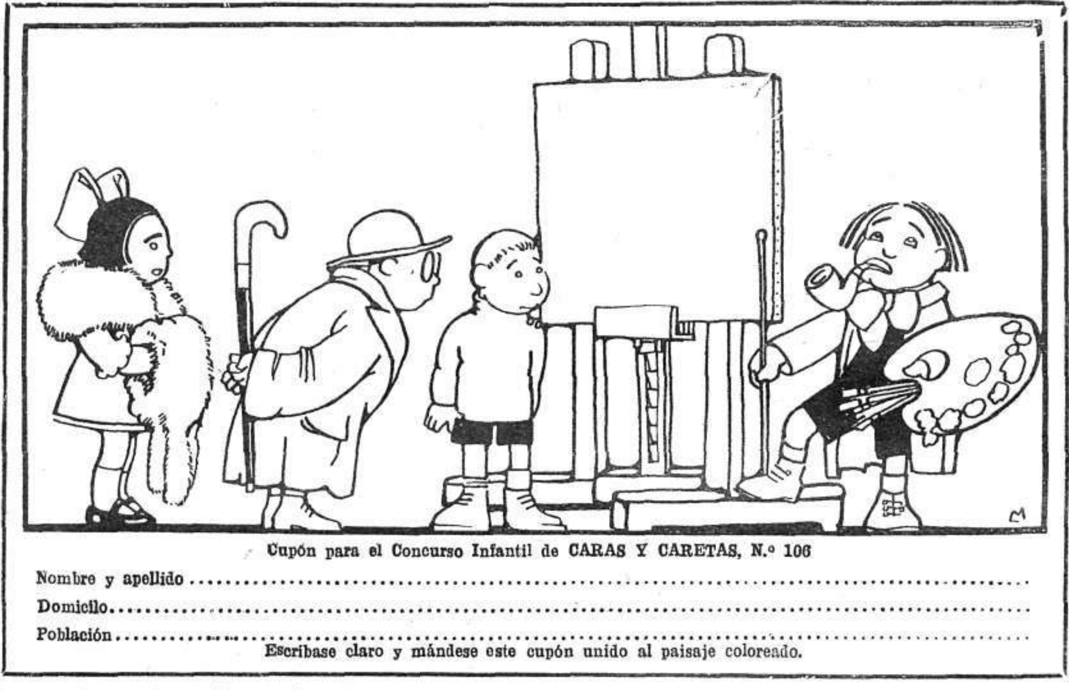


NO TIENE SUCURSAL

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS, N.º 106

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.º 105 han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Alvo, Emilio Salvador.
Andrada A., Juan.
Andrani T., Eduardo.
Alvarez, Pablo.
Bianchini, Sofía.
Berardi L., Lorencito.
Balbrani, Amalia.
Bozzolo, Ilia.
Bagnati, Raúl.
Cipolletti, Ida.
Comerón, José.
Consigli, Carlos.
Croce, Clementina.
Calventos R., Miguel.
Cardeni, Virgilio.
Campasso, José.
Cobos E., José.
Constanzo, Carlos.
Cabrera, Eduardo.
Cucchetti, Luis.
Curutchet D., María.
Cirigliano, Aída.
Delcustade, Enrique.
Dupuy M., Etelvina.
Francia M., Juan.
Fraga, Américo.
Fernández J., Enzo.
Filippelli R., Victorio.
Fanzano, Carmelo.
Ferrer, Clara.
Fioriti H., Héctor.
Forcato, Egle.
Goubat H., Adalberto.
Galburera, Eldita.
Grisarri, Raúl.
Gaudiani A., María.
Gamarra, Roberto.
González, Angélica.
Galesi, María.
García E., Elsa.
Gil, Pedro.
Giménez, Narciso.
González, María Luisa.
Hernandorena J., Pedro.
Herrera, Emina.
Imperiale, Alicia.
Jáuregui C., Juan.
Jurado Doello, Pachito.
Juny, María.
Kneipp, Matías.
Lescurat, Alicia.
Lompagen, Adolfo.
Lartory E., Margarita.
Luis, Cleofé de
Lattucca, Miguel.
Luzzi, Demetrio.
Molina A., Hortensia.
Matas I., Elena.
Marcos, Mariano.
Mansilla P., Domingo.
Marenco I., Stella.
Mechionna, Horacio.
Maseras, Arsenio.
Mendiarbrúa, Julia.
Navas, Victoria.
Nacibera, Reina.
Nocetti, Juan.
Orbegozo E., Bonifacio.
Otero, Jaime.
Panaro, Francisco.
Palacios H., Carlos.
Pérez, María.
Pereira Iraola, Norita.
Pecio, Carmen.
Palomeque A., Carlos.
Quintín, Haydée.
Retif, Luisito.
Rivas, Ada.
Rodríguez, Jesús.
Rovira, José.
Ridella A., Pedro.
Rabino E., Delfín.
Rasso, Carlota.
Roauz S., Aurora.
Spinelli T. D., Nélida.
Somini N., Anita.
Sánchez C., Juan.
San Marco, M. José.
Solla, Santiago.
Téjanos Pinto F. H., María.
Torres, Ernesto.
Tacacho, Arnaldo.
Unzué, Nora.
Valle Augier J., Jorge.
Vidueiro, Carlitos.
Virgas, Santos.
Valdemarca, Amalia.
Vigón, Nélida.
Wieras L., Pastora.
Zamboni Parodi, Ubaldina.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 3 y 4 de Junio de 1924, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.

Tomar el aceite de Hígado de Bacalao es un placer, gracias a la



Extracto concentrado orgánico de Hígado fresco de bacalao. Poderoso tónico reconstituyente para niños y adultos. Gusto agradable. Se toma fácilmente en gotas mezcladas con agua o caldo. 2 gotas equivalen a una cucharada de sopa (de aceite) y el frasco a 5 litros. Legítimo producto francés. Premiado en todas las Exposiciones de Medicina. Certificado N.º 4890. Venta libre.

Depositarios Generales:

En Buenos Aires: Illa & Cía., Maipú 73
En Montevideo: Calle Uruguay 816.
En Río de Janeiro: A. Lameiro, rua Sao Pedro, 268

Concesionarios - Importadores en Sud-América
BIRABEN & Cie. - Casilla de Correo 81 - Montevideo

MARAVILLOSO
y PRODIGIOSO INVENTO

LOS CABELLOS BLANCOS tomarán su primitivo color natural a LOS OCHO DIAS de usar el INSUSTITUIBLE

Perfumante PELIKANOL

Producto de vegetales preparado en Barcelona, (España). No mancha absolutamente nada y por eso se usa con las mismas manos, como cualquier LOCION DE TOCADOR.

El uso de este ACREDITADISIMO artículo no es para teñir los cabellos de tal o cual color, es únicamente para devolver a los CABELLOS BLANCOS su primitivo COLOR NATURAL, CON TODA GARANTIA, hayan sido éstos RUBIOS, CASTAÑOS o NEGROS, sin que nadie pueda advertirlo. Se garantiza también que no se caen los cabellos con su uso.

Se vende en todas las farmacias y perfumerías.

PRECIO: $ 8 y 12

Con uno de $ 12 (mayor tres veces que el de $ 8) hay cantidad suficiente para un año de uso.

UNICO CONCESIONARIO:

LUIS CUVILLAS — BUENOS AIRES

DEPÓSITO Y OFICINAS: BMÉ. MITRE, 2010-BUENOS AIRES

Solicite interesante prospecto gratis

AGENTE EN EL URUGUAY:

J. D. Barilari-Victoria 1037, Montevideo

DEPÓSITO Y VENTA: FARMACIA "FRANCO INGLESA", URUGUAY Y FLORIDA



¡Qué diferencia!

Eso dirá Vd. cuando escuche la primera noche después de haber adoptado las Baterías Willard Radio "A" y "B" recargables.

¡Qué diferencia en cuanto a claridad! ¡Qué diferencia en el volumen y en la calidad del tono!

Aquellos ruidos ásperos y estridentes, resultados de la filtración eléctrica o del voltaje de placa (fuerza electromotriz) demasiado bajo en sus baterías anteriores, habrán desaparecido.

Las Baterías Willard «B» recargables son a prueba de filtración y pueden usarse siempre con su pleno voltaje.

Al probarlas quedará usted sorprendido; tan excelentes son sus resultados.

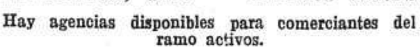
Willard Storage Battery Co.

CLEVELAND, OHIO

REPRESENTANTES:

GINO BOCCI y Hno.

RIVADAVIA, 2166 — BUENOS AIRES


Hay agencias disponibles para comerciantes del ramo activos.



Willard

Sarrasqueta y la CULTURA FÍSICA

TEXTO Y DIBUJOS DE REDONDO



Sarrasqueta está convencido de que para levantar pronto muchos pesos, conviene, más que ser intelectual, adquirir una gran cultura física, porque "cuerpo sano, mente sana", por lo que estudia para ser campeón en todos los deportes.



Para el boxeo, se saturará de tanta cultura física, que con sus poderosos punches pondrá knock-out a cualquier toro bravo de la Pampa.

En el football ayudado por su gran cultura y fuerte puntapié, conseguirá meter la pelota junto con el portero dentro de la portería.



En la lucha greco-romana a fuerza de cultura y corbatas, logrará hacer poner las espaldas en el suelo a su contrincante, conquistando el cinturón de campeón.



Para la natación, tiene ya tanta cultura náutica, que piensa cruzar el Canal de la Mancha dejándole limpio de competidores.

Su cultura aplicada a las carreras pedestres, le permitirá que, al correr, si el que viene detrás es un inglés, no haya galgo que le alcance.



En la doma de potros, usando de su cultura, es un centauro y no hay Pegaso, Babieca ni Rocinante que le aguanten sobre sus lomos.



Por fin, hinchado de cultura física, le dice a un intelectual.

—Por mi saber deportivo, ya puedo levantar muchos pesos al mes llevando baúles a la estación.



—Intelectual. — Pues yo paseando, sin trabajar ni hacer esfuerzos, levanto al mes, muchos más pesos que usted. ¡Me han jubilado!

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavidez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E., Paraná, 869.
Mackintosch, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.° piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.

Notas varias



Dr. Alejandro Colechia, distinguido médico a quien el D. N. de Hig. ha confiado una destacada misión en los círculos científicos del extranjero.



Señorita Isabel Caffaro, destacada concertista de piano que, con brillante éxito, ha ejecutado una serie de audiciones musicales.



Haydée Isabel Porta, niña de 11 años recibida de profesora de solfeo, y autora de un hermoso tango titulado "Raquelita".



Ricardo B. Mantel, joven violinista, que ha obtenido su diploma de profesor de solfeo, después de rendir brillantes exámenes finales.



Señor José Volponi, ex presidente de los Bomberos Voluntarios de la Ensenada, cuya provechosa actuación ha sido justamente apreciada.

LA FE EN DIOS

La fe es el amor a Dios, la caridad es el amor al hombre. Por la fe, el hombre se acerca al pie del altar, ve a Dios. Por la caridad, el hombre extiende sus brazos al hombre, toma parte en sus penas y en sus dolores, lucha en sus combates, llora con sus lágrimas, se alegra con sus alegrías, le auxilia a realizar su destino, centuplica sus fuerzas, remueve los obstáculos, vive vida más grande, más intensa, más hermosa; porque, al fundirse por la caridad en uno todos los corazones, y al fundirse por la fe en una todas las inteligencias, el hombre débil, el hombre acechado por los elementos, crece y domina la naturaleza, que no puede resistir a la supremacía del espíritu, centro verdadero de la vida. Su amor a Dios es la fe, amor al prójimo es la caridad. Sin la caridad, todas las virtudes son como si no fueran. La fe, la castidad, la pureza, sin el amor a nuestros hermanos, son virtudes infecundas y estériles, pues no siembran de bienes la vida, ni sirven de ejemplo en la tierra.

E. Castelar.

GALANTERÍA INOPORTUNA

— ¿Me garantiza usted, joyero, que estos diamantes no son falsos? ¿Me da su palabra de que son legítimos?

— Tan legítimos, señora, como el suave tono sonrosado de sus mejillas y el carmín de sus labios — dijo el joyero.

— ¡Ah! — agregó la señora. — Entonces no los llevo.





Josefina Robledo



Eximia concertista de guitarra, cuyas recientes audiciones musicales, han puesto una vez más de relieve sus excepcionales dotes de ejecutante. La señorita Robledo une a una impecable técnica un exquisito sentimiento musical.

AZUCENAS

En el fondo del valle, a orillas del arroyuelo que lanzaba hasta ella en temblorosas gotas alegre saludo, creció la planta.

Pequeñita y humilde, extendía sus ramas, mirándose complacida en el cristal del arroyo, que amigo cariñoso, mecía su imagen entre olas diminutas y bulliciosas.

¡Qué alegre vida! La primavera vestía con galas exuberantes el valle todo. ¡Manto de flores; olas de aromas, disueltas en mares de luz dorada; vivificantes brisas; fragmentos de canciones recorriendo el espacio en ondulaciones majestuosas, repercutiéndose en ecos al chocar con las vertientes de las montañas; nidos que despiertan, vidas que amanecen, amores que se ciernen cantando dichas!... Todo cubierto por un cielo sin nubes, trono de zafiros, donde descansa el astro rey en mitad de su carrera...

¡Planta feliz! Vivió tranquila en el florido valle, apropiándose la vida que hasta ella llegaba disuelta en oleadas de luz; y así pasaron muchos días... Pero una tarde, viendo al Sol ocultarse tras la montaña que cerraba para ella todo horizonte, suspiró y dijo:

«¡Qué hermoso debe ser vivir allá arriba, en la cumbre o en la vertiente de esa altanera mole; sentirse acariciada por el aire diáfano de las alturas! ¡Tan cerca del Sol! ¡Mirando con despreciativa compasión al valle; compañera de las grandiosas coníferas, siempre verdes, que señalan al cielo como dedos gigantes!...

¿He de morir ignorada en el fondo del valle? ¡Imposible! Pero, ¿cómo llegar hasta la cumbre? La fiebre del deseo agostó la planta. Marchitáronse sus flores; esparciéronse en tierra sus semillas; secáronse sus ramas, y cayó desfallecida al borde del arroyo. El primer cierzo de otoño la arrastró hasta las aguas, y ellas, amigas siempre, entreabrieron su seno para recibirla, y la llevaron en sus brazos, improvisando para sus exequias, armoniosas canciones...

G. Martínez Sierra.

EL CARTEL



QUELLA mañana M. Pantaleón, propietario de una fábrica de piedras falsas para collares, brazaletes y otros objetos de arte japonés, terminaba de firmar su correspondencia cuando un hombre pequeño, rechoncho y jovial penetró en su despacho, se sentó familiarmente y esperó, paciente, a que su presencia fuera advertida.

Tres minutos más tarde, el industrial, levantando los ojos, le preguntó amablemente:

— ¿Qué desea usted, señor?

El otro abrió la enorme cartera que traía, sacó de su interior una docena de pequeños carteles azules en los cuales resaltaban grandes letras blancas y, tosiendo ligeramente para aclararse la voz, explicó:

— He pensado, señor, que la casa Pantaleón, tan ventajosamente conocida en plaza, no podría menos de aceptar todos estos carteles que tengo el honor de presentarle.

Como su interlocutor le mirara asombrado de este preámbulo, y verosímilmente, se preguntara adónde iría a parar, el corredor extendió sus carteles en abanico sobre el escritorio y esperó.

M. Pantaleón echó maquinalmente la vista sobre ellos.

Uno llevaba esta inscripción:

Nuestro tiempo es tan precioso
como el vuestro.
¡Sed breve!

Otro:

Cada cosa en su lugar.
Un lugar para cada cosa.

Un tercero:

Dejad siempre los lugares que frecuentáis en el estado en que quisiérais encontrarlos.

En cada uno de ellos había un consejo, una recomendación que suponía, uniformemente, tanto en el que lo empleaba, como en el que lo leía, una falta absoluta de tacto, de urbanidad, de cultura.

— ¡Qué diablos quiere usted que haga yo con esto! — exclamó M. Pantaleón.

El avisado corredor se preparaba a proclamar las virtudes de su mercadería, señalando todo el interés que había en recordar perpetuamente al prójimo las reglas más elementales de la buena educación, cuando los ojos de su interlocutor se fijaron sobre el último cartel:

No digáis jamás
«Haré esto más tarde.»
Hacedlo inmediatamente.

— He aquí algo que es diabólicamente cierto — no pudo menos de exclamar monsieur Pantaleón muy a pesar suyo.

El corredor no era de aquellos que pierden el norte.

— Usted dirá cuántos necesita — preguntó.

Pero el otro ya se había repuesto:

— ¡Oh! — corrigió. — Decía eso...

— Usted decía eso, señor, porque tiene usted un golpe de vista infalible, maravilloso. Usted fué inmediatamente a la máxima que necesitaba. Ella es clara, neta, perentoria... digna, en suma, de un hombre cuya inteligencia y capacidad honran la profesión... En su taller hará maravillas... Recordará a sus obreros que su patrón sabe que ellos no dejan ningún asunto atrasado, y que, para satisfacer al cliente, es indispensable que los pedidos sean ejecutados sobre la marcha... ¡Es así como se hace la reputación de una casa!...

Parecía como si el hombrecito no terminaría nunca cuando, bruscamente, la respiración le faltó, y por último:

— Le haré enviar doce docenas... — dijo.

M. Pantaleón que ensayaba vanamente defenderse en medio a esta abundancia de palabras, aprovechó este corto respiro para protestar vigorosamente:



— ¡Nunca he visto un hombre tan torpe! ¿Te has hecho algo?
— No, querida, nada de lo que me puedas decir tú me herirá...



El tímido raptor. — ¡Gracias a Dios que hemos podido huir sin percances, Juanita!
La raptada. — ¡Sí, querido! Y aquí tienes un cheque que me dió papá por haberlo salvado de los gastos del festejo de nuestra boda...

—No, no... Una sola basta. Y eso, todavía, para que no se haya molestado en balde.

—En ese caso, señor — dijo gravemente el corredor — le daré un consejo... Tome seis... Yo le daré una al precio más bajo de plaza. Así no le costará casi nada.

M. Pantaleón pensó que no podría, a ese paso, desembarazarse jamás del individuo.

—Bueno, sea... —asintió.

Y para sí, agregó:

—Ya encontraré el medio de colocarlas.

Habiendo llegado los carteles al día siguiente, el industrial llamó al mandadero:

—Me han regalado estos cartelitos — dijo. —Toma una escalera y clávalos donde puedas. Por ejemplo, uno aquí, otro en la caja, otro en el taller de las mujeres, otro en la proveeduría. Anda y hazlo bien.

El otro se apresuró a obedecer.

—Después de todo — murmuró el industrial para consolarse de su compra intempestiva — el consejo no es malo... Si el personal lo sigue al pie de la letra, creo que no habré perdido del todo mi dinero.

Ignoraba, el malaventurado, que la serpiente de la tentación se había introducido en la fábrica.

Los empleados que leyeron la inscripción no tardaron en «empaparse» de su espíritu.

Comenzó el cajero.

Todos los días este hombre de verdadera confianza, se decía:

—Si yo tuviera diez mil francos, se los jugaría a una fija imperdible y me retiraría inmediatamente con una fortuna hecha. Solamente que, como no cuento con ellos, menester será que una de estas mañanas los saque de la caja del patrón.

Cuando el cartel apareció colgado de las paredes de su oficina, pensó que era una estupidez dejar su idea para el día siguiente.

Tomó diez billetes de mil francos de la caja y los apostó a «Nenúfar III» en la segunda carrera de Enghien.

«Nenúfar III» cayó en la primera valla, como estaba previsto, y el cajero tomó el primer tren que en pocas horas conducía a Bélgica.

En la proveeduría fué otra cosa.

Después de algún tiempo, la encargada de la sección, pensó:

—Si yo no fuera honrada, me llevaría todas las tardes algunas mercaderías escogidas que luego vendería a un honesto comerciante que conozco... Así mejoraría en algo mi situación... Será necesario organizar en forma esto...

La inscripción precipitó el resto.

—¿Por qué esperar más tiempo — pensó la encargada — puesto que lo he decidido ya?

Y el mismo día salió con los bolsillos llenos.

Y así fué en toda la fábrica.

El aprendiz se llevaba todo lo que podía debajo de su gorra; la capataza se rindió a las solicitaciones del capataz; el mandadero hizo, con el gato de la fábrica, un suculento guiso; y el escribiente arrojó un tintero a la cabeza al contador.

¿Y M. Pantaleón? ¿Fué, acaso, el único que escapó a las sugestiones de la máxima que permanentemente tenía delante de él?...

¡Oh, no! A M. Pantaleón le ocurrió una cosa extraordinaria.

Hacía tiempo que el industrial pensaba:

—Decididamente mi dactilógrafa es encantadora... Tiene los cabellos de un rubio que impresiona, y los ojos azules más admirables que conozco. Será necesario que uno de estos días termine por declarárselo.

Y mientras reflexionaba, su mirada cayó de golpe sobre el famoso cartel.

—Después de todo — murmuró — ¿por qué mañana? ¿por qué no hoy? ¿por qué no inmediatamente?

Entonces, todo convulsionado, tocó el timbre nerviosamente para ofrecerle, a la rubia dactilógrafa, una cena exquisita, un palco en un «music hall» y para solicitarle el derecho de llamarla, en lo sucesivo, Agata, simplemente.

GUY DE TERAMOND

TRADUCCIÓN DE C. E. M.



—Es difícil en una pendiente!, ¡pero ya va a estar, no te apures!



—¡Pero mirá a don Tiburcio!
—Si... debe haberle hecho algo a la mujer.



RIO IV. — Banquete ofrecido por la oficialidad del Regimiento 14 de Infantería en honor del médico-cirujano de dicha entidad militar, doctor Manuel Noroña, con motivo de su próxima jubilación.

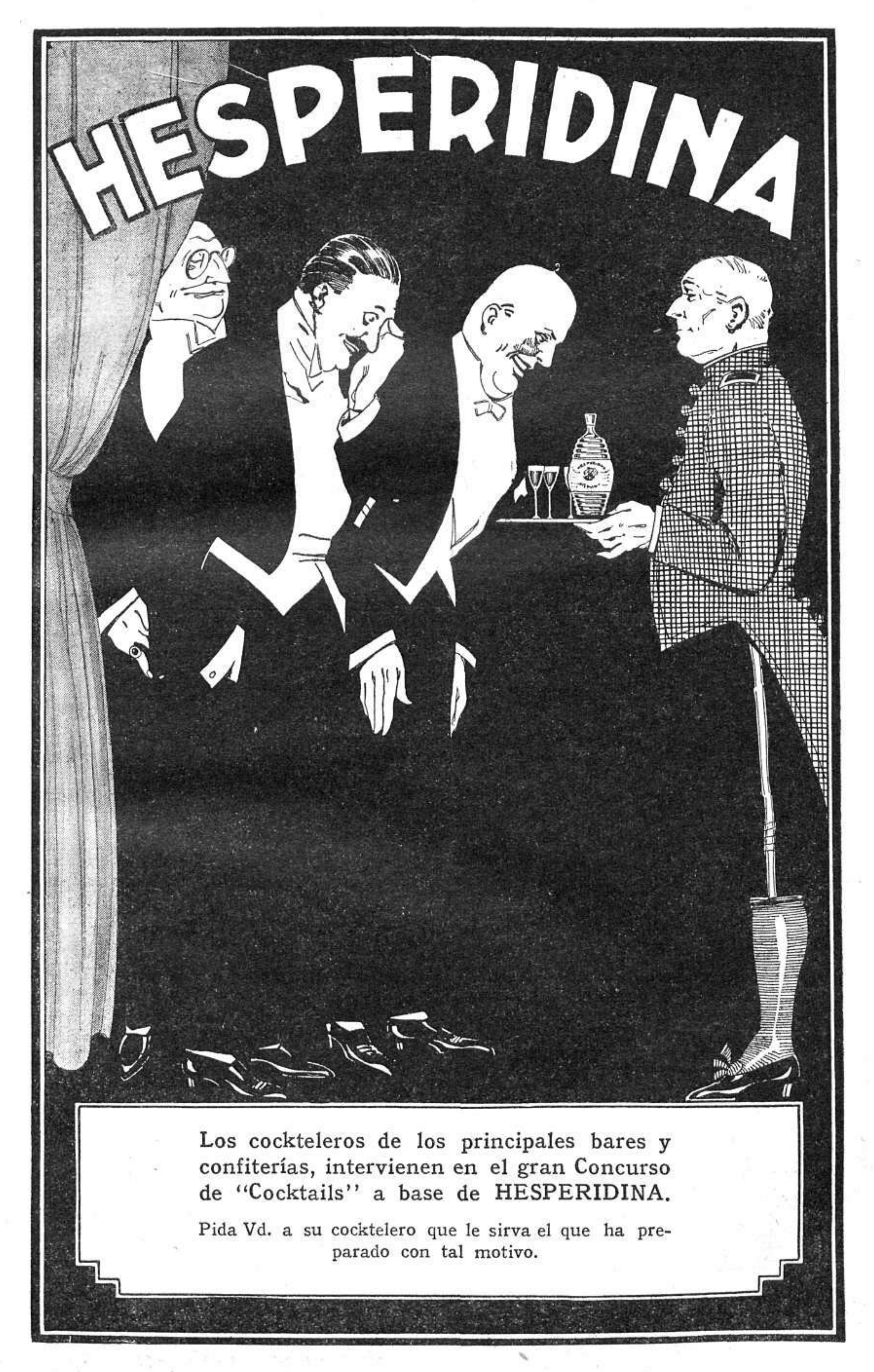
SUPERSTICIONES SERVIAS

Los soldados servios llevan al campo de batalla muchas y diversas mascotas, porque la raza servia es muy supersticiosa. En los pueblos de aquel país, los aldeanos tienen costumbres muy raras, y las practican con gran fe para alejar el mal y atraerse la buena suerte.

En ciertas épocas del año, los campesinos hacen unas crucecitas con madera de determinados árboles y las desparraman por las viñas y los campos para ahuyentar los pedriscos. Esta costumbre se observa generalmente el 24 de abril, día de San Jorge, fecha en que también las mujeres evocan el auxilio de los talismanes para ponerse guapas. La muchacha que desea tener el cutis blanco pone un ramo de flores bajo un rosal blanco, y lo deja allí toda la noche; en cambio, las que prefieren tener la tez sonrosada, ponen las flores bajo un rosal rojo, y las flores así hechizadas las echan en el agua del baño.

Las muchachas que desean saber cómo será su marido, apartan en la mesa el primero y el último trozo de pan que se corta, atan ambos con un trocito de madera, y ponen todo debajo de la almohada, porque existe la creencia de que así se les aparece en sueños su futuro esposo.

Como éste puede hallarse en Ultramar, el trocito de madera que forma parte del talismán le sirve de barco para cruzar los mares.


HESPERIDINA
Los cockteleros de los principales bares y confiterías, intervienen en el gran Concurso de "Cocktails" a base de HESPERIDINA.
Pida Vd. a su cocktelero que le sirva el que ha preparado con tal motivo.

Enlaces



Señorita América Anatilde Menzutti con el señor Antonio L. Mazucci. — Buenos Aires.



Señorita Manuela Luenga con el doctor Salvador Rossi. — Capital.



Señorita Ana Lafranconi con el señor José Pasquale. — Capital.



Señorita Esther Noemí Fragueyro Correa con el capitán Alfredo Arguero Fragueyro. — Rosario.



Los maestros de la manicuración perfeccionan un pulimento líquido

¡El pulimento de la mujer elegante! En verdad era necesario un líquido pulidor de fácil y rápida aplicación, cuyo brillo fuera a la vez exquisitamente hermoso y duradero.

Durante mucho tiempo las damas que dedican especial cuidado a sus uñas, han temido que los pulimentos líquidos fuesen demasiado espesos o no se adhiriesen bien, ni fuese su lustre siquiera pasable.

Por eso es que Cutex — la gran autoridad en el arte de la manicuración — ha perfeccionado un líquido que responde a todas las exigencias modernas. El suave **Cutex Liquid Polish** da a las uñas un brillo rosado de apariencia natural, que no se pela ni se agrieta y dura más de una semana. Este hermoso brillo realza en forma notable la belleza de las uñas.

Se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías al precio de $ 1.90. Si en su localidad no lo encuentra, envíe al concesionario en Buenos Aires el importe en giro postal o efectivo, carta certificada, y a vuelta de correo recibirá su pedido

NORTHAM WARREN CORPORATION
New York. E. U. A.
Unico Concesionario: E. HERZFELD. — Maipú, 533 — Bs. Aires.



OPTIMISMO

Cuando somos propensos a ver y juzgar las cosas bajo el aspecto más favorable, se dice que estamos llenos de optimismo.

¡Ver las cosas color de rosa! ¡Estar siempre alegre, de buen humor! Todo el mundo ofrece su amistad a las personas de buen carácter. Son queridos por sus semejantes, y este apoyo moral que alcanzan, les estimula, les ayudan a conseguir el éxito en los negocios y la felicidad en la vida.

¡Cuán raro es que las personas optimistas se enfermen con frecuencia. ¿A que se debe atribuir tanta plétora de salud, esa euforia? Es que su modo de mirar las cosas, les hace ser previsoras, y como el enfermarse no es nada agradable, tienen buen cuidado en asegurarse el buen funcionamiento de su organismo. Nunca se les oirá decir que sufren, y no es que sean de distinta masa que el común de la humanidad; pero ellas saben que si son estreñidos, las

PILDORITAS REUTER

no fallan en sus efectos laxativos; y que por ser antibiliosas les hacen expulsar los malos humores, origen de ese carácter hipocondríaco que muchos padecen.

La alegría de vivir está en la salud y ésta depende del perfecto funcionamiento de todo el organismo, lo que solamente puede conseguirse con el uso metódico de las Pildoritas Reuter.

UNICOS IMPORTADORES:
Calle MAIPU, 73. - **ILLA & Cía.** - BUENOS AIRES

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1

Comprimido, por «La Negra» (Ciudad)

: 3 14 16 GA

N.º 2

Comprimido, por «La Negra» (Ciudad)

NOTA 31416 EN LAS COLMENAS

N.º 3

Comprimido, por «La Negra» (Ciudad)

: Género NOTA

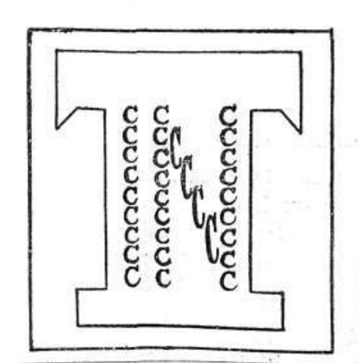
N.º 4

Comprimido, por «La Negra» (Ciudad)

NOTA MARTA

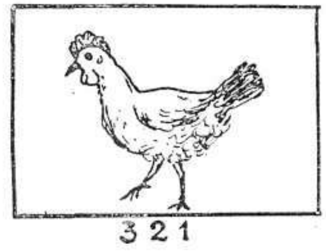
N.º 5

Comprimido, por «Cardo» (Ciudad)



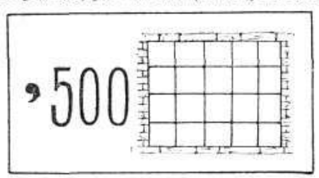
N.º 6

Logogrifo-jeroglífico, por «Rubio» (Haedo, F. C. O.)



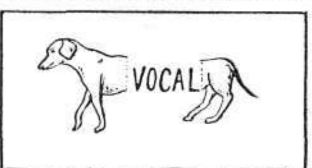
N.º 7

Comprimido, por «Rubio» (Haedo, F. C. O.)



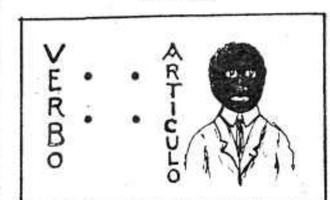
N.º 8

Intercalación, por «Rubio» (Haedo, F. C. O.)



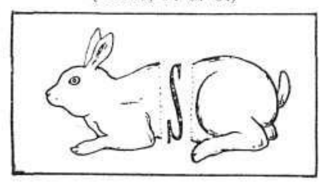
N.º 9

Frase comprimida, por «Rubio» (Haedo, F. C. O.)



N.º 10

Intercalación comprimida, por «Rubio» (Haedo, F. C. O.)



N.º 11

Frase comprimida, por «Cardo» (Ciudad)



N.º 12

Refrán interpretativo, por «Old Fox» (Lanús, F. C. S.)



N.º 13

Comprimido, por «La Negra» (Ciudad)

VOCAL CIFRA

Nota importante. — Con el propósito de poder incluír pasatiempos para el Concurso de mayo, nos hemos visto obligados por la carencia de especio a aplazar el resultado de los anteriores para el número próximo.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón, tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

MAYO DE 1924.

CUPON N.º 1339.

Reanudamos hoy la publicación de la página de «Pasatiempos», que tanto éxito ha obtenido en nuestros números anteriores, la que será insertada con regularidad.

En números próximos continuaremos también con una serie de capítulos sobre la moderna técnica del arte enigmático, iniciada hace algunos meses, comprendiendo los requisitos que deben reunir los diversos juegos.

Concurso de mayo. — Se reciben soluciones hasta el 14 de junio inclusive.

Nota. — Se recomienda muy especial mente a los señores colaboradores, cuando envíen un pasatiempo en que intervenga un dibujo, no lo firmen al reverso, sino al pie del mismo, dejando un pequeño espacio entre aquél y la firma.

PUEDE DECIRSE A CIEGAS

que una receta está preparada tal como debe ser, porque se interpreta fielmente lo que el médico prescribe, cuando lleva el rótulo de GIBSON. Es que en ella van exactamente los mismos productos indicados por el facultativo, en su más alta calidad, se manipula con la mejor práctica profesional y se da a cada operación el tiempo que necesita. Por eso que llevando el rótulo de GIBSON, que es una receta preparada tal como debe ser, es algo que

PUEDE DECIRSE A CIEGAS

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

192, DEFENSA, 192

Unica Sucursal;

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

Unión Telefónica. del 5921 al 5925. Avenida.





Casa fundada en el año 1901.

la mejor garantía que podemos ofrecer a usted sobre nuestros trabajos en defectos físicos, amputaciones, etc., es la de que tenemos el taller más grande de Sud América, y que la mayor cantidad de trabajos de ortopedia que demanda el público argentino, sale de nuestros talleres que son la última palabra de la ciencia.

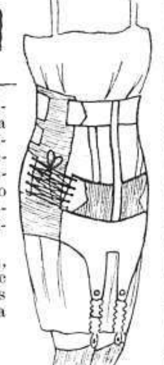
SOLICITE CATALOGO GRATIS

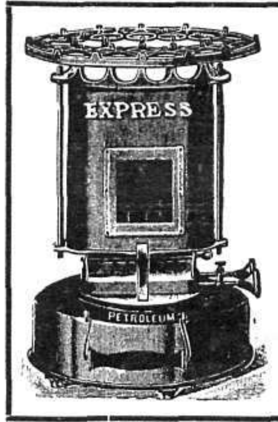
DAVID Hnos. - Cerrito, 488 - Bs. Aires

Faja corsé confeccionada con cutil especial liso o floreado en la parte delantera y trasera, con tejido elástico reforzado en las caderas. Provista de dos vendas elásticas: una para levantar el bajo vientre y otra, para sostén del estómago, muy indicada para obesidad y vientre caído.

La facilidad para su colocación, así como el perfecto ajuste que se obtiene con los cordones de los costados, la hacen una faja IDEAL.

PRECIO RECLAME **$ 30**





COCINA - CALORIFERO - CALENTADOR
"EXPRESS"

(MARCA REGISTRADA)

Seguras - Económicas - Prácticas

Sin humo, sin olor, funcionan con petróleo. Llama azul.

Entregada a domicilio en cualquier punto de la República por .. $ **15.-**

Agentes Exclusivos: **ANDERSON y KAY**

BUENOS AIRES U. T. 2640, Av. Bmé. MITRE, 760

LOTERIA NACIONAL

LA MAS EQUITATIVA DEL MUNDO

A 236 asciende ahora el número de premios mayores vendidos a sus clientes por VACCARO, la casa más acreditada y afortunada de la República. Próximo sorteo: Junio 10, de $ 150.000. El billete entero vale $ 31.50 y el décimo pesos 3.15. A cada pedido debe añadirse para gastos de envío: Interior, $ 1.—. Los giros y pedidos de cualquier punto del interior y exterior, deben hacerse a SEVERO VACCARO, Avenida de Mayo, 638. Buenos Aires.

Para cambio de moneda, Títulos, Pasajes y Alta Publicidad, es la casa más recomendada de toda la República.

El Precio no hace la calidad

Somos Importadores

Caja Roble Alemán 42 ½ × 42½ × 31 ctms. de alto con tapa a bisagra, puertitas modificadoras del sonido. Plato 25 ctms. de diámetro. **Diafragma "CASA CHICA"**, de voznítida. Brazo plegable. Graduador numerado. Con 3 discos dobles, 200 púas y sólido embalaje pesos **55**

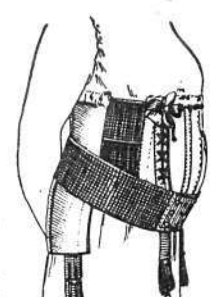


Modelo 207 "A"

Aceptamos cartoncitos "43" por su valor de DOS centavos.

PEDIDOS A "CASA CHICA" de A. Ward.
SALTA, 674-676 — BUENOS AIRES
Catálogo gratis de discos, fonógrafos o máquinas sueltas.

FAJAS PARA OBESIDAD



Para señoras y caballeros Riñón móvil, Lane, descensos abdominales y operados en general.

BRAGUEROS, MEDIAS ELASTICAS PARA VARICES FLEBITIS Y REUMATISMO

Vendas elásticas y de crepé. Pidan precios.

CASA PORTA
341, PIEDRAS, 341, Buenos Aires.



VASENOL = Polvo "Antisudoral"

Los pies húmedos que no se cuidan en la estación invernal dan lugar a que se formen eczemas y sabañones.

SE HALLA EN VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS



ESTA GRAN ENCICLOPEDIA PRACTICA DE MECANICA

Por su gran utilidad se hace necesaria

Al Obrero Mecánico
Al Encargado de Taller
Al Constructor
A los Alumnos de las Escuelas de Industria, Artes y Oficios

y a todas aquellas personas que se interesan por las modernas aplicaciones de la Mecánica.

3 tomos tamaño 25 x 18 cm., con lujosa encuadernación, 2.576 páginas, 3.445 grabados y 42 láminas.

Pida gratis el folleto explicativo de la obra

CONCEDEMOS LARGO CREDITO

$ **7** m/n al contado y 12 mensualidades de $ **4** m/n c/u. Sin fiador ni pagarés.
En un solo pago al contado $ **47.50.**

Cupón para el folleto y condiciones de compra de la Enciclopedia Práctica de Mecánica.

D...
Profesión......................................
Calle..
Localidad......................................
Provincia..........................*F.C.*........
Corte este cupón y envíelo a: C. C. 1



LA PRUEBA QUE CONVENCERA A TODO LECTOR QUE SUFRA DE

Lumbago

El éxito de un remedio empleado en el tratamiento de Lumbago, depende de su capacidad para restaurar las funciones normales de los Riñones y de la Vejiga. Agentes curativos y estimulantes como los siguientes, han demostrado ser los más apropiados.

EXTRACTO UVA URSI Una de las medicinas más comúnmente empleadas en las afecciones de las vías urinarias. Es un preventivo reconocido para la inflamación.

NITRATO DE POTASA Este, invariablemente da resultados excelentes en todas las formas de nefritis (inflamación de los Riñones).

EXTRACTO DE PICHI Posee virtudes calmantes y balsámicas de gran valor. Recetado por muchos médicos afamados.

En las Píldoras De Witt, estos preciosos productos, se hallan combinados en la proporción exacta necesaria, para producir el beneficio máximo en los casos de Lumbago. A esto se atribuye el éxito de las Píldoras De Witt. Prueba de la eficacia de las Píldoras De Witt la proporciona una carta del señor C. M. Urdamiz, María Teresa, F. C. R. P. B., en la cual dice: «Después de haber ensayado una infinidad de medicinas sin obtener alivio, probé las Píldoras De Witt y fué un regocijo sentir mi dolencia atenuada».

Este hecho revela el valor de las Píldoras De Witt, en todas las enfermedades originadas por afecciones de los Riñones y Vejiga.

LAS PILDORAS

DE WITT

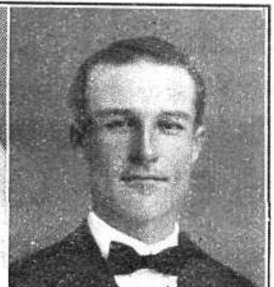
son un específico reconocido contra el ácido úrico y molestias de los Riñones y Vejiga, que triunfa aun en los casos más rebeldes, porque filtra por los Riñones sin pasar por los intestinos, como otras Píldoras. Cuando usted observa el color azul turbio, es prueba positiva de que las Píldoras De Witt han acertado la curación en el sitio requerido: los Riñones.

Las Píldoras De Witt se hallan en venta en todas las farmacias del mundo entero o directamente por E. C. De Witt & Co. Ltd. Casilla de Correo 1550. Buenos Aires.

Enlaces




Señorita Juana De Luca con el señor Carmelo Mogabre. — Ayacucho.

Señorita Juana Doumecq con el señor José M. Irazusta. — Ayacucho.




Señorita María F. Fassi con el señor José Fassi. — Navarro.




Señorita Elena J. Gravier con el señor Juan A. Degiovanni. — Rosario.




Enlace Carola-Viscoitaliano. — Rosario.

LOS LIBROS

ORIENTACIONES DE LA POLITICA INTERNACIONAL ARGENTINA

POR JUAN JORGE GSCHWIND



El autor de este interesante folleto es muy joven y esta circunstancia aumenta su mérito, pues si es frecuente que nuestros jóvenes cultiven las bellas letras escribiendo novelas, cuentos, versos, no lo es tanto el que se dediquen a estudios arduos y no siempre entretenidos, como de ordinario lo son los de la historia diplomática. El autor trata en su obrita estas cuestiones: «La República Argentina y las Conferencias Panamericanas»; «La República Argentina y la política internacional del mundo»; «La República Argentina y las cuestiones de límites», y en todas ellas demuestra haber estudiado a fondo el asunto y con una imparcialidad que, en vez de estar reñida con el patriotismo, no hace sino ponerlo más en relieve, pues a los pueblos como a los hombres, nada les es tan conveniente como el conocimiento de la verdad en sus relaciones con los otros pueblos y con los demás hombres. Sería una exageración decir que el señor Gschwind agota sus temas, y no se lo propuso, por lo demás, pero así como están, sus estudios han de ser de grandísima utilidad para la divulgación, sobre todo entre los jóvenes, poco dados de ordinario a la lectura de obras largas, una suma de conocimientos muy apreciables e indispensable para el recto juicio de la posición asumida por nuestro país ante tales problemas, especialmente en los de límites, que suelen olvidarse demasiado. Sólo nos permitimos recordar al joven autor que la cuestión de límites con Chile no está definitivamente concluída, pues está aún pendiente la colita de la cuestión de las islas del canal de Beagle, respecto de la cual ha vuelto a hablarse estos últimos tiempos en Chile. De los antecedentes expuestos por el autor se deduce que nuestro país estaría dispuesto a someter esa cuestión también al arbitraje, que há sido la solución que siempre ha propiciado, como todo el mundo lo sabe.

LA CANCION DEL POETA

POR EDMUNDO PEIXOTO

Debemos confesar paladinamente que este cuaderno está muy por encima de nuestras modestísimas facultades de lector capaz de expresar una opinión más o menos de sentido común acerca de lo que lee. Y para que no se crea que exageramos, nos limitamos a copiar lo siguiente, que consta en el canto X: «¡Oro! Garvas randadas de yemas de huevo, en cocción en el simo. Crujes y te columpias con pancarpias ígneas, panojando babeles para bruñir la figura de la asceta y avaro que lo acumula; sortija voluble nupcial; guipur voluta de la nómada que adereza la garganta, eslabones que randan la carne armiñosa, bronceada y otellana, y empero, deturpan la maquete de Venus magüer las gárgolas torrencia los lingotes en fusión». Puede tenerse por seguro que todas las palabras raras que aparecen en esas líneas están en el Diccionario de la Academia; mas, ¿no es cierto acaso que hace muchos años don Juan Valera escribió una novela llamada «Doña Lucía», en la cual no empleó ni una sola palabra que no estuviera en el Diccionario, y que no resultó sino un dislate continuado hasta lo fenomenal? Y es lástima, positivamente, que ese amor a lo extraño, a lo raro, en materia de vocabulario, sea llevado a tales desastrosos términos por escritores que si escribiesen en castellano corriente y moliente, seguramente nos regalarían con libros que leeríamos con placer.

EL PROBLEMA DE LAS COMUNAS

POR FERNANDO BUNGE

Se ha dicho, y es la verdad, que el gobierno municipal o comunal es la escuela necesaria para el buen gobierno de los Estados; pero por desgracia, como apunta muy acertadamente nuestro autor, entre nosotros, «el Régimen Municipal, está aún en pañales, puesto que la vitalidad edilicia es en muchas partes precaria, y debido a diversos factores se hace necesario marcar los inconvenientes, aunque fuere a la ligera, y sobre todo mostrar la anarquía que reina en las disposiciones tomadas en forma general.» Ese empeño, nada fácil y que ha exigido una preparación especial, ha sido llevado a cabo por el autor en forma que altamente le honra, al mismo tiempo que ha llamado la atención hacia uno de los interesantes y urgentes problemas de nuestra vida pública, vale decir, de nuestro gobierno.

CONCEPTOS DE MORAL ADMINISTRATIVA

POR JULIO DÍAZ BAZÁN

Ha tenido origen este pequeño libro en un hecho de carácter personal; mas como se trata de un hecho directamente relacionado con el concepto que altos funcionarios han tenido de la moral administrativa, el autor ha logrado dar a su obra el interés suficiente para que sea leída con agrado. En cuanto al fondo mismo de la cuestión, no parece que sea necesario insistir en su importancia, ya que la moral administrativa es uno de los cimientos indispensables para el funcionamiento correcto de toda administración bien organizada.

BIOLOGIA

POR M. ROSÉS LACOIGNE

Es la biología una ciencia tan amplia, por decirlo así, que en realidad es digno de aplausos sin reservas el autor de este libro, que ha sabido poner en sus relativamente pocas páginas, todo lo necesario para que un estudiante pueda hacer buen papel en un examen sin recurrir a otros libros. En ocasiones anteriores hemos señalado otras obras del autor, de suerte que no nos es necesario ahora repetir lo ya dicho acerca de sus felices condiciones para esta clase de empeños, menos fáciles de lo que podría parecer a la generalidad de los lectores.

LA MISION MUZZI

POR FRANCISCO DURÁ

Si no fuese que el distinguido autor se deja llevar, con más frecuencia que tal vez él mismo quiso, de sus ímpetus de luchador en defensa de sus ideas de católico a machamartillo, como a sí propio se calificó en una ocasión Menéndez y Pelayo, esta nueva contribución al estudio de hecho tan importante como en su momento fué la misión de Monseñor Muzzi a Chile, no merecería sino aplausos. Tal como es, habría mucho que decir acerca de algunas de las opiniones del autor, como por ejemplo, la de ser falsa la encíclica de León XII contra la independencia de las colonias españolas de América. Además, advertimos que el doctor Durá nada nos dice acerca de la suerte que monseñor Muzzi corrió después de su regreso a Roma; si desempeñó su misión en las felices condiciones que el autor supone, no se concibe que desapareciera tan totalmente de la escena, pues no es ni ha sido nunca la Curia Romana de las que no premian a quienes cumplen bien las misiones que les confía. En todo caso, un libro digno de ser leído por las nuevas generaciones, que suelen ser algo olvidadizas de hechos importantes de los pasados tiempos.

La música es una verdadera

necesidad de la vida, es recreación, un descanso para el espíritu, es un placer que educa, reconforta y suaviza el ánimo.

Lleve Vd. también a su hogar un instrumento musical, el cual será para Vd. y su familia un manantial inagotable de DELEITE.

Nosotros le ofrecemos los MEJORES INSTRUMENTOS a los precios más módicos.

ACORDEONES

Semitonados, Cromáticos, Diatónicos y a Piano, de las afamadas marcas

"AMERICA" y "PIEMONTE"

Modelos de STRADELLA.

DESDE $ 19.80 HASTA $ 500

Solicite CATALOGO ILUSTRADO N.° 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

BANDONEONES alemanes. - VIOLAS, VIOLONCELLOS y CONTRABAJOS, MANDOLAS y BANDURRIAS.

Cuerdas armoniosas y accesorios en general. — Solicite catálogos.

Guitarras

NACIONALES MADRILEÑAS VALENCIANAS e ITALIANAS

Desde $ 12.-

hasta pesos **500,—**

Solicite Gran Catálogo Ilustrado N.° 23 enviando 0.20 en estampillas.

Mandolines

finos, modelos de

CATANIA

Desde $ 11.—

hasta pesos **350.**

Solicite Catálogo Ilustrado N.° 25 enviando $ 0.20 en estampillas.

VIOLINES

modelos de auténticos **STRADIVARIUS** y otros grandes maestros, desde

$ 25.—

hasta pesos **2.500**

ROLLOS

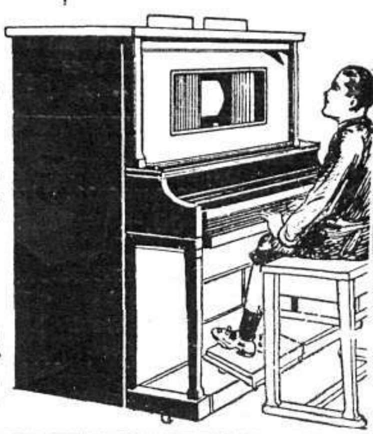
88 NOTAS. - GRAN SURTIDO EN TODOS LOS REPERTORIOS

Solicite Catálogo N.° 31.

MAESTROPIANO

Para Estudio y Concierto.

Lo toca el más profano igual que el mejor pianista. Acordamos facilidades de pago para su adquisión.



CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES — NO CERRAMOS LOS SABADOS



GENERAL PICO. F. C. O. (Pampa). — Equipo de 1.ª División del "Argentino Football Club" de esta localidad, que jugó un interesante partido con el "Racing Sportivo", ganando por 2 goals a cero.



Team del "Racing Sportivo" de Castex, que no obstante el brillante juego desarrollado, resultó vencido.

NOBEL

Alfredo Bernardo Nobel (1833-1896), el inventor y filántropo sueco, dispuso en su testamento una serie de cinco premios que variaban entre 70.000 y 100.000 pesos al cambio anterior a la guerra, con objeto de que fueran adjudicados a las personas que más hubieran contribuído al progreso del mundo en el reino de la física, de la química, de la medicina, de la filosofía, de la literatura y de la paz.

Los primeros premios fueron adjudicados en 1901. Los acuerdos son tomados por la Academia de Ciencias sueca en lo que se refiere a la física y a la química; por la Facultad de Medicina de Estocolmo en lo que atañe a la medicina; por la Academia de literatura sueca, en cuanto a la literatura se refiere; y, en fin, por lo que al premio de la paz hace, por un Comité elegido por el Parlamento sueco, allí llamado Storthing.

Por sus esfuerzos en favor de la paz, han sido agraciados Sir W. R. Cremer, Woodrow Wilson, Teodoro Roosevelt y Elihu Root.

Los doctores Alejo Carrel y Banting lo han sido por sus trabajos médicos; Sir Guillermo Ramsay y Sir Ernesto Rutherford por sus investigaciones químicas, y Lord Rayleigh, Alberto A. Michelson, Sir José Thomson, Tomás A. Edison, Nikola Tesla y Alberto Einstein por sus estudios físicos.

Entre los nombres de fama mundial que se han hecho acreedores a tal recompensa moral y material, figuran los siguientes: Bjornsterne Bjornson, Rudyard Kipling, Mauricio Maeterlinck, Gerardo Hauptmann, Rabindranath Tagore, Knut Hamsum, Anatolio France, W. B. Yeats, Echegaray, Ramón y Cajal y Benavente.

También las mujeres han participado en este concurso de notabilidades: la francesa madama Curie, por sus trabajos en el reino de la química, la sueca Selma Lagerloef como literata y Sigrid Undsea, como música.



LA GIGANTESCA INDUSTRIA DEL MAS GRANDE FABRICANTE DEL MUNDO

Las enormes fábricas dedicadas a la fabricación y al montaje de los automóviles, camiones y tractores Ford, representan solamente una parte relativamente pequeña de la gigantesca industria establecida por Henry Ford.

Siguiendo su característico y notorio método de ejercer un control directo sobre las fuentes de abastecimiento de las materias primas que concurren a la fabricación de sus productos, la Ford Motor Company posee minas propias de hierro y de carbón, fábricas de coke, altos hornos de fundición, bosques aserraderos, fábricas de vidrio, fábricas de cuero artificial, además de un verdadero plantel de establecimientos industriales y manufactureros que representan individualmente actividades de enormes alcances.

Para la distribución de los productos de esta gigantesca industria, cuenta la Ford Motor Company con una organización de más de 46.000 representantes y agentes de venta y de servicio en todos los paises del mundo.

Ford

AUTOS · CAMIONES · TRACTORES

Muelle y atracadero de la fábrica de la Ford Motor Company en River Rouge, EE. UU.

Receta para ser bonita

Los últimos diarios y revistas llegados de Europa nos hablan de los buenos resultados que se obtienen en el embellecimiento del cutis mediante el uso de la siguiente receta, de fácil preparación.

Se trata de mezclar en un pocillo la mitad del contenido de un frasco de crema Lechuga con una cucharadita de tintura de benjuí. Hecha la mezcla se aplica en el rostro, escote y manos al acostarse y al levantarse, pudiendo si se quiere, ponerse en seguida los polvos de tocador.

El uso continuo de esta receta hace que el cutis se vuelva terso y suave, quitando las arrugas, pecas y manchas si las hubiera.







C. Pellegrini 760

Unicos Agentes:

F. SCHWEIZER & Cía.-25 de Mayo, 11-Bs. As.

U. T. Avenida 4225

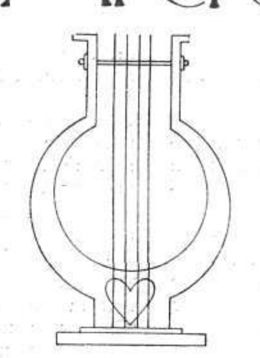
REVELACIONES INTIMAS DE RUBEN DARIO

Una serie de cuentos.—Bajo la misma impresión de los sucesos bélicos viene otro cuento: «Betún y Sangre».

En el tiempo a que me refiero, Darío trabajaba poco. No sabré decir si sus asuntos domésticos; la ausencia de la esposa en promesa; los sucesos acaecidos o el triunfo del «Azul», que le permitían dormir sobre sus laureles, eran los resortes que restaban ejercicio a su pluma; pero es lo cierto que produjo poco. Tenía, sin embargo, en proyecto, un libro de cuentos. Le halagaba, sin duda, la idea de cultivar este género en que había sido tan afortunado.

—Mis cuentos de «Azul», nos decía, son florescencias líricas, fragores de espuma, telas de ensueño. Estos, los que harán mi próximo volumen, serán más vividos, más reales; no en su tendencia, sino en su factura.

Sacudiendo su pereza o su desaliento, escribió el segundo de la serie, inspirado, sin duda, por un chicuelo que lustraba en el hotel las botas de los pasajeros y que era vivaz y bullicioso como una noche de pascuas. Aquel cuento se llamaba:



VI

BETUN Y SANGRE

«Todas las mañanas al cantar el alba, saltaba de su pequeño lecho, como un gorrión alegre que deja el nido. Haciendo trompeta con la boca, se empezó a vestir ese día, recorriendo todos los aires que echan al viento por las calles de la ciudad los organillos ambulantes. Se puso las grandes medias de mujer que le había regalado una sirvienta de casa rica, los calzones de casimir a cuadros que le ganó al gringo del hotel, por limpiarle las botas todos los días durante una semana, la camisa remendada, la chaqueta de dril, los zapatos que sonreían por varios lados. Se lavó en una palangana de lata que llenó de agua fresca. Por un ventanillo entraba un haz de rayos de sol que iluminaban el cuartucho destartalado, el catre cojo de la vieja abuela, a quien él, Periquin, llamaba «mamá»; el baúl antiguo forrado de cuero y claveteado de tachuelas de cobre, las estampas, cromos y retratos de santos, San Rafael Arcángel, San Jorge, el corazón de Jesús, y una oración contra la peste, en un marquito, impresa en un papel arrugado y amarillo por el tiempo. Concluído el tocado, gritó: «¡Mamá, mi café!» Entró la anciana rezongando, con la taza llena del brebaje negro y un pequeño panecillo. El muchacho bebía a gordos tragos y mascaba a dos carrillos, en tanto que oía las recomendaciones: «Pagas los chorizos donde la Braulia. ¡Cuidado con andar retozando! Pagas en la carpintería del Cancho la pata de la silla, que cuesta real y medio. ¡No te pares en el camino, con la boca abierta! Y compras la cecina y traes el chile para el chojín.» Luego, con una gran voz dura, voz de regaño: «Antier, cuatro reales; ayer siete reales. ¡Si hoy no traes si quiera un peso, verás qué te sucede!» A la vieja le vino un acceso de tos. Periquín masculló, encogiéndose de hombros, una «¡ea, pitas!» y luego un «¡ah, sí!». El «¡ah, sí!» de Periquín enojaba a la abuela; y cogió su cajoncillo, con el betún, el pequeño frasco de agua, los tres cepillos; se encasquetó su sombrero averiado y de dos saltos se plantó en la calle, trompeteando la marcha de Boulanger: «tee-tereté-teté-techin...« El sol, que ya brillaba esplendorosamente en el azul de Dios, no pudo menos que sonreir al ver aquella infantil alegría encerrada en el cuerpecito ágil que de doce años; júbilo de pájaro se cree feliz en medio del enorme bosque.

«Subió las escaleras de un hotel. En la puerta de la habitación que tenía el número 1, vió dos pares de botines. Las unas eran de becerro común, finas y fuertes, calzado de hombre; las otras, unas botitas diminutas que subían denunciando un delicado tobillo y una gordura ascendente que hubiera hecho meditar a Periquín, limpiabotas, si Periquín hubiera tenido tres años más. Las botitas eran de cabritilla, forradas en seda color de rosa. El chico gritó: «¡lustrre!», lo cual no fué «¡sésamo ábrete!» para la puerta. Apareció entonces un sirviente del establecimiento que le dijo riendo: «No se han levantado todavía; son unos recién casados que llegaron anoche de la Antigua. Limpia los del señor; a los otros no se les da lustre; se limpian con un trapo. Yo los voy a limpiar.» El criado les sacudió el polvo, mientras Periquín acometió la tarea de dar lustre al calzado del novio. Ya la marcha del general Boulanger estaba olvidada en aquel tierno cerebro; pero el instinto filarmónico indominable tenía que encontrar salida y la encontró: el muchacho, al compás del cepillo, canturreaba a media voz: «Yo vi una flor hermosa, fresca y lozana»; pero dejó de cantar para poner el oído atento. En el cuarto sonaba un ruido armonioso y femenino; se desgranaban las perlas sonoras de una carcajada de mujer; se hablaba animadamente y Periquín creía escuchar de cuando en cuando el estallido de un beso. En efecto, un alma de fuego se bebía a intervalos el aliento de una rosa. Al rato se entreabrió la puerta y apareció la cabeza de un hombre joven. «¿Ya está eso? — Sí, señor. — Entra. — Entró.

«Entró y, por el momento, no pudo ver nada, en la semiobscuridad del cuarto. Sí, sintió un perfume, un perfume tibio y «único», mezclado

a ciertos efluvios de «whiterese», que brotaba en ondas tenues del lecho, una gran cama de matrimonio, donde, cuando sus ojos pudieron ver claro, advirtió en la blancura de las sábanas, un rostro casi de niña, coronado por el yelmo de bronce de una cabellera opulenta; y unos brazos rosados tendidos con lánguida pereza, sobre el cuerpo que se modelaba. Cerca de la cama estaban dos, tres, cuatro grandes mundos, todo el equipaje; sobre una silla una bata de seda plomiza con alamares violetas; en la capotera un pantalón rojo, una levita de militar, un kepis con galones, una espada con su vaina brillante. El señor estaba de buen humor, porque se fué al lecho y dió un cariñoso golpecito en una cadera a la linda mujer.

«Y bien, ¡haragana! ¿Piensas estar todo el día acostada? ¿Café o chocolate? ¡Levántate pronto; tengo que ir a la Mayoría! Ya es tarde. Parece que me quedaré aquí de guarnición. ¡Arriba! ¡Dame un beso!» Chis, chás, dos besos. El prosiguió: «¿Por qué no levanta a niña bonita? ¡Vamo a dale un azote!» Ella se le colgó al cuello y Periquín pudo ver hebras de oro entre lirios y rosas. «¡Tengo una pereza! Ya voy a levantarme. ¿Te quedas, por fin, aquí? ¡Bendito sea Dios! ¡Maldita guerra! Pásame la bata.» Para ponérsela, saltó en camisa, descalza. Estaba allí Periquín; pero qué, ¡un chiquillo! Mas Periquín no le desprendía la mirada y tenía en la comisura de los labios la fuga de una sonrisa maliciosa. Ella se abotonó la bata, se calzó unas pantuflas, abrió una ventana, para que penetrara la oleada de la luz del día. Se fijó en el chico y le preguntó: «¿Cómo te llamas? — Pedro. — ¿Cuántos años tienes? ¿De dónde eres? ¿Tienes mamá y papá? ¿Y hermanitas? ¿Cuánto ganas en tu oficio todos los días? — Periquín respondía a todas las preguntas.

«El capitán Andrés, el buen mozo recién casado, que se paseaba por el cuarto, sacó de un rincón un par de botas federicas y con un peso de plata nuevo y reluciente se las dió al muchacho para que las limpiara. El, muy contento, se puso a la obra. De tanto en tanto alzaba los ojos y los clavaba en dos cosas que le atraían: la dama y la espada. ¡La dama! ¡Sí! El encontraba algo de sobrehumano en aquella hermosura que despedía aroma como una flor. En sus doce años sabía ya ciertos asuntos que le habían referido varios pícaros compañeros. Aquella pubertad naciente sentía el primer formidable soplo del misterio. ¡Y la espada! Esa es la que llevan los militares al cinto. La hoja al sol es como un relámpago de acero. El había tenido una, chiquita, de lata, cuando era más pequeño. Se acordaba de las envidias que había despertado con su arma; de que él era el grande, el primero, cuando con sus amigos jugaba a la guerra; y de que una vez, en riña, con un zaparrastroso gordinflón, con su espada le había arañado la barriga. Miraba la espada y la mujer. ¡Oh, pobre niño; dos cosas tan terribles!

«Salió a la calle satisfecho y al llegar a la plaza de Armas oyó el vibrante clamoreo de los cobres de una fanfarria marcial. Entraba tropa. La guerra había comenzado, guerra tremenda y a muerte. Se llenaban los cuarteles de soldados. Los ciudadanos tomaban el rifle para salvar la patria, hervía la sangre nacional, se alistaban los cañones y los estandartes, se preparaban pertrechos y víveres; los clarines hacían oir sus voces en *e* y en *i*; y allá, no muy lejos, en el campo de batalla, entre el humo de la lucha, se emborrachaba la pálida muerte con su vino rojo...

«Periquín vió la entrada de los soldados, oyó la voz de la música guerrera, deseó ser el abanderado, cuando pasó flameando la bandera de azul y blanco; y luego echó a correr como una liebre, sin pensar en limpiar más zapatos en aquél día, camino de su casa. Allá le recibió la vieja regañona: «¿Y eso ahora? ¿Qué vienes á hacer? «Tengo un peso, repuso con orgullo Periquín. — A ver, dámele.» El hizo un gesto de satisfacción vanidosa, tiró el cajón del oficio, metió la mano en su bolsillo... y no halló nada. ¡Truenos de Dios! Periquín tembló conmovido; había un agujero en el bolsillo del pantalón. Y entonces la vieja: «¡Ah, sinvergüenza, bruto, caballo, bestia!; ¡ah, infame!; ¡ah bandido, ya vas a ver!» Y, en efecto, agarró un garrote y le dió uno y otro palo al pobrecito: «¡Por animal, toma; por mentiroso, toma!» Garrotazo y más garrotazo, hasta que desesperado, llorando, gimiendo, arráncandose los cabellos, se metió el sombrero hasta las orejas, le hizo una mueca de rabia a la «mamá» y salió corriendo, como un perro que lleva una lata en la cola. Por fin se detuvo a la puerta del mercado. Una frutera conocida le llamó y le dió seis naranjas. Se las comió todas de cólera. Después echó a andar, meditabundo, el desgraciado limpiabotas prófugo, bajo el sol que le calentaba el cerebro, hasta que le dió sueño en un portal, donde, junto al canasto de un buhonero, se acostó a descansar y se quedó dormido.

«El capitán Andrés recibió orden aquel mismo día de marchar con fuerzas a la frontera. Por la tarde, cuando el sol estaba para caer a Occidente, arrastrando su gran cauda bermeja, el capitán, a la cabeza de su tropa, en un caballo negro y nervioso, partía.

«La música militar hizo vibrar las notas robustas de una marcha. Periquín se despertó al estruendo, se restregó los ojos, dió un bostezo. Vió los soldados que iban a la campaña, el fusil al hombro, la mochila a la espalda, y al compás de la música echó a andar con ellos. Camina, caminando, llegó hasta las afueras de la ciudad. Entonces una gran idea, una idea luminosísima surgió en aquella cabecita de pájaro. Periquín iría. «¿A dónde?» A la guerra.

«¡Qué granizada de plomo, Dios mío! Los soldados del enemigo se batían con desesperación y morían a puñados. Se les habían quitado sus mejores posiciones. El campo estaba lleno de sangre y humo. Las descargas no se interrumpían y el cañoneo llevaba un espantoso compás en aquel áspero concierto de detonaciones. El capitán Andrés peleaba con denuedo en medio de su gente. Se luchó todo el día. Las bajas de uno y otro lado eran innumerables. Al caer la noche se escucharon los clarines que suspendieron el fuego. Se vivaqueó. Se procedió a buscar heridos y a reconocer el campo. En un corro formado tras unas piedras, alumbrado por una sola vela de sebo, estaban Periquín acurrucado, con orejas y ojos atentos. Se hablaba de la desaparición del capitán Andrés. Para el muchacho aquel hombre era querido. Aquel señor militar era el que le había dado el peso en el hotel, el que, en el camino, al distinguirle andando en pleno sol, y puesto a la grupa de su caballería, el que en el campamento le daba de su rancho y conversaba con él. «Al capitán no se le encuentra», dijo uno. El cabo dice que vió cuando le mataron el caballo; que le rodeó un grupo enemigo y que después no supo más de él. «A saber si está herido», agregó otro. ¡ Y en qué noche!»

«La noche no estaba obscura, sí nublada; una de esas noches fúnebres y frías, preferidas por los fantasmas, las larvas y los malos duendes. Había luna opaca. Soplaba un vientecillo mordiente. Allá lejos, en un confín del horizonte, agonizaba una estrella, pálida a través de una gasa brumosa. Se oían de cuando en cuando los gritos de los centinelas. Mientras se conversaba en el corro, Periquín desapareció. El buscaría al capitán Andrés: él lo encontraría al buen señor.

«Pasó por un largo trecho que había entre dos achatadas colinas, y antes de llegar al pequeño bosque no lejano comenzó a advertir los montones de cadáveres. Llevaba su hermosa idea fija, y no le preocupaba nada la sombra ni el miedo. Pero, por un repentino cambio de ideas, se le vino a la memoria la «mamá» y unos cuentos que ella le contaba para impedir que el chico saliese de casa por la noche. Uno de los cuentos empezaba: «Este era un fraile...» Otro hablaba de un hombre sin cabeza, otro de un muerto de largas uñas que tenía la carne como la cera blanca y por ojos dos llamas azules y la boca abierta. Periquín tembló. Hasta entonces no paró mientes en su situación. Las ramas de los árboles se movían apenas al pasar el aire. La luna logró, por fin, derramar sobre el campo una onda escasa y espectral. Periquín vió entre unos cuantos cadáveres, uno que tenía galones; tembloroso de temor, se acercó a ver si podía reconocer al capitán. Se le erizó el cabello. No era él, sino un teniente que había muerto de un balazo en el cuello; tenía los ojos desmesuradamente abiertos, faz siniestra, y en la boca un rictus sepulcral y macabro. Por poco se desmaya el chico. Pero huyó pronto de allí, hacia el bosque, donde creyó oir algo como un gemido. A su paso tropezaba con otros tantos muertos, cuyas manos creía sentir agarradas a sus pantalones.

«Con el corazón palpitante, desfalleciendo, se apoyó en el tronco de un árbol donde un grillo comenzó a gritarle desde su hendidura: «¡Periquín, Periquín, Periquín! ¿Qué estás haciendo aquí?» El pobre niño volvió a escuchar el gemido y su esperanza calmó su miedo. Se internó entre los árboles, y a poco oyó cerca de sí: bien claramente, ¡ay!

«El era, el capitán Andrés, atravesado de tres balazos, tendido sobre un charco de sangre. No pudo hablar, pero oyó la voz trémula: «¡Capitán, capitán, soy yo!» Probó a incorporarse; apenas pudo. Se quitó con gran esfuerzo un anillo, un anillo de boda, y se lo dió a Periquín, que comprendió... La luna lo veía todo desde arriba, en lo profundo de la noche triste, triste, triste...

«Al volver a acostarse el herido, tuvo un estremecimiento y expiró. El chico entonces sintió amargura, espanto, un nudo en la garganta, y se alejó buscando el campamento.

«Cuando volvieron las tropas de la campaña, vino Periquín con ellas. El día de la llegada se oyeron en el hotel X grandes alaridos de mujer, después que entró un chico sucio y vivaz al cuarto número I. Uno de los criados observó asimismo, que la viuda, loca de dolor, abrazaba, bañada en llanto, a Periquín, el famoso limpiabotas que llegaba día a día gritando: «¡lustre!» y que el maldito muchacho tenía en los ojos cierta luz de placer al sentirse abrazado, el rostro junto a la nuca rubia, donde de un florecimiento de oro crespo, surgía un efluvio perfumado y embriagador.

(CONTINUARA)



La Nave

DE TAN RARA CONDICION
ES, SEÑORA, ESTE AMOR MIO,
QUE EN EL PARECE DESVIO
SU PROPIA GRAVITACION.



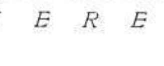
EN SU TURBIA SINRAZON,
A FUER DE ABSURDO Y GREGARIO,
NO MUESTRA EN SU CALENDARIO
LAS FIESTAS DE LA EMOCION.





Y AUNQUE INFIEL Y OLVIDADIZO,
BIEN SABE QUE VUESTRO HECHIZO
SERA SU ÚLTIMA VERDAD:

LA NAVE CAPEA Y ROLA
Y AL NAUFRAGAR EN LA OLA
ANCLA EN LA SERENIDAD.







Comentarios

Proyectos y opiniones
de algunos diputados
que están interesados
en hablar en las próximas sesiones.

—

—Creo que el *marcelismo*
nos conduce al abismo.
Pero, aunque así lo creo,
soy hombre de palabra y marceleo.
Opino que, actualmente,
la marcelización es conveniente.

—

—Va a empezar la batalla
y hasta el más temeroso se enfurece.
Pienso seguir callado. Me parece
que el mejor orador es el que calla.

—

—Quiero insultar a alguno y no me atrevo.
Seguiré en la tarea
de estudiar, con la idea
de debutar con un insulto nuevo.

—



—Siempre la poesía
ha sido mi manía
y a ella me he dedicado con ahinco.
Si X habla de mí con ironía
le disparo un soneto ¡o cuatro! ¡o cinco!

—

—Me parece incorrecto
la moda, en la mujer, de la melena.
Y tiende a suprimirla mi proyecto
que es algo portentoso. ¡Como suena!
No me quiero ocupar de vaguedades,
ni de futilidades.

—

—No hablaré del centeno ni del mijo.
Hablaré de Varsovia y de Cracovia.
Y así seré, de fijo,
aplaudido en Cracovia y en Varsovia.

—

—Don Hipólito es algo extraordinario
al decir de los sabios y del vulgo.
A todo el que sostenga lo contrario
o al que no esté conforme, ¡le excomulgo!

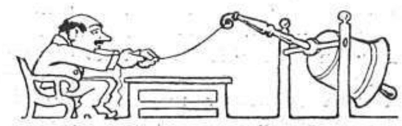
—

—Pediré una pensión
para don Absalón
que es un hombre de garra
y me enseñó, con noble abnegación,
a tocar la guitarra.

—

—No acepto imposiciones
ni tolero lecciones.
¿Que no se dice *haiga*?
Pues yo lo diré así, caiga quien caiga.
De algo me han de servir mis convicciones.

—



—Quien se atreve a dudar de mi elocuencia,
me desaira y me humilla.
¡Jamás la presidencia
me debe de tocar la campanilla!

—

—Yo conservo los míos, y me increpa
y dice que merezco unos azotes.
En cambio, él se ha afeitado los bigotes,
¡Y es un conservador de buena cepa!

—

—Tengo la certidumbre
de que no haremos nada.
En la actual temporada
perderemos el tiempo. Es la costumbre.

—

—Nuestra actitud es digna.
Haremos obstrucción. Es la consigna.

—

—Yo pienso interpelar a todo el mundo.
A Molina, el profundo,
a Gallo, que no es flojo,
y a Le Breton también. ¡Tengo un arrojo!

—

—Pienso ganar el cielo
soportando, impasible, a don Marcelo.
Seré humilde, afectuoso,
callado y bondadoso.
Elpidio es mi modelo.

—

—Me parece un absurdo que se exija
tanta ciencia ortográfica.
¡Gran Dios! ¿Qué voy a hacer cuando corrija
la versión taquigráfica?

MONOS DE REDONDO

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Divagaciones de un confinado, por **Miguel de Unamuno.** Revelaciones íntimas de Rubén Darío, por **M. Soto Hall.** El planeta prodigioso, por **José M.ª Salaverría.** Pensionnat Frebourg, por **Juan Cruz Ocampo.** Campo afuera, por **Luque Lobos.** Anomalías, por **Leonardo Bazzano.** Tín Tín, por **Sonia Pensiveness.** Fleta en Zaragoza, por **Francisco Grandmontagne.** De cómo volví una vez a mi pazo pairal, por **Joaquín Pesqueira.** Granos de arena, por **Carlos Sanguinetti.** Capricho cronométrico, por **Ana Franchi.** Más versos a la hija de la tabernera, por **Luis Cané.** El drama de Iraty, por **Andrés Geiger.** Mr. Beamish, el cajero que no fumaba, por **Everett Rhodes Castle.** Costumbres puntanas, por **Santiago Fuster Castresoy.**